

Aproximación a las rutas comerciales interiores de la península ibérica a finales de la Primera Edad del Hierro (mediados del V a.n.e. – inicios del IV a.n.e.)

Guiomar Pulido González

Máster en Historia y Ciencias de la Antigüedad



MÁSTERES
DE LA UAM
2021-2022

Facultad de Filosofía y Letras



MÁSTER INTERUNIVERSITARIO EN HISTORIA Y CIENCIAS DE LA ANTIGÜEDAD

TRABAJO DE FIN DE MÁSTER

Curso 2021-2022

Título	Aproximación a las rutas comerciales interiores de la península ibérica a finales de la Primera Edad del Hierro (mediados del V a.n.e. – inicios del IV a.n.e.)
Título (inglés)	An approach to the inland trade routes of the Iberian Peninsula at the end of the Early Iron Age (mid-5th century BC - early 4th century BC).
Convocatoria	Septiembre de 2022



Índice

1. Introducción	2
1.1 Introducción y justificación del estudio	2
1.2 Metodología	6
2. El medio. Contexto geográfico y cronológico de los ámbitos de estudio	7
2.1. El Sureste peninsular.....	7
2.2. Alto Guadalquivir y altiplanicies orientales	8
2.3. Meseta Sur. Alto Guadiana y llanuras albaceteñas	10
2.4. Valle medio del Guadiana.....	11
3. Estado de la cuestión. Las rutas comerciales interiores en la zona meridional peninsular a finales de la Primera Edad del Hierro (V-IV a.n.e.).....	13
4. El material. Las copas de figuras rojas y las copas de barniz negro tipo Cástulo y de la “clase delicada” entre mediados del siglo V a.n.e.- principios del IV a.n.e	18
5. El canal. Individualización y caracterización arqueológica de las posibles rutas según la distribución de las copas áticas.....	21
5.1. Contexto de aparición, número y cronología de las copas por zonas geográficas	21
5.1.1. El Sureste peninsular	22
5.1.2. Alto Guadalquivir y altiplanicies granadinas	31
5.1.3. La Meseta Sur.....	33
5.1.4. Valle medio del Guadiana	35
5.1.5. Análisis cuantitativo e iconográfico del conjunto de copas áticas documentado en los cuatro territorios	37
5.2. Análisis de la dispersión territorial mediante la aplicación <i>QGIS</i> y trazado de las rutas principales a través del registro arqueológico	41
5.3. Contrastación de los resultados con las rutas propuestas por los autores	44
6. Los agentes y el mensaje. Formas de comercio, uso y resignificación de las copas áticas	47
7. Conclusiones	55
8. Bibliografía.....	58
ANEXO I FIGURAS	69
ANEXO II TABLAS.....	80

1. Introducción

1.1 Introducción y justificación del estudio

El presente trabajo se torna necesario ante la falta de un estudio que se enfoque en la caracterización de las rutas comerciales interiores de la península ibérica durante la Primera Edad del Hierro a través del registro arqueológico. Esta cuestión ha sido mencionada en numerosos trabajos desde principios de la década de los años ochenta del siglo pasado, pero a su vez ha sido pocas veces tratada como argumento principal a desarrollar en los estudios sobre el periodo protohistórico. Los puertos que miraban al Mediterráneo no representaban el final del camino, sino la puerta a los territorios del interior. Así, las rutas internas articularon una red de comunicación por la que fluyeron personas, productos e ideas, conectando las costas con el resto de la península ibérica.

Ante este panorama, se antoja primordial un estudio pormenorizado que caracterice las principales rutas comerciales de finales de la Primera Edad del Hierro, en este caso, desde los puertos de la costa mediterránea hasta las tierras extremeñas, a través del rastro dejado por las importaciones de copas áticas, específicamente las de barniz negro de tipo Cástulo y de la “clase delicada” y las de figuras rojas. Para ello, hemos tomado como referencia las formas y decoraciones registradas en los contextos de los *edificios tartésicos ocultos bajo túmulo* del valle medio del Guadiana. Así, se pueden seguir sus redes de dispersión y dibujar las rutas comerciales principales desde los puertos de recepción hasta los enclaves interiores que reclaman estos productos. La elección de estos yacimientos como guía de nuestra investigación se debe a su condición de contextos cerrados y centros de control socioeconómico de la región durante el siglo V a.n.e. en los que se ha hallado un destacado conjunto de importaciones mediterráneas, como es el caso de las cerámicas áticas (Rodríguez González, 2018; 2020). Su nombre alude al mismo tiempo a la forma en la que fueron amortizados y a su adscripción al ámbito cultural tartésico, entendido como el producto de la hibridación entre la población fenicia asentada en la península ibérica desde el siglo IX a.n.e. y las comunidades locales (Rodríguez González, 2018). A partir de los datos arqueológicos obtenidos de los tres ejemplos excavados, hoy sabemos que algunos de estos edificios ya estarían en uso desde mediados del siglo VI a.n.e, caso de Cancho Roano (Zalamea de la Serena, Badajoz) (Celestino, 2022 con bibliografía), sin embargo, parece que su fase de funcionamiento se desarrolla durante el siglo V a.n.e, incluyendo el período de transición al siglo

siguiente, momento en el que son abandonados y sellados por causas que aún se desconocen (Rodríguez González, 2018; 2020). Por ello, su registro arqueológico constituye un reflejo fehaciente de los modos comerciales del V a.n.e., antes de que tenga lugar el reajuste de las redes de intercambio durante el siglo IV a.n.e. y la cerámica ática llegue de forma masiva a la península ibérica (Cabrera y Sánchez Fernández, 2000).

Igualmente, la elección de las copas áticas como elemento principal radica en su carácter como objeto valorado y requerido. Para las sociedades no griegas que los compraban solemos aceptar que constituían un marcador de estatus al implicar el acceso a unas redes comerciales determinadas y la capacidad económica para demandarlos y adquirirlos. Gracias a dicha condición, tomaron un importante papel en las actividades comerciales por toda la cuenca mediterránea desde Época Arcaica, incluida la península ibérica (Trías, 1967; Rouillard, 1991; Domínguez Monedero y Sánchez Fernández, 2001). Igualmente, una vez los vasos áticos llegaban a manos de estas diversas poblaciones, eran dotados de un nuevo rol y significación, asignándoles un uso propio para su integración dentro de la estructura mental de esas comunidades. Desde esta perspectiva ha de ser comprendida su adquisición y su presencia por el territorio ibérico.

Al comienzo de la Época Clásica, Atenas tomó un rol protagonista en el control del comercio griego por el Mediterráneo (Domínguez Monedero y Sánchez Fernández, 2001, pp. 460-465). Las exportaciones de la ciudad ateniense coparon el mercado, dejando como reflejo la extendida presencia de sus producciones cerámicas por toda la cuenca mediterránea. Sin embargo, éstas no han de ser tomadas en ningún caso como el elemento principal de comercio, pues eran productos de bajo valor que rellenaban el cargamento de los barcos, acompañando a otros mucho más preciados como metales, vino o aceite (Gill, 1991 con bibliografía). Este proceso de expansión ateniense tuvo su eco en el interior de la península ibérica, donde estas importaciones áticas empezaron a volverse numerosas desde mediados del siglo V a.n.e. (Cabrera y Sánchez Fernández, 2000; García Huerta *et al.*, 2021, p. 140). A su vez, tal fenómeno fue fruto de los hechos acaecidos en el Mediterráneo Occidental, pues las propias dinámicas internas de la península estaban cambiando: desde la primera mitad del siglo V a.n.e. *Emporion* experimentó un crecimiento económico que la ascendió al nivel de *Massalia* como puerto comercial de referencia y motivó la llegada de importaciones a la costa ibérica (Cabrera y Sánchez Fernández, 1994, p. 362; Rodríguez-Pérez, 2019). Así, tras una primera mitad de centuria en la que las importaciones griegas experimentaron un acusado descenso, el foco comercial del Sureste y Levante peninsular (que se había asentado desde la segunda

mitad del siglo VI a.n.e.) volvió a intensificar su actividad (Cabrera y Sánchez Fernández, 2000, pp. 133-134; Domínguez Monedero y Sánchez Fernández, 2001, pp. 461-463), lo que significó el incremento general de productos griegos tanto en el litoral como en el interior. Por todo ello, las cerámicas áticas son indicadores de un proceso comercial definido que puede ser rastreado a través del registro arqueológico y denota la inclusión de la península ibérica en los circuitos comerciales griegos, no ya como un lugar de la periferia, sino como un destino demandante de gran cantidad de estas importaciones, lo cual es sinónimo de contextos de mayor complejidad.

Una cuestión diversa son los mecanismos de inclusión de esos vasos cerámicos en los circuitos comerciales peninsulares una vez eran descargados del barco e introducidos en las redes de intercambio interiores. Nuestro propósito final no es el análisis del objeto, sino de su dispersión, cuyo estudio no debe quedar en una estéril descripción tipológica y decorativa del material, sino la caracterización de los agentes que intervenían en su comercio, para así tratar de responder a las incógnitas de quiénes, por qué y cómo. Tal vez la tercera cuestión es aquella que puede arrojar mayor luz sobre las otras dos, ante el panorama de una actividad que deja un amplio registro material, pero de la que conservamos una escasa documentación coetánea y sufrimos su ausencia en lo que respecta a las tierras del interior peninsular. Así, parece correcta la identificación de las rutas y los modos de comercio a través del estudio de los materiales importados, para una posterior y consecuente determinación de las comunidades receptoras, su funcionamiento y la significación que otorgaban a estos productos.

Las dinámicas de distribución e intercambio entre los siglos V y IV a.n.e. varían enormemente a lo largo de la península, ante lo cual, se eligió para este trabajo la focalización en una zona que tradicionalmente ha recibido escasa atención como es el valle medio del Guadiana. Dicha región ha experimentado en los últimos años la consolidación de su imagen como un punto de atracción relevante dentro de los circuitos comerciales mediterráneos durante la Protohistoria ibérica (Jiménez Ávila y Ortega Blanco, 2004; Celestino *et al.*, 2017; Rodríguez González, 2020). No obstante, la importancia de esta zona media del Guadiana ya se intuía en la década de los ochenta del siglo pasado, cuando J. Maluquer (1983; 1985) propuso su teoría sobre la existencia de la que bautizó como “la ruta de los santuarios”, que uniría la costa levantina con el interior hasta el yacimiento de Cancho Roano.

Otras aportaciones que se suman y complementarían a la de Maluquer, en este caso enfocadas en la parte oriental de la península, serían las de B. B. Shefton (1982), A.

Domínguez Monedero (1988) y J. Blánquez (1990a; 1990b; 1994). Sin embargo, la ubicación del territorio no sólo colindante con la Meseta Sur, sino con la fachada atlántica y el Bajo Guadalquivir ha llevado igualmente a la reconstrucción de rutas que conectarán dichas regiones con el valle medio del Guadiana, basándose en la dispersión de los vasos áticos. En este sentido destacan los trabajos (Fernández Jurado y Cabrera, 1987; Cabrera, 1987, 1994) sobre la ruta dirección Norte-Sur desde los núcleos onubense y gaditano o las aportaciones sobre la dispersión de cerámicas griegas en lo que conformaría hoy el territorio portugués en defensa de una ruta Oeste-Este (Pellicer, 2000; Ferreira, 2022). En todo caso, la falta de argumentos de peso para la propuesta Norte-Sur en este periodo y la exigua cantidad de materiales áticos hallados en Portugal promueven mantener una actitud prudente ante estas hipótesis.

Pese a su condición inseparable de los procesos acaecidos en el Guadiana, ante la imposibilidad de abarcar estos dos últimos territorios y sus problemáticas comerciales debido a la extensión limitada de este trabajo, se ha juzgado coherente reservar su inclusión y estudio para una futura tesis. Por tanto, centraremos la atención en las dinámicas del valle medio del Guadiana como territorio receptor junto con las de la Meseta Sur, el Sureste peninsular y el Alto Guadalquivir como espacios receptores y de paso, que se muestran los más enérgicos en esta época y sobre los que ha habido mayor discusión. Sin embargo, en los últimos años el interés por dicha cuestión parece haberse apagado por lo que este trabajo constituye la necesaria propuesta de una revisión de las teorías sobre las rutas comerciales internas entre el interior peninsular y la zona oriental en base a su caracterización arqueológica, aportando la nueva información arrojada por el registro actualizado a la luz de las últimas investigaciones.

Por tanto, resulta pertinente la limitación del marco espacial y cronológico para la realización de este estudio. De tal modo que el foco se situará en las relaciones comerciales del Guadiana Medio con la Meseta Sur, el Alto Guadalquivir y el Sureste peninsular (Fig. 2). A su vez, el periodo a analizar comprendería entre mediados del siglo V a.n.e. y principios del siglo IV a.n.e., cuando las importaciones áticas empiezan a imponerse en la zona oriental de la península y llegan con creciente asiduidad al valle del Guadiana para luego desaparecer de éste en un proceso que se inicia a principios del IV a.n.e. en paralelo a un cambio radical en el modelo de poblamiento.

A pesar de que en nuestras zonas de interés se documentan cerámicas griegas ya durante el siglo VI a.n.e., se ha decidido prescindir de su inclusión debido su pertenencia a unos circuitos comerciales totalmente distintos a los abarcados en este trabajo. Las

redes de intercambio en el VI a.n.e. propiciaron un flujo continuo de importaciones griegas a la península ibérica (Domínguez Monedero y Sánchez Fernández, 2001, p. 461), en el que las piezas se caracterizaron por su bajo número y gran calidad (Sánchez Fernández, 2017, pp. 57-59). Desde la segunda mitad de dicho siglo dio comienzo un periodo de reajuste y transición durante el cual el foco comercial de las importaciones griegas basculó desde el Sur peninsular hacia el litoral levantino, donde el mundo ibérico se encontraba en crecimiento y habían actuado tradicionalmente fenicios y luego púnicos (Cabrera, 1994; Cabrera y Sánchez Fernández, 2000; Domínguez Monedero y Sánchez Fernández, 2001). Este proceso de reorganización llevó a un nuevo panorama comercial, como demuestra el registro arqueológico, que se consolidó desde mediados del siglo V a.n.e. y representa el punto de partida de este estudio.

1.2 Metodología

Para la elaboración de este trabajo se han analizado los vasos áticos importados durante la franja temporal comprendida entre la segunda mitad del V a.n.e. y principios del IV a.n.e. El análisis cuantitativo permite definir la duración y el volumen de los intercambios comerciales, mientras que el cualitativo ayuda a esclarecer su significación en esa sociedad no griega y la vocación del núcleo receptor. Igualmente, se ha realizado un análisis iconográfico para denotar las posibles preferencias en cada territorio por unos motivos u otros. Se ha tenido en cuenta su contexto de hallazgo cuando éste es conocido, su inclusión en un lote o su aparición marginal, en pos de dilucidar unos patrones de dispersión que ayudaran al dibujo de las rutas sobre el mapa. Para tal tarea se ha acudido a una revisión bibliográfica de los yacimientos comprendidos en estas redes comerciales que permitiera establecer tanto la caracterización territorial de los enclaves como el registro de los vasos áticos. Así, aportamos un acercamiento a los contextos desde una

perspectiva macro primero, a modo introductorio, y desde una perspectiva micro después, para entender las particularidades de cada caso. Junto con ello, se han constatado los paralelos y diferencias en el material ático a través del inventario recogido en la catalogación de diversas publicaciones (Cabrera y Sánchez Fernández, 2000; Domínguez Monedero y Sánchez Fernández, 2001) y la base de datos de *Iberia Graeca*.

En definitiva, por su propia naturaleza este trabajo ha precisado de un estudio territorial y la elaboración de un amplio apartado gráfico en el que figuren los mapas de dispersión y trazado de caminos que plasmen las ideas aquí discutidas. De este modo, la

base de datos creada para el estudio de las cerámicas importadas ha sido incorporada a *QGIS*, una aplicación de recursos SIG (Sistema de Información Geográfica), lo que ha permitido la georreferenciación de los yacimientos y, en consecuencia, el análisis de dispersión del material y de las rutas óptimas a partir de los condicionantes del terreno como relieves y cauces fluviales. Para dicho estudio hemos tomado como base los postulados de la llamada Arqueología del Paisaje, en la que el paisaje no se toma como un mero escenario físico, sino como una realidad construida y vivida por los grupos humanos, lo que obliga a su análisis en conjunto (Orejas, 1991, con bibliografía). En un trabajo de análisis de rutas comerciales este enfoque resulta imprescindible, pues las redes relacionales entre comunidades se ven condicionadas y, a su vez, configuran el espacio natural en el que se desenvuelven. Igualmente, se han incorporado tablas, gráficos e imágenes referentes a las cerámicas de dicha base de datos para ilustrar los argumentos desarrollados. Es por ello, se ha considerado necesaria la inclusión de un anexo como apoyo del trabajo, que ilustre y corrobore el discurso.

En última instancia, para matizar los datos extraídos de dichos análisis, se ha acudido, por un lado, a la documentación greco-latina, a pesar de las escasas referencias a aspectos tanto del comercio de Época Arcaica como de momentos posteriores, y por otro lado, los textos en los que figuran alusiones útiles para la caracterización de los territorios. A través de este método de trabajo en el que se conjugan los datos aportados por las fuentes escritas, el registro arqueológico y el análisis del espacio geográfico se pretende contribuir en el conocimiento de la articulación de las rutas comerciales interiores durante el periodo protohistórico.

2. El medio. Contexto geográfico y cronológico de los ámbitos de estudio

Las rutas comerciales que conectaron las tierras del interior peninsular pusieron en relación diversas realidades sociales y geográficas, lo que condicionó, a su vez, la estructuración de las vías de comunicación durante la Protohistoria. La vinculación de unas zonas con otras se debió a la interrelación de una serie de factores económicos, políticos y geográficos. Por tanto, para comprender el funcionamiento y articulación de dichas rutas, se ha de tener presente el contexto espacial y cronológico en el que se desarrollaron (Fig. 2).

2.1. El Sureste peninsular

Se observan dos tipos diferenciados de espacios en el ámbito del Sureste peninsular: uno de tierras llanas litorales, sembradas de cauces fluviales, y otro interior marcado por la presencia de estribaciones montañosas, las cuales segmentan el territorio en valles que constituyen corredores naturales para los ríos (Grau, 2004, p. 62) y facilitan la comunicación.

Su condición de zona fértil por la riqueza hídrica y de conexión entre el litoral y las tierras interiores del Alto Guadalquivir, motivaron la selección de los espacios de asentamiento tanto para el control estratégico de los corredores naturales como de las tierras más productivas. Así, se puede comprender con mayor claridad la estructuración del paisaje durante los inicios del periodo ibérico (VI-V a.n.e.) (Grau, 2004, p. 62). En la etapa formativa de su estructura política, tuvo lugar un proceso de consolidación de centros urbanos principales, los *oppida*, que ejercerían un control centralizado sobre la explotación de su entorno y los núcleos rurales de los alrededores (Grau, 2014, p. 126). Dichos *oppida* se encontraban por lo general fortificados y en altura, cerca de los cauces fluviales y con un amplio rango de control visual sobre el territorio (Grau, 2004, p. 63), mientras que los asentamientos subordinados serían de menores dimensiones y se ubicarían en llanos. Este modelo de ocupación sería reflejo de la maduración de la estructura centralizada y de carácter gentilicio bajo la que se regirían las comunidades ibéricas del Sureste peninsular (Ruiz y Molinos, 1998), interpretación revisada recientemente por M. Ruiz-Gálvez (2018) y frente a la que ha argumentado un sistema de “sociedades de Casa” para el mundo ibérico.

Por tanto, en la ubicación de los *oppida* influyeron la fijación estratégica y simbólica al territorio, pues para definirse como hitos delimitadores de su entorno se situaron en ubicaciones próximas a ríos y que constituían cruces de caminos (Grau, 2004, p. 64). Bajo su control, los hombres y las mercancías atravesarían los pasos naturales de un territorio a otro. En conclusión, el área del Sureste muestra ciertas características que le confieren una uniformidad cultural y de organización social, pero dentro de esa homogeneidad se desarrollaron distintas unidades políticas (Grau, 2019, pp. 230-231).

2.2. Alto Guadalquivir y altiplanicies orientales

La zona interna del Sureste conecta con el núcleo del Alto Guadalquivir a través de las altiplanicies orientales de la actual provincia de Granada. El paisaje del Alto

Guadalquivir se caracteriza por las vegas del valle fluvial en su margen alto, junto con sus afluentes que discurren entre las zonas de campiñas, en contraste con los pronunciados relieves que las enmarcan: Sierra Morena al Norte y las sierras del sistema Bético al Sur y al Este. En lo que respecta a las altiplanicies orientales, se encuentran atravesadas por la arteria fluvial del Guadiana Menor que las conecta con el valle del Guadalquivir. Constituyen un punto de confluencia de caminos, vinculando la costa levantina con el Alto Guadalquivir a través de las hoyas de Guadix y Baza. De este modo, eran un paso natural entre las sierras subbéticas, a través del valle del Almanzora en dirección Este-Oeste y aprovechando después el viraje del curso del Guadiana Menor hacia el Norte para desaguar en el Guadalquivir. Una vez en el margen alto de la vega del Guadalquivir, esta zona sería de gran interés debido a su potencialidad agrícola, así como la riqueza minera del piedemonte de Sierra Morena (Padilla *et al.*, 2019). A lo largo del periodo Ibérico Pleno, en el cual se incluye nuestro trabajo, las minas que se encontrarían en explotación serían aquellas más cercanas al núcleo de Cástulo (Domergue y Tamain, 1971; Arboledas, 2011), donde su *oppidum* y los del territorio circundante desempeñarían un rol fundamental en la gestión de las mismas (Padilla *et al.*, 2019, p. 371).

En este sentido, se da la repetición en el Alto Guadalquivir y las altiplanicies orientales del modelo de asentamiento y construcción del paisaje antes expuesto para el Sureste. Las tierras se estructurarían con los *oppida* como la unidad dominante, situándose en los márgenes de los afluentes del Guadalquivir para ejercer el control sobre una zona de tránsito de marcado carácter estratégico debido a su condición de eje de comunicación entre diversos territorios (Ruiz, 2011, pp. 25-26). Por supuesto, la especificidad del contexto del Alto Guadalquivir y los altiplanos, dotó al modelo de algunas variantes en la configuración del asentamiento, pero el esquema principal se mantuvo. Los *oppida* serían el medio de expresión de esa sociedad principesca de base clientelar (Ruiz, 2011, p. 28), dispuestos siguiendo el curso de los ríos, al fondo de los valles en el Alto Guadalquivir y en la región murciana coronando los altiplanos para un completo control visual del territorio y de los caminos que comunicaban con el Sureste. En el Alto Guadalquivir, el modelo territorial polinuclear se consolidó en el siglo V a.n.e., con centros fortificados dispuestos cada 8 o 10 km de distancia dentro de la estructura geográfica constituida por el Guadalquivir y sus afluentes, lo cual facilitó la articulación de las vías de comunicación y favoreció la llegada masiva de productos griegos, dentro del dinámico trasiego de personas y materias que transitarían por las rutas (Ruiz, 2011, pp. 28-29). En relación con ello, seguramente la élite ibérica monopolizó tanto el control

de la explotación minera de la zona (plata, plomo y cobre) como de su comercialización hacia los *oppida* de las campiñas y los asentamientos primero fenicios, luego púnicos y griegos de la costa mediterránea (Arboledas, 2011; Padilla *et al.*, 2019, p. 372). En definitiva, las vías de comunicación en este marco espacial seguirían los principales cursos fluviales como corredores naturales entre los pronunciados relieves montañosos.

2.3. Meseta Sur. Alto Guadiana y llanuras albaceteñas

La zona que hace de bisagra entre los dos ámbitos anteriormente descritos son los territorios de la Meseta Sur. Se ha dividido el espacio en dos áreas, en función de las dos cuencas hidrográficas que riegan a uno y otro, en su papel de articuladoras del paisaje y de las vías de comunicación, pues por lo demás la morfología se mantiene homogénea en toda la Meseta Sur. Igualmente, ayuda a diferenciar el Alto Guadiana de su curso medio, por una razón de distinción cultural entre ambos territorios.

Los corredores naturales que daban paso desde el Sureste arribarían al altiplano de Almansa desde la costa levantina y al Campo de Hellín, remontando la cuenca del Segura, en la zona suroriental de la actual provincia de Albacete. Así, rodeando la fachada septentrional de la cordillera Bética, se abriría el verdadero corredor natural dirección Este-Oeste entre el litoral y el interior: las dilatadas llanuras que se extienden desde la comarca de Chinchilla hasta la cuenca del Alto Guadiana (Blánquez, 1990b, p. 25). La mitad oriental de la Meseta Sur se encuentra flanqueada por el nacimiento de las arterias fluviales de Júcar y Segura (Blánquez, 1990b, pp. 27-28) y fue una zona destacada por los autores latinos ante su abundancia en esparto (Plin. *Nat.* 37. 203). Mientras tanto, los pasos naturales que surcan el Alto Guadalquivir y las estribaciones de Sierra Morena y la Sierra de Alcaraz dan a las planicies del Campo de Montiel, entrada al nacimiento del Guadiana. Por último, en la zona suroccidental de la Meseta Sur, se extiende el Campo de Calatrava, antesala del Guadiana Medio, que se torna en un terreno un poco más accidentado, jalonado por serretas que discurren en dirección Este-Oeste, conformando los pasos intramontanos como el valle de Alcudia o el cauce del río Jabalón.

Este espacio de la Meseta Sur se encontraba dentro del ámbito de la cultura ibérica desde mediados del siglo VI a.n.e., en conexión con el Sureste levantino y el Alto Guadalquivir. Por un lado, durante el Ibérico Pleno la parte suroriental de la provincia de Albacete se vería densamente poblada gracias a la articulación hídrica de los ríos Júcar y Cabriel y para el aprovechamiento de los yacimientos salinos de la región (Soria *et al.*,

2016, pp. 53-54). En lo que respecta al Alto Guadiana, se documentan yacimientos que tornarán en *oppida* de grandes dimensiones, poblados ya desde el Bronce Final, como Alarcos, La Bienvenida o Cerro de las Cabezas (García Huerta y Morales, 2011, p. 158), todos en la actual provincia de Ciudad Real. Ese proceso de iberización seguramente ha de guardar conexión con el episodio de crisis a finales del VI a.n.e. que sufre el ámbito tartésico en el Suroeste (Ferrer y García Fernández, 2019), lo cual motivaría un reajuste, pasando el foco al litoral mediterráneo, donde ya existía presencia fenicia y la griega se consolidó durante el siglo V a.n.e. (Cabrera y Sánchez Fernández, 1994). Por ello, el corredor natural hacia el interior y los recursos mineros del actual territorio extremeño y del Alto Guadiana transcurriría por las llanuras de la Meseta Sur en dirección Este-Oeste, o accedería a ellas tras pasar por Cástulo (García Huerta y Morales, 2011, p. 162).

En definitiva, la importancia de este ámbito geográfico no radicaba sólo en su carácter como paso natural, sino en la riqueza de recursos de su zona oriental y la minera de su margen occidental, con abundancia sobre todo de cinabrio, plata y plomo (Zarzalejos, 2011). Tanto los estudios mineralógicos como las excavaciones arqueológicas han demostrado su explotación especialmente en el área de Sierra Morena y el valle de Alcudia (Fernández Ochoa *et al.*, 1994; García Huerta y Morales, 2011, p. 163; Zarzalejos, 2011). Tal trasiego de gentes e influencias procedentes de un mismo ámbito cultural motivaría la iberización de los habitantes del territorio, por supuesto, con las variantes y adaptaciones propias. Así, desde mediados del siglo V a.n.e. dicho proceso sería ya pleno como denota su reflejo en el espacio. Al igual que en el resto del mundo ibérico, los principales *oppida* es su establecimiento en lugares elevados, que permiten dominar el espacio circundante, y cerca de los cursos fluviales por su condición de fuente de agua y vía natural de comunicación (García Huerta y Morales, 2011, p. 167). Ante la planicie de la Meseta Sur en muchos casos ocupan cualquier promontorio que se eleve sobre la llanura. El modelo de poblamiento se iría configurando de forma progresiva, marcado por las pautas que favorecieran a los intereses de las aristocracias, dando lugar al esquema ya conocido de: *oppidum* como unidad de control y defensa, asentamientos medianos/pequeños o poblados y aldeas para la explotación agropecuaria (García Huerta y Morales, 2011, pp.169-174).

2.4. Valle medio del Guadiana

La cuenca del Guadiana, dentro del marco temporal en el que se ubica este trabajo, conectaba dos realidades culturales diversas: la ibérica en su curso alto y la de herencia

tartésica en su valle medio. El ámbito del Guadiana Medio se caracteriza por el predominante paisaje de penillanura, delimitada por las estribaciones de Sierra Morena al Sur. Sin embargo, el paisaje actual no se asemeja al de finales de la Primera Edad del Hierro debido a la gran transformación que supuso el episodio contemporáneo del “Plan Badajoz”, acometido entre 1952 y 1965 (Rodríguez González, 2018, p. 46). Las serretas del Campo de Calatrava conectarían con la comarca de La Serena en el valle medio, que repite ese esquema paisajístico de amplios pasos naturales entre relieves montañosos discontinuos (Rodríguez Díaz *et al.* 2010, p. 48). Así, La Serena constituye el corredor de acceso tanto al Guadalquivir, a través de o rodeando las estribaciones de Sierra Morena, como a las llanuras de la Meseta Sur. Además, el Guadiana Medio hace gala de unos suelos óptimos para la producción agrícola, así como cierto potencial metalúrgico: plomo argentífero, estaño y cobre (Maluquer de Motes, 1983, p. 170; Rodríguez Díaz *et al.*, 2010, p. 48). Aunque tales recursos fueron destacados por autores posteriores como Estrabón (3, 2, 8), no se conoce con profundidad su explotación anterior a la época romana (Rodríguez Díaz *et al.*, 2015).

En lo que respecta al modelo de poblamiento, la última propuesta a raíz de los trabajos en la región establece la existencia de dos categorías de asentamiento: una en alto y otra en llano. En lo que se refiere a los enclaves en altura, el registro arqueológico sólo ha permitido identificar uno, el de cerro del Tamborrio (Villanueva de la Serena, Badajoz) (Walid Sbeinati y Pulido Royo, 2013) por su estratégica posición elevada y vestigios constructivos. En cuanto a los asentamientos en llano, existiría una jerarquización en la que los previamente mencionados *edificios tartésicos ocultos bajo túmulo*, edificaciones monumentales de adobe, constituirían verdaderos centros políticos y económicos de control sobre pequeños territorios, cada uno con una funcionalidad distinta que se complementaría con la actividad de los otros (Rodríguez González, 2018, 2020). A su vez, ejercerían su influencia sobre el resto de los asentamientos en llano, tipo aldea o granja, de vocación agropecuaria.

Con todo ello, se puede observar la existencia de diversas realidades geográficas que quedaron conectadas a través de las redes comerciales y que, a su vez, alojaron a dos realidades culturales muy distintas: una que bebía de la herencia tartésica en el Guadiana Medio y otra ibérica, con sus variantes, que acababa de alcanzar su fase de plenitud. No obstante, ambas convivieron en el particular contexto del siglo V a.n.e. donde los reajustes en los circuitos comerciales propiciaron su interacción de una forma nueva, en la que los productos, los agentes y los intereses cambiaron y fluyeron por nuevas rutas.

3. Estado de la cuestión. Las rutas comerciales interiores en la zona meridional peninsular a finales de la Primera Edad del Hierro (V-IV a.n.e.)

La etapa comprendida entre los siglos V al IV a.n.e., fue un periodo de establecimiento de nuevas dinámicas en la actividad comercial peninsular, heredero de una fase previa de enérgicos intercambios entre poblaciones durante los siglos IX-VI a.n.e. con la llegada y asentamiento de agentes de origen semita, así como de griegos en un momento más tardío. Sin embargo, el estudio de estas prácticas y procesos económicos encuentra sus limitaciones en la escasez de documentación escrita acerca de las transacciones, los productos y los agentes que intervenían. Por tanto, para reconstruir las dinámicas de la actividad comercial resulta esencial la constatación de las vías que siguió ese trasiego de mercancías, personas e ideas, a través del estudio de la evidencia material aportada por el registro arqueológico. Siguiendo dicha pauta es posible dilucidar las rutas comerciales al individualizar los puertos de llegada, las zonas que actuarían como intermediarias a la vez que receptoras y, por último, los puntos de recepción más remotos que demarcarían los límites de esas rutas y de la demanda del producto en cuestión.

Para la zona que nos ocupa, el valle medio del Guadiana y la fachada oriental de la península, J. Maluquer (1982; 1983; 1985; 1986) siguió ya esta lógica, inaugurando una línea de estudio centrada en la constatación de rutas comerciales terrestres por el interior peninsular, a raíz de dirigir las excavaciones de Cancho Roano. En la estratigrafía de este yacimiento comenzaron a documentarse cientos de vasos áticos de importación que evidenciaban la relación de ese enclave con los puertos marítimos. Maluquer, a partir de la dispersión de la cerámica griega y la presencia helena en la costa levantina desde el VI a.n.e., llamó la atención sobre la necesaria existencia de vías que penetrarían hacia las tierras del interior. Sostenía que los agentes que transitarían por estas rutas terrestres serían foceos, cuya influencia y marco de acción se encontraban bien asentados en la costa oriental peninsular con enclaves comerciales como *Emporion* (Maluquer de Motes, 1983, p. 165-166; Sanmartí-Grego 1989, 1992). Estos individuos procedentes de la Grecia del Este se adentrarían en el interior como complemento a su actividad costera, motivados por el atrayente potencial minero de la cuenca del Guadiana, desde finales del VI a.n.e. y durante todo el siglo V a.n.e., consolidándose en este periodo de tiempo el uso de una ruta transversal que cruzaría la Meseta Sur de Este a Oeste (Maluquer de Motes, 1983, pp. 167-168). Para la argumentación de esa penetración griega al interior, el autor se apoyó en los conocidos modelos de los asentamientos de Mont Lassois-Vix en el Oeste de

Francia o el de Heuneburg en el Alto Danubio (Maluquer de Motes, 1983, p. 165, 1985, p. 22). A lo largo de esa década de los ochenta, propuso algunas variantes que se añadirían a esa vía principal que él planteaba, como la ruta que partiría desde Villaricos (Almería) hasta Cástulo (Jaén) (Maluquer de Motes, 1982, p. 12). Pero siempre mantuvo la preminencia de esa ruta interior, de menos de 500 km de recorrido, que arrancarían en la costa alicantina, remontaría el curso del río Vinalopó, para atravesar luego las tierras llanas de la Meseta Sur hasta llegar a la zona de Almadén, la comarca de la Serena y terminar accediendo al Guadiana Medio (Maluquer de Motes, 1983, pp. 169-170). Para otorgar una mayor solidez a su propuesta, caracterizó esta ruta comercial como una vía de gran potencial minero, principal interés que movería a los agentes foceos: la rica zona minera en las inmediaciones de Sierra Morena, con Cástulo como cabecera, el cinabrio y mercurio de Almadén y el oro, plata y casiterita de la región extremeña (Maluquer de Motes, 1983, p. 170). Además, según Maluquer (1982, p. 16, 1983, p. 10), esta ruta se vería consolidada por su conveniencia para los comerciantes griegos ante “el cierre del Círculo del Estrecho” impuesto por Cartago desde finales del VI a.n.e.; así como por los santuarios que jalonaban el camino y darían nombre a esta vía como “ruta de los santuarios”, con sitios como el de Castellar de Santisteban, el de Despeñaperros, y el propio Cancho Roano, ofreciendo un lugar neutral para el descanso y el intercambio al encontrarse bajo protección de la divinidad (Maluquer de Motes, 1982, p. 14; 1983, p. 169; Domínguez Monedero, 2001). No obstante, Maluquer (1986, p. 209) terminaría por restar importancia a las consecuencias de ese supuesto “cierre” púnico.

De este modo, elaboró una hipótesis que explicara la presencia de objetos mediterráneos en el Guadiana, matizando la opinión de B.B. Shefton (1982, p. 353), quien mantenía que no sólo habrían sido agentes fenicios los responsables de la llegada de dichos productos a la península ibérica, sino también embarcaciones procedentes del Mediterráneo Central (Sicilia, Sur de Italia o Ischia) (Maluquer de Motes, 1983, p. 166; Rodríguez González, 2018, p. 28). A este respecto, ya el propio Shefton (1982, p. 365), propuso previamente una ruta que partiría de la costa alicantina y, pasando por la zona Linares-Cástulo, bajaría por la cuenca del Guadalquivir. No obstante, este posible camino actualmente carece de apoyo en el mundo académico por la ausencia de respaldo en el registro arqueológico.

La teoría de Maluquer sobre las rutas del interior peninsular durante la etapa protohistórica resultó en una fértil simiente que dio lugar a una sucesión de trabajos dedicados a completar, desarrollar o descartar sus aseveraciones. Entre ellos, la

aportación de A. Domínguez Monedero (1988, pp. 327-334) abrió nuevas posibilidades al destacar la importancia de la ruta por Cástulo, ya mencionada por Maluquer (1982, p. 12), otorgándole al núcleo castulonense un importante rol en la articulación de esas redes de contacto entre el valle medio del Guadiana y los centros productores mediterráneos (Domínguez Monedero, 2013, p. 401).

En su aportación, Domínguez Monedero cimenta su discurso sobre la reestructuración del comercio acaecida entre mediados del siglo VI a.n.e. y la primera mitad del V a.n.e. El núcleo tartésico del valle del Guadalquivir y su paleodesembocadura experimentaron en esas fechas el final de su modelo territorial tal como había sido desde la llegada de poblaciones semitas, cuyas causas son todavía hoy desconocidas y para el que se han enarbolado diversas explicaciones sin haber alcanzado un consenso (Ferrer y García Fernández, 2019, con bibliografía). Se estaba gestando una nueva etapa, fruto de un cambio estructural de larga duración, que se manifestó en esta época a través de un proceso de transformaciones (Ferrer y García Fernández, 2019, pp. 54-55) que, sumadas a la conquista de Focea por los persas (Domínguez Monedero, 2006, p. 453) y a la reestructuración de las relaciones comerciales del Mediterráneo Central a raíz de la batalla de Alalia (*ca.* 540 a.n.e.) (Domínguez Monedero, 1991), influyeron sobre la logística del comercio griego en la península ibérica.

A este respecto, tanto Maluquer (1983) como Domínguez Monedero (1988; 2006) otorgan gran peso a la dispersión de la escultura zoomorfa ibérica en la investigación sobre las rutas comerciales interiores. No es objetivo de este trabajo profundizar en tal problemática, pues se trata de producciones peninsulares imbuidas por una fuerte influencia foránea, pero no importaciones materiales como tal. Además, su dispersión termina en Alarcos (aunque abundan tanto en la zona Este peninsular como en el valle del Guadalquivir), delimitando el final de la cultura ibera (Domínguez Monedero, 1988, p. 329, 2018a, pp. 34-37, con bibliografía). Pero las rutas comerciales sobrepasan las fronteras culturales. El carácter de filiación helena de las esculturas demostraría los estrechos contactos con gentes de procedencia griega que no se limitaron a la actividad comercial en las costas, sino que allí desarrollaron una interacción directa con las poblaciones locales, influyéndoles en sus gustos estéticos y técnicas (Domínguez Monedero, 1988, p. 331, 2006, pp. 454-462), que éstos últimos difundirían por su territorio según sus propias dinámicas. No obstante, la argumentación expuesta por Domínguez Monedero a la hora de defender su postura escéptica ante la existencia de “la ruta de los santuarios” en beneficio de la preponderancia de Cástulo como enclave de

control comercial, se apoya precisamente en la dispersión de las esculturas zoomorfas ibéricas. Dado que dichas esculturas no aparecen más al Oeste de Alarcos, este hecho marcaría para el autor el final de esa vía hacia el interior seguida por los agentes griegos, por lo que la ruta trazada por Maluquer no llegaría a zonas más occidentales. Mientras, los materiales de origen heleno, especialmente áticos, del Guadiana Medio en general, y Cancho Roano en particular, procederían de la ruta dirección Sur-Norte que conectaría con el núcleo comercial del Bajo Guadalquivir (Domínguez Monedero, 1988, pp. 329-333). Sin embargo, ello no implica un carácter ilusorio en la reconstrucción de “la ruta de los santuarios”, cuya existencia actualmente se ha visto reforzada a la luz de los últimos hallazgos de cerámicas áticas en el valle medio del Guadiana (Celestino *et al.*, 2017) y otros materiales mediterráneos como unguentarios de pasta vítrea, cuencos de vidrio de origen macedónico y una escultura de mármol del Pentélico (Atenas, Grecia) (Celestino y Rodríguez González, 2019a, pp. 354-357). A la luz de estos nuevos hallazgos, el panorama ha cambiado y se han de reelaborar las hipótesis. Además, puesto que la penetración helena por el valle del Guadalquivir es una idea ni siquiera sopesada, a pesar de la existencia de esculturas zoomorfas en la zona, la misma lógica puede aplicarse al territorio de la Meseta Sur, sin implicar una presencia griega activa ni una condición de las esculturas como marcadores de rutas. Únicamente delimitarían realidades culturales diversas, articuladas por vías de comunicación que sobrepasaban sus fronteras.

En definitiva, la propuesta de Domínguez Monedero (1988, p. 333) defiende la existencia del eje La Bienvenida-Cástulo, que conectaría el Alto Guadalquivir con el ámbito de la Meseta Sur por un paso directo a través de Sierra Morena, enlazando con Cancho Roano. Esta ruta se empezaría a consolidar desde finales del V a.n.e. y principios del IV a.n.e. en torno al camino que luego constituiría la llamada Vía Heraclea (Domínguez Monedero, 1988, p. 331). Según el autor, sería más probable su uso en vez del acceso que sostenía Maluquer a la Meseta Sur a través de la cuenca del Vinalopó. Por tanto, existiría una ruta oriental que gravitaría en torno a Cástulo y cuyo trazado sería el de la Vía Heraclea, precedente directo de la Vía Augusta, referenciada por Estrabón (3, 4, 9) e identificada con el anterior camino de Aníbal (Sillières, 1977). Su propuesta se apoya, además, en la similitud de las importaciones áticas del último cuarto del V a.n.e., especialmente entre las copas de Cancho Roano, La Bienvenida y Castellones de Ceal, este último vinculado con Cástulo, pues está en la ruta que, a través de las hoyas de Guadix y Baza, conecta Villaricos (Almería) con Linares (Jaén) (Cabrera, 1987, p. 220).

Por otro lado, el estudio del camino de Aníbal fue desarrollado por P. Sillières

(1977; 1999) y continuado en los años posteriores por los trabajos sobre la Vía Heraclea de J. Blázquez (1990a; 1990b; 2000), quien ha profundizado en su estudio como motor determinante del proceso formativo del mundo ibérico en toda la zona oriental y suoriental peninsular. Apoyándose en los testimonios sobre las vías romanas posteriores y en la evidencia del registro arqueológico, ofrecida por las excavaciones de las necrópolis y poblados ibéricos, Blázquez (1990a, p. 15; 1990b, pp. 53-54; 2000, p. 175) esboza una ruta que conectaría la Meseta Sur con el Alto Guadalquivir y la costa levantina. Su trazado dibujaría el itinerario de la llamada, de modo genérico, Vía Heraclea, que luego en época romana sería sustituida por la Vía Augusta, omitiendo algunos de sus tramos. Dicha ruta ofrecería un camino natural para alcanzar la costa mediterránea desde el Guadalquivir, remontando las cuencas de sus afluentes: primero el Guadalimar, ante cuyas aguas se ubicaba el núcleo de Cástulo, y luego el Guadalén, hasta llegar al Campo de Montiel, en la actual Ciudad Real, y continuar por la llanura manchega pasando por la Hoya de Santa Ana y Pozo Moro (Chinchilla de Montearagón, Albacete) hasta el Mediterráneo (Blázquez, 1990b, p. 54). En este sentido, aunque la Vía Heraclea sería el camino preeminente en la zona oriental, Blázquez (2000, pp. 175-176) también sostiene que la ruta de los santuarios definida por J. Maluquer, gracias al avance de la investigación arqueológica, se perfila cada vez con mayor base como la ruta más importante para alcanzar los territorios interiores al Oeste.

Igualmente, en su discurso resalta la distribución del material importado y su repetición tipológica, lo cual, a su parecer, confirma la condición de *Emporion* en el siglo V a.n.e. como núcleo principal de abastecimiento, así como la existencia de un “horizonte emporitano” en la Meseta Sur (Blázquez, 1990a, p. 15). No obstante, dicha reiteración tipológica le lleva a descartar un comercio de intermediarios (Blázquez, 2000, p. 177), contradiciendo la hipótesis de Maluquer (1983, p. 170), que otorgaba este papel a los foceos, y argumentando el protagonismo de los íberos como los agentes comerciales que distribuirían esos productos de importación por las zonas del interior.

Como se puede apreciar, el estudio de las vías de comunicación prerromanas a partir del trazado de sus sucesoras romanas ha resultado fundamental a la hora de vislumbrar la articulación del territorio peninsular durante el periodo protohistórico. Un último ejemplo de ello en el área que nos compete es el del itinerario 29 de Antonino, que se superpondría a una ruta natural anterior (Fernández Ochoa *et al.*, 1994, p. 145): partía del valle de Alcudía (Ciudad Real) hacia el Este conectando con el Alto Guadiana y la Meseta Sur, y hacia el Noroeste permitiría el acceso al valle medio del Guadiana.

4. El material. Las copas de figuras rojas y las copas de barniz negro tipo Cástulo y de la “clase delicada” entre mediados del siglo V a.n.e.- principios del IV a.n.e.

La larga tradición historiográfica sobre el repertorio cerámico ático de la península ibérica (Trías, 1967; Rouillard, 1991; Domínguez Monedero y Sánchez Fernández; 2001) ha facilitado la elaboración de una visión panorámica, donde las dinámicas generales de importación de estas piezas presentan en las diferentes regiones una congruencia y una homogeneidad cronológica que demuestran su pertenencia a un mismo circuito comercial sometido a reajustes y cambios.

Durante el siglo VI a.n.e., excepto en los enclaves de fuerte presencia helena como Ampurias o Huelva, la cerámica griega arribó a la península ibérica de forma esporádica pero continua en su papel de objetos de lujo (Domínguez Monedero y Sánchez Fernández, 2001, p. 461), como elementos del intercambio aristocrático basado en el regalo, caracterizados en el registro arqueológico por su bajo número, aparición aislada y gran calidad. Sin embargo, esta afluencia sufrirá una readaptación a las circunstancias que significó el práctico cese de llegada de este tipo de importaciones hasta mediados del siglo V a.n.e. En ese periodo de transición culminó la conocida como “Crisis de Tarteso” o “Crisis del siglo VI”, pero no es este el lugar para profundizar en su problemática (Ferrer y García Fernández, 2019). Ello significó la basculación del foco de interés comercial heleno del Sur al Este peninsular en coincidencia con la consolidación de Ampurias como centro neurálgico de la red comercial griega en la península ibérica (Cabrera, 1994, p. 91; Cabrera y Sánchez Fernández, 2000, pp. 133-134). Así, a lo largo de la primera mitad del V a.n.e., el enclave emporitano se convirtió en un centro importante dentro del circuito comercial del Extremo Occidente, coordinándose, o incluso minimizando, el papel de otros centros como *Massalia* (Cabrera y Sánchez Fernández, 1994), mientras afianzaba su actividad de intercambio con el litoral oriental de la península, donde el mundo ibérico ya había alcanzado un estado de madurez y complejidad que lo tornaron en un mercado de gran potencial (Cabrera y Sánchez Fernández, 2000, pp. 133-134).

Según diversos autores, Ampurias se convirtió en el intermediario entre la península ibérica y Atenas. Así, mientras los recursos materiales de la primera serían un reclamo, sobre todo metales y trigo, la segunda, convertida a principios del siglo V a.n.e. en la *polis* más influyente del ámbito griego, inundó la cuenca mediterránea con sus productos manufacturados dentro de un sistema de comercio a gran escala (Cabrera y Sánchez Fernández, 2000, p.134; Domínguez Monedero y Sánchez Fernández, 2001, p. 461). Este modelo puede observarse en la península ibérica, donde a partir de mediados

del V a.n.e. la inmensa mayoría de la cerámica griega documentada procede de talleres áticos. Esa consolidación de Ampurias como centro orientado a la redistribución de la cerámica ática generaría en la primera mitad del V a.n.e. la aparición del llamado “horizonte emporitano”, es decir, la presencia repetitiva de ciertas formas de vasos áticos en el Este y Sureste peninsular fruto del papel redistribuidor de Ampurias (Rouillard, 1991; Cabrera y Sánchez Fernández, 1994, 2000). A lo largo de dicho siglo y durante el siguiente, la tendencia general en la península ibérica será el aumento exponencial de las importaciones áticas, así como la menor calidad de sus acabados, siendo extraña la aparición de piezas de calidad como las del VI a.n.e. (Sánchez Fernández, 2017, p. 58).

Junto con el núcleo emporitano, otro enclave esencial en la llegada de las importaciones áticas al territorio peninsular sería la púnica *Ebusus* (Cabrera y Sánchez Fernández, 2000, p. 136). Esta isla de estratégica posición hubo de ser un importante puerto de escala entre el Mediterráneo Central y las costas ibéricas, caracterizado por la pluralidad de comerciantes y naves que habían de atracar en sus fondeaderos. De fundación fenicia en origen durante el siglo VII a.n.e. como corroboran las fuentes escritas (*Diod.* 5, 16, 2-3) y las arqueológicas (Costa Ribas y Fernández Gómez, 1997), *Ebusus* fue luego integrada en la órbita cartaginesa desde finales del VI a.n.e. Su ubicación en esa encrucijada de caminos y las imposiciones de los vientos hacían de esta isla un ideal punto de enlace de las embarcaciones hacia el litoral peninsular, el Norte de África y el Mediterráneo Central (Sánchez Fernández, 1981; Cabrera y Sánchez Fernández, 2000, p. 136). Mantendría una estrecha relación comercial con Ampurias, como demuestra la aparición de una específica selección de vasos áticos en la necrópolis de Puig des Molins desde mediados del siglo V a.n.e.; aunque como en el resto de la península ibérica, las importaciones áticas aumentarán significativamente a partir del siglo IV a.n.e. (Sánchez Fernández, 1981, pp. 305-307). Sin embargo, las formas que abundan de manera preeminente en *Ebusus* son los *lekythoi* y lucernas, un panorama muy distinto al del territorio peninsular, ya que si se obvian estos tipos el volumen de vasos áticos en la isla es ínfimo (Sánchez Fernández, 1981, pp. 307-309). Por tanto, el enclave ebusitano ha de ser tenido en cuenta por su condición como puerto de escala en el Mediterráneo Occidental, pero su conjunto ático no aporta una información significativa para el estudio que aquí venimos a desarrollar.

En cualquier caso, desde mediados del siglo V a.n.e. se consolidó una amplia red comercial por el interior de la península, cuyos extremos capilares alcanzaban desde los principales valles fluviales hasta las mesetas. Así, junto con otras manufacturas, en la

segunda mitad de esta centuria se dio la llegada masiva de cerámicas áticas, entre las que destacan las de barniz negro por ser las más numerosas y específicamente las copas tipo Cástulo (Sánchez Fernández, 1992b; Rodríguez-Pérez, 2019), o *stemless inset lip* según la terminología del Ágora de Atenas (Sparkes y Talcott, 1970, pp. 101-102). Estas copas se propagaron por toda la península, resultando las más comunes en esta etapa, por lo que han sido elegidas en este estudio como marcador de las rutas principales y las vías secundarias que de ellas surgirían para alcanzar diferentes regiones. Su condición como vaso más numeroso y extendido se debería a su sencillez morfológica, robustez y ausencia de tallo, lo cual las hacía muy resistentes, facilitando su transporte a través de largas distancias por mar y tierra (Sánchez Fernández, 1992b; Domínguez Monedero y Sánchez Fernández, 2001, p. 444). Fue precisamente por su abundancia en el yacimiento homónimo por lo que Shefton (1982, p. 403) decidió bautizarlas con ese nombre. Además, resulta significativo que las copas Cástulo fueron poco frecuentes en el Egeo y en cambio inundaron los mercados del Mediterráneo Central y Occidental (Sánchez Fernández, 1992b, pp. 328-329; Domínguez Monedero y Sánchez Fernández, 2001, p. 444). No obstante, su característica solidez no puede ser tomada como la única explicación de la larga vida de estas producciones en la península ibérica, donde están presentes desde mediados del V a.n.e. hasta la primera mitad del IV a.n.e. (Sánchez Fernández, 1992b, p. 328), especialmente si tenemos en cuenta la amplia difusión de sus sucesoras en el siglo IV a.n.e., las copas de figuras rojas del Grupo Viena 116, mucho más frágiles y numerosas (Rodríguez-Pérez, 2019, p. 72). En relación con ello surge la que es quizás la principal problemática en torno a las copas Cástulo, su debatida datación. Mientras que B. Sparkes y L. Talcott (1970, pp. 101-102) les otorgan una cronología de producción entre 475-425 a.n.e., en la península ibérica abarcarían entre el 440-350 a.n.e. (Sánchez Fernández, 1992b, p. 328). Para explicar este desfase actualmente se cuenta con dos propuestas. Por un lado, C. Sánchez (1992b, p. 332) lo ha achacado a la continuidad de los talleres en la producción de este tipo de vaso para satisfacer la demanda que manaba de otras partes del Mediterráneo, a pesar de que en Atenas ya no se consumiera. Se trataría, pues, de una producción enfocada específicamente a la exportación. Por otro lado, D. Rodríguez-Pérez (2019, p. 74) propone que las fechas de las copas Cástulo de tipo más antiguo llegadas a la península coincidirían con las del Ágora de Atenas (475-440 a.n.e.), aunque su presencia en contextos más tardíos se debería a una decisión consciente de sus consumidores, que las mantendrían fuera de circulación durante una o dos generaciones, incluso más, tanto por posibles razones sentimentales como económicas. A este respecto,

la hipótesis de Rodríguez-Pérez resulta la más plausible, pues C. Sánchez supone la existencia de una producción más prolongada en Atenas sin confirmación arqueológica.

Pero el hecho de que resulten tan comunes ha llevado a la inclusión en este trabajo de unos vasos menos extendidos, que maticen las vías principales ya demarcadas por la redistribución de las copas Cástulo. Para ello, se han elegido las copas de figuras rojas que, a pesar de ser muy abundantes en el IV a.n.e., durante el siglo que nos ocupa, el V a.n.e., fueron más escasas, lo que les otorga un carácter especial como importaciones. A este respecto, aunque siempre en un número inferior al del imperante barniz negro, su presencia se ha documentado desde la zona del Sureste y litoral levantino hasta las mesetas interiores (Sánchez Fernández, 2017, p. 59), por lo que constituyen un indicativo de las rutas principales y las regiones de mayor dinamismo comercial.

Con el mismo objetivo se ha incluido también la dispersión de las copas de barniz negro de la “clase delicada”. Se trata de una forma de pie bajo, con paredes altas y estrechas, con una característica moldura interna que separa el cuerpo del fondo de la copa. Siempre muestran en su fondo interior una decoración de motivos incisos o impresos: roseta o estrella central combinada con palmetas. Su producción comienza en el segundo cuarto del siglo V a.n.e. y continúa hasta el primer cuarto del siglo IV a.n.e., aunque su mayor desarrollo tuvo lugar durante la segunda mitad del V a.n.e. (Sparkes y Talcott, 1970, p. 105), lo cual las convierte en un elemento distintivo del horizonte cronológico en el que se focaliza este trabajo. A ello se suma su limitada presencia en la península ibérica y su recurrente asociación en los contextos con las copas Cástulo, por lo que resultan otro indicativo que permite matizar los itinerarios y estaciones principales de intercambio de las importaciones áticas.

De este modo, las redes comerciales del siglo V a.n.e. hacen gala de un funcionamiento con personalidad propia, diferenciado del desarrollo mercantil tanto de la centuria precedente como de la posterior. Es, por ello, que la articulación de su estructura comercial constituye el centro de este trabajo.

5. El canal. Individualización y caracterización arqueológica de las posibles rutas según la distribución de las copas áticas.

5.1. Contexto de aparición, número y cronología de las copas por zonas geográficas

A la hora de llevar a cabo el estudio de los contextos de aparición de las piezas se ha considerado oportuno analizar los yacimientos según su dispersión en las áreas

geográficas antes individualizadas. Para el análisis de los contextos de hallazgo se ha tenido que lidiar con las dificultades derivadas de su heterogénea documentación, donde se encuentran intervenciones con secuencia estratigráfica y sin ella, mezclándose prospecciones, sondeos y yacimientos excavados parcialmente o en extensión. Ello ha producido que los casos de las piezas donde no se ha especificado el contexto de hallazgo, o éste sea superficial, se hayan tenido en cuenta sólo para la cuantificación y los análisis de dispersión del material.

5.1.1. El Sureste peninsular

Los puertos de recepción posiblemente estuvieron condicionados por dos elementos que, en ocasiones, son obviados por la Historiografía, pero que son esenciales para la navegación: los vientos y las mareas.

Ante todo, se ha de tener en cuenta que al tratar la navegación en la Antigüedad hemos de ceñirnos a las condiciones de los meses estivales cuando la mar sería más segura, es decir, desde junio hasta septiembre aproximadamente (Guerrero, 2006, p. 94). La corriente marina general del Mediterráneo circula en sentido contrario a las agujas del reloj. A diferencia del resto de los ramales en los que se divide, su deriva resulta la única con capacidad para influir en la navegación, ralentizándola, pero no impidiéndola (Ruiz de Arbulo, 1998, pp. 84-85). Debido a ello, el factor clave en el que se ha de centrar la atención es en los vientos. En este periodo existía una estrecha dependencia del régimen de vientos dominantes durante la temporada de navegación, así como de la formación del oleaje y su intensidad (Guerrero, 2006, p. 91).

De esta forma, las rutas que siguieran una dirección Este-Oeste buscando el estrecho de Gibraltar, procedentes del Mediterráneo Oriental y Central, habrían de seguir la costa de la península ibérica desde la altura del cabo de San Antonio y el cabo de Palos hacia el Sur para así evitar surcar las aguas a contracorriente de la deriva general mediterránea (Ruiz de Arbulo, 1998, p. 92). En relación con ello, las embarcaciones evitarían por lo general el tramo del golfo de Valencia, debido a las dificultades que constituían los vientos cambiantes y superar el cabo de San Antonio partiendo desde dicho golfo (Moreno, 2005, p. 792). No obstante, esto no significa el descarte de una navegación por cabotaje desde *Emporion* hacia el Sur y viceversa cuando los intereses y el tiempo disponible para realizar el viaje lo permitieran.

Así, las rutas provenientes tanto del Mediterráneo central como desde las actuales costas catalana y francesa se articularon en torno a las Islas Baleares, principalmente Ibiza por su situación estratégica que la definió como uno de los puertos de escala que unía el tráfico comercial entre la cuenca oriental y la occidental. Dicha isla ofrecía un itinerario más seguro, pues puede ser divisada desde el litoral peninsular a la altura del cabo de la Nao en días de buenas condiciones meteorológicas, lo cual significaba que nunca se perdía de vista tierra firme (Patton, 1996). *Ebusus* encarnaría el último punto de control cartaginés de los navíos que surcaban las aguas del Extremo Occidente, lo que hubo de significar una interacción constante con los comerciantes griegos procedentes de Magna Grecia, Sicilia y los núcleos emporitano y masaliota. No obstante, esta cuestión se desarrollará en profundidad en un apartado posterior.

Como se ha apuntado antes, a pesar de su condición como puerto de escala, el volumen y el repertorio tipológico de la cerámica ática en Ibiza dista del de la península ibérica en la horquilla cronológica comprendida entre el siglo V a.n.e. y el primer cuarto del IV a.n.e. (Sánchez Fernández, 1981, pp. 303-305). Así, de los tipos incluidos en este trabajo, sólo se han documentado en la necrópolis de Puig des Molins tres copas Cástulo de la segunda mitad del V a.n.e. (Sánchez Fernández, 1981, p. 305), que al haber sido estudiadas en el museo no permiten leer más allá de su rol como ajuar funerario. Tan limitado registro lleva a pensar en una baja integración de la vajilla de mesa ática entre los pobladores de la isla, por lo que sería un punto de paso en el acceso al mercado ibérico, no un puerto principal de descarga de esta mercancía.

En cualquier caso, desde la isla los vientos favorables dirigirían a las embarcaciones hacia el cabo de Palos donde podrían continuar mediante cabotaje por la costa y descargar la mercancía en puntos estratégicos. Estos enclaves portuarios se concentraron en lo que actualmente constituye el litoral murciano-alicantino, ratificando la idea del condicionamiento de los vientos a través de su ubicación y la ausencia de puertos receptores en la costa valenciana (Fig. 1). Entre ellos, siguiendo en dirección hacia el Estrecho, destacaron Illeta dels Banyets (El Campello, Alicante), el Tossal de les Basses (Alicante), La Picola (Santa Pola, Alicante) y la Loma del Escorial (Los Nietos, Cartagena). Todos ellos tienen en común su condición como excelentes fondeaderos y su aparición desde mediados del V a.n.e., excepto en la Loma del Escorial que se inicia a finales de dicho siglo, el cual ha podido ser estimado a partir de las propias cerámicas áticas halladas en los contextos. Aunque es precisamente esa fase más antigua la menos conocida de estos yacimientos, la concentración de vasos áticos documentada en sus

espacios (especialmente las producciones aquí estudiadas), sumada a su idónea ubicación, permite individualizarlos como los principales puertos de recepción de las importaciones áticas. En este sentido, a día de hoy continúa el debate acerca de su caracterización como *emporion* o como *port-of-trade*, según el modelo de K. Polanyi (1963).

El *emporion* ha de ser entendido como un enclave o un espacio reservado dentro del propio enclave, costero o interior, establecido bajo el permiso de las autoridades del territorio, donde comerciantes indígenas y no indígenas podían realizar sus intercambios y otras actividades derivadas de su oficio de manera segura, al amparo de un sistema de mecanismos jurídicos y administrativos (Domínguez Monedero, 2001, p. 223). También tendría lugar en ese espacio la producción de manufacturas, ante su eminente naturaleza comercial (Demetriou, 2011, p. 256). Por otro lado, el *port-of-trade* es un concepto ideal: un enclave costero o ribereño, de imperante neutralidad al establecerse como punto de encuentro entre dos colectividades dotadas de una organización económica distinta (Polanyi, 1963; Demetriou, 2011). En definitiva, se trataría de un instrumento de operatividad económica que facilitaba el comercio a larga distancia.

En lo que respecta a esta identificación, a nuestro parecer el concepto de *port-of-trade* resulta demasiado rígido para la diversidad de casos que hubieron de darse en el ámbito comercial. Mientras que el término *emporion* implica unas características complejas difíciles de probar con total seguridad teniendo en cuenta el escaso conocimiento del que se dispone sobre estos enclaves durante su fase del siglo V a.n.e. El único que encajaría en cierto modo con la definición empórica sería La Picola, pues su planteamiento urbanístico y características constructivas beben con claridad de los patrones griegos (Badie *et al.*, 2000). Por tanto, se trataría de un centro dependiente de la autoridad ibérica con una fuerte presencia griega, tal vez semipermanente, que establecería allí una base comercial (Domínguez Monedero, 2002, p. 84). En cuanto a Tossal de les Basses (García Martín, 2004) y La Loma del Escorial (García Cano y García Cano, 1992) la cerámica ática fue hallada tanto en contextos de habitación de estos poblados ibéricos, como en menor número en sus respectivas necrópolis en calidad de ajuar funerario: la Albufereta (Verdú, 2015) y los Nietos (García Cano y García Cano, 1992). No obstante, se ha de subrayar que la cerámica procedente de la Albufereta ha resultado tradicionalmente problemática a pesar de haber sido sometida a varias revisiones (Trías, 1967; Rouillard, 1991; Domínguez Monedero y Sánchez Fernández, 2001), pues su material ha sido estudiado junto con el de Tossal de Manises, poblado inmediato a la necrópolis cuyo periodo de ocupación comienza a finales del V a.n.e. A

falta de una publicación adecuada de las piezas áticas se desconoce la procedencia exacta de muchas de ellas, habiéndose mezclado el material recuperado en los tres yacimientos. Por ello, se han recogido en este estudio sólo las copas de procedencia clara establecidas en la última recopilación de García Martín (2004, pp. 39-41), lo que impide analizar las piezas en su contexto.

Además, estos enclaves portuarios mantendrían una estrecha relación con su entorno inmediato, potenciando su dinamismo económico como núcleos de redistribución tanto de las importaciones como de las materias para exportar. Ese papel desempeñaría Illeta dels Banyets (Olcina *et al.*, 2017) cuya predominante vocación marina y comercial se intuye por su estratégica ubicación en una estrecha lengua de tierra que se adentra en el mar, donde de las escasas estructuras conocidas se recuperó un gran número de vasos áticos (García Martín, 2003). La fundación *ex novo* de estos enclaves durante el siglo V a.n.e. sería fruto de la maduración del mundo ibérico, cuyo potencial como productor y consumidor atrajo a los comerciantes griegos, quienes empezaron en este siglo una fase de tanteos con una consolidación progresiva.

En definitiva, consideramos más apropiado tratarlos como “puertos principales de recepción”, a los que se sumarían otros de menor importancia, pero esenciales como escalas para el comercio de cabotaje y la redistribución posterior a través del comercio local. Entre estos últimos se contarían los puertos de Peñón de Ifach (Calpe, Alicante) (Verdú, 2021), Tossal de la Cala (Benidorm, Alicante) (García Hernández, 1986), Vila Joiosa (Villajoyosa, Alicante) (Ruiz Alcalde y Marcos González, 2011, pp. 110-117) y Villaricos (López Castro *et al.*, 2010). De todos ellos partirían diversas rutas y ramales que daban acceso a los diferentes yacimientos en los que se han documentado cerámicas áticas. De ese modo, la distribución de estos vasos permite trazar los caminos principales interiores que debieron seguir los comerciantes y que ya existirían previamente: hacia el Suroeste remontando la cuenca del Guadalentín, afluente del Segura, en dirección a las hoyas de Baza y Guadix o hacia el Norte siguiendo el curso del Vinalopó.

El primer camino posible que se dibuja en el mapa de dispersión permite dilucidar un itinerario que partiría desde los puertos principales de recepción y remontaría por el valle del Vinalopó, como ya propuso Maluquer (1983, pp. 169-170). La investigación parece estar de acuerdo en otorgar el papel de núcleo regulador del territorio del Bajo Vinalopó al enclave de La Alcodía, en el cual, aunque no se ha documentado una cantidad excesiva de importaciones griegas, son relevantes cualitativamente (García Martín, 2004, p. 87). Podría destacarse una copa *stemless large plain rim* de figuras rojas datada en el

último cuarto del siglo V a.n.e., pero de la cual no existe documentación fotográfica. Se ha propuesto una relación de dependencia entre dicho núcleo y La Picola, en la que esta última se encontraría bajo la autoridad de los dirigentes de La Alcudia que controlarían el flujo de importaciones mediterráneas en la región (Badie *et al.*, 2000, pp. 263-264). No obstante, la exigua presencia de vasos áticos en el poblado en comparación con otros enclaves vecinos hace dudar de ese “control” sobre los productos importados.

El Vinalopó actuaría como un auténtico corredor de comunicación en esta etapa de la segunda mitad del V a.n.e., en un momento en que el flujo de importaciones áticas por la región no hacía gala de un gran volumen de ejemplares, pero sí de una amplia extensión por toda la región del Sureste. Así, ocurre en el poblado de El Monastil (Elda, Alicante) (García Martín, 2004, pp. 101-102), que por su situación en el estrechamiento del valle medio hubo de desempeñar un papel de peso en las comunicaciones entre las cuencas alta y baja. Aunque su registro cerámico resulta limitado es acorde con el del resto de la zona circundante. A su vez, haría de bisagra entre dos espacios diferenciados por su concentración de importaciones: uno al Este y otro al Oeste. El primero estaría constituido por el valle del Alcoiá-Comtat (Alicante), extensamente habitado en esta época (La Covalta, L’Alt del Punxó, Errecorrals, Penya Banyá, El Pitxòcol, Lloma de Galbis, El Xocolatero y El Puig) con poblados que demandan vasos áticos desde el arranque de la segunda mitad del V a.n.e., pero que presentan una imagen disonante al convivir yacimientos que ostentan un registro cerámico considerable y otros con un volumen reducido, testimonial en algunos casos, de copas áticas del siglo V a.n.e. recuperadas en sus espacios de habitación (García Martín y Grau, 1997). En este sentido, el conjunto cerámico de El Puig es el más numeroso de la zona junto con el de Covalta, detectándose en ambos una preferencia clara de los platos, de borde reentrante y borde saliente, sobre las copas (García Martín, 2004, p. 66). Además, se ha de destacar la presencia en El Puig de seis copas Cástulo en un mismo departamento, pues la cerámica ática se encuentra en casi todas las casas del poblado, junto con otros elementos de cocina y servicio que llevan a interpretar el contexto como una estancia de preparación y consumo de alimentos (Grau y Segura, 2013, p. 122).

En contraste, el espacio occidental consta de poblados con sus respectivas necrópolis más dispersos que albergan una considerable concentración de este tipo de vajilla. El más próximo a El Monastil es el núcleo de El Puntal de Salinas (Salinas, Alicante). En su necrópolis homónima tiene lugar un fenómeno que se repite en varias ocasiones en la península ibérica y en el que se profundizará en un apartado posterior

como es la presencia de dos copas Cástulo de la primera generación, datadas en el último cuarto del siglo V a.n.e., en tumbas del siglo IV a.n.e. (Sala y Hernández Alcaraz, 1998, pp. 247-248) debido a un posible atesoramiento y ulterior amortización como ajuar. De igual modo, en dicha necrópolis se han hallado copas Cástulo de factura vulgar pertenecientes a la segunda generación (*ca.* 400-375 a.n.e.). Estas mismas producciones se han encontrado en el poblado de El Puntal, donde figuran diez ejemplares del último cuarto del siglo V a.n.e., de los cuales siete han sido identificados como producciones de imitación elaboradas en *Massalia* o en Sicilia debido a su inferior calidad técnica (Hernández Alcaraz y Sala, 1996, p. 51). No obstante, esta atribución carece de argumentos sólidos, pues ejemplares de esas características aparecen en otros yacimientos aquí mencionados y no se discute su adscripción ática, por lo que dichas piezas han sido cuantificadas en nuestro análisis como un lote ático. Resulta además interesante el hecho de que tanto en el poblado (n=47) como en la necrópolis (n=58) se han contabilizado un número parejo de cerámicas áticas, en general, y de copas Cástulo y de la “clase delicada”, en particular (Tabla 2.3).

Al Oeste de El Puntal de Salinas se encuentra la necrópolis de El Llano de la Consolación (Montealegre del Castillo, Albacete), donde desde el siglo VI a.n.e. se documentan túmulos y esculturas monumentales (Valenciano, 2000, p. 301) que entre el V-IV a.n.e. fueron evolucionando hacia un tipo de enterramiento más sencillo. Así, la copa Cástulo de cronología más antigua de esta necrópolis es la única que apareció en uno de dichos túmulos, en el número 1 específicamente, lo cual ha permitido datarla *ca.* 450-400 a.n.e. (Valenciano, 2000, p. 268). El resto de copas Cástulo, con una cronología similar que se incluye en la segunda mitad del V a.n.e., se reparten en tumbas de principios del IV a.n.e. sin coincidir dos en un mismo enterramiento ni aparecer junto con las copas de la clase delicada (Valenciano, 2000, pp. 268-269). En lo que respecta a las copas de figuras rojas, éstas destacan al ser atribuidas al Pintor de Penthesilea (Fig. 4, nº 16-17), lo cual les otorga una cronología *ca.* 470-450 a.n.e., poco común para esta producción en península ibérica (Valenciano, 2000, pp. 264-265); sin embargo, aparecieron en superficie, lo cual limita su análisis.

Más al Oeste se localiza el conjunto de Coimbra del Barranco Ancho (Jumilla, Murcia) que alberga al gran poblado homónimo y las tres necrópolis asociadas al mismo: La Senda, El Poblado y El Barranco, de las cuales se han excavado con metodología las dos primeras (García Cano, 1982, p. 237). En el *oppidum* la totalidad de las cerámicas áticas recuperadas datan del siglo IV a.n.e., (García Cano, 1982, pp. 236-237). Del mismo

modo ocurre en las dos necrópolis, con escasas excepciones, imperando el barniz negro (García Cano, 1997, p. 99). No obstante, parece claro que el estudio de estas necrópolis debe ser revisado, dado que J.M. García Cano en su recopilación de 1982 (p. 214, fig. 37.13) documenta una copa Cástulo del primer cuarto del siglo IV a.n.e., que es obviada en su monografía de 1997 (p. 103) sobre las necrópolis de Coimbra del Barranco Ancho cuando alude a la ausencia total de copas tipo *kylix* de barniz negro. Igualmente, en una reciente publicación (García Cano, 2017) dicho autor dio a conocer el significativo hallazgo en una tumba de El Poblado de una copa de pie alto de figuras rojas atribuida al Pintor de Kadmos (Fig. 4, nº 21), con una datación *ca.* 425-400 a.n.e. que eleva la cronología de dicha necrópolis. Es, por tanto, de los ejemplares más tempranos hallados en el Sureste interior junto con las copas de Llano de la Consolación y las *stemless* (de pie bajo) del ámbito del Vinalopó (La Alcudia, La Covalta, El Puig y El Pitxòcol).

Si se continúa remontando el Vinalopó, pasado el punto donde su cuenca vira hacia el Este, se encuentra el yacimiento de Capuchinos (Caudete, Albacete), el cual hubo de ser un enclave de considerable importancia como señalan las esculturas halladas en su necrópolis, pero en el que sólo se han desarrollado prospecciones en el área identificada con el espacio de hábitat (Grau y Moratalla, 1998, p. 64). Su ubicación en el acceso al corredor de Almansa ha motivado su elección como marcador del límite artificial aquí establecido entre el Sureste peninsular y la Meseta Sur. Con lo cual, incluidos dentro del Sureste quedarían por último los yacimientos del valle del Cànyoles. A su entrada se ubica la Bastida de les Alcusses (Mogente, Valencia), poblado que por sus características y voluminoso registro material es concebido como el núcleo regulador del territorio. En lo que respecta al papel del material ático, el exhaustivo estudio realizado recientemente sobre este yacimiento (Amorós y Vives-Ferrándiz, 2022) ha otorgado datos significativos. Aunque el periodo de ocupación del poblado se desarrolla en el siglo IV a.n.e., compartiendo contexto con las piezas que se incluyen dentro de esta datación se han encontrado 106 copas Cástulo (*ca.* 450-375 a.n.e.) y 24 de la “clase delicada” (*ca.* 450-425 a.n.e.), lo cual vuelve a apuntar a la dilatada perduración de estas producciones en el mundo ibérico (Amorós y Vives-Ferrándiz, 2022, pp. 4-10). Las 2294 piezas áticas recuperadas se encontraron por todo el poblado: espacios públicos, de habitación y de almacenaje (Amorós y Vives-Ferrándiz, 2022, p. 14); hecho que señala la alta integración de la vajilla ática entre la población de la Bastida tanto para su uso como para su intercambio. De nuevo, los platos son el ejemplar más numeroso con casi 1300 ejemplares (Amorós y Vives-Ferrándiz, 2022, p. 6).

También sería un núcleo principal Cerro Lucena (Enguera, Valencia), *oppidum* fundado en el siglo IV a.n.e. Sin embargo, su estudio pormenorizado permanece recogido en una tesis inédita (Castellano, 2016), por lo que sólo hemos podido extraer a través de referencias sueltas la presencia de 128 cerámicas importadas, una de ellas una copa Cástulo. Por último, se encontraría el poblado de La Solana del Castell (Játiva, Valencia), la futura *Saitabi*, situado en la apertura del valle que da paso a la llanura litoral levantina y, por tanto, en el acceso a Sagunto y el tramo septentrional de la Vía Heraclea, el cual queda fuera de este estudio. Su registro de vajilla ática (n=46) se incluye dentro de las dinámicas del ámbito del Vinalopó: con preferencia por los platos y la siempre presente copa Cástulo en un menor número (Pérez Ballester, 2017, p. 168).

En lo que respecta al segundo posible camino desde los puertos principales, éste se dirigiría hacia el Suroeste, nutrido a través de los puertos de La Picola y La Loma del Escorial por una razón de proximidad geográfica. Al analizar la dispersión de las copas áticas, esta zona hace gala de una característica particular dado que estas importaciones se hallan en poblados y necrópolis, pero su concentración numérica en estas últimas es mucho más notable. La ruta descendería hacia los poblados de El Oral y la Escuera (San Fulgencio, Alicante), los cuales durante esta época experimentaron una etapa de cambios al ser el primero abandonado a mediados del V a.n.e. y poblarse el segundo desde el último cuarto de dicho siglo (Abad *et al.*, 2001). Puesta en relación con ambos núcleos se encuentra la vecina necrópolis de El Molar (San Fulgencio, Alicante) (Monraval Sapiña, 1992), cuyo material griego, junto con el recuperado en El Oral, es en su totalidad de barniz negro y de los más antiguos documentados en la zona. No obstante, en estos tres emplazamientos no se detecta una concentración de vasos áticos tan marcada como en la necrópolis de Cabezo Lucero (Guardamar del Segura, Alicante) (Aranegui *et al.*, 1993), al otro lado de la desembocadura del Segura. En este yacimiento, desde finales del siglo VI a.n.e. hasta finales del IV a.n.e., se documentaron casi 700 vasos áticos, de los cuales un 38% se incluyen entre la segunda mitad del V a.n.e. y el primer cuarto del IV a.n.e. (Rouillard, 2010, pp. 116-117) con una notable cantidad de copas Cástulo y de la “clase delicada”, así como figuras rojas de calidad (Tabla 1.2; Fig. 4, nº 3, 12-13).

La dispersión de vasos continúa por la arteria del valle del Segura y luego su afluente, el Guadalentín, hacia el Suroeste hasta alcanzar el enclave de Cabezo de la Rueda (García Cano, 1982, pp. 90-92) y la que sería su necrópolis, detectada por una intervención en la Calle Cura Hurtado Lorente (García Cano, 1982, pp. 50-51), ambas en el entramado urbano de Alcantarilla (Murcia). Sin embargo, la información sobre estos

contextos es muy limitada, debido a su intervención mediante catas a finales del siglo pasado. En comparación, la cercana necrópolis de Cabecico del Tesoro (La Alberca, Murcia) ha experimentado numerosas intervenciones y revisiones por diversos autores (Quesada y Lanz, 2016, con bibliografía), aunque sigue sin publicarse una memoria sistemática del yacimiento. En esta necrópolis se documenta, de nuevo, ese fenómeno de la recuperación de copas Cástulo (García Cano, 2003, p. 255), a modo de ajuar de tumbas datadas a lo largo del siglo IV a.n.e.

Siguiendo el río Guadalentín hacia el Sur se llega a la necrópolis de Lorca (Murcia). Este yacimiento se ha caracterizado a partir de la ejecución de varias excavaciones de urgencia desarrolladas dentro del entramado urbano de la ciudad, lo que han permitido identificar una necrópolis ibérica en la que se documentan importaciones áticas datadas desde mediados del siglo V a.n.e. hasta mediados del siglo IV a.n.e. (García Cano, 2003, p. 251). A este respecto, cabe subrayar el hallazgo de una copa de la “clase delicada”, parte del ajuar de una probable tumba de incineración que quedó arrasada por una zanja de saneamiento (García Cano, 1989-1990, pp. 95-96, fig. 1). La presencia de una pieza de tan buena factura, junto con otras importaciones griegas, en un enclave “aparentemente” aislado en la cuenca alta del Guadalentín apunta a la importancia de esta zona como espacio bisagra en el flujo comercial entre los puertos receptores y los enclaves del Alto Guadalquivir, los cuales serán tratados a continuación.

Por otro lado, en la cuenca del Bajo Segura existiría una desviación hacia el Oeste que alcanzaría diversos núcleos. Así, en Castillejo de los Baños (Fortuna, Murcia), necrópolis del poblado homónimo, se documentan 18 piezas entre copas Cástulo y “clase delicada” del total de 31 de barniz negro de la primera mitad del V a.n.e., sin incluir dibujos ni especificar la cantidad o contexto de hallazgo de cada una (García Cano y Page, 2000, p. 256). En dirección Suroeste se encuentran la necrópolis y el poblado de Cabezo del Tío Pío (Archena, Murcia) donde, siguiendo la tónica de la región, la presencia de cerámicas áticas se concentra en el espacio funerario. Estas importaciones superan a la vajilla ibérica documentada en las tumbas con cerca de 100 vasos áticos frente a la quincena de piezas indígenas (Page y García Cano, 1990, p. 125). Además, destaca el conjunto de copas de figuras rojas recuperado en la necrópolis, aunque sin contexto de hallazgo, al constar de piezas que representan el final del periodo (*ca.* 410-390 a.n.e.) comercial en el que se centra este trabajo, como son dos vasos del taller del Pintor de Jena y dos copas con decoración de *ánodos* (García Cano, 1982, pp. 95-100) (Fig.4, nº 22-26).

En la vecina necrópolis de El Cigarralejo (Mula, Murcia) (Cuadrado, 1987) se ha

recuperado una gran cantidad de cerámica ática que refleja su fluida comunicación con los centros de redistribución a través de la cuenca del Segura. Sin embargo, ofrece escasa información para nuestro estudio debido a la imperante presencia de vasos con forma de plato, como ocurre en Cabecico del Tesoro, y la datación a mediados del siglo IV a.n.e. de la mayoría de las piezas. Por último, el escueto registro de cerámica importada, donde figura una copa Cástulo, del poblado de Los Molinicos (Moratalla, Murcia) (García Cano, 1982, pp. 241-244) representa otro de esos caminos de alcance local que llegarían a los enclaves alejados de las principales vías de comunicación.

5.1.2. Alto Guadalquivir y altiplanicies granadinas

Como se ha mencionado, el Alto Guadalentín constituye el territorio bisagra, marcado por el hito de la necrópolis de Lorca, que daría paso a la zona de las altiplanicies granadinas a través de los corredores naturales dirección Oeste-Este del valle del Almanzora. Éstos conectarían a su vez con la cuenca del Guadiana Menor, afluente del Guadalquivir, el cual queda enmarcado entre las necrópolis de Cerro del Santuario (Baza, Granada) y Tútugi (Galera, Granada), emblemas del mundo funerario ibérico. En lo que se refiere al registro ático de la primera, llama la atención su bajo volumen en comparación con el número de tumbas (75 piezas frente a 179 tumbas). Las cerámicas importadas se encuadran en su inmensa mayoría en el siglo IV a.n.e., siendo raras excepciones los ejemplares anteriores a esta fecha (Adroher y López Marcos, 1992, pp. 11-12). Por otro lado, en la necrópolis de Galera los vasos áticos son más abundantes y llegaron al territorio de forma continuada, pues se documentan producciones desde mediados del siglo V a.n.e. hasta mediados del IV a.n.e., como refleja el registro de las copas Cástulo (Tabla 2) (Sánchez Fernández, 1992a, pp. 447-545). Aunque no se puede decir lo mismo de las copas de figuras rojas, las cuales se fechan todas desde el segundo cuarto del siglo IV a.n.e.

En el corredor horadado por el curso del Guadiana Menor, que vira hacia el Norte y atraviesa el escarpado relieve penibético para dar al valle del Guadalquivir, se encontraría el núcleo de Castellones de Ceal (Hinojares, Jaén). Las intervenciones llevadas a cabo tanto en su zona de hábitat como en su necrópolis han recuperado un voluminoso conjunto de vajilla ática entre la que destaca su repertorio de copas de figuras rojas (Chapa *et al.*, 1998). En este sentido, se ha de subrayar la significación de una pieza

de este grupo por sus implicaciones en el trazado de las rutas comerciales: una copa *stemless* que muestra en su tondo una lechuza entre ramas de olivo (Fig. 5, nº 6). Esta producción es muy extraña en península ibérica, pero sus paralelos se pueden rastrear a lo largo del territorio, dibujando con claridad la ruta que habría seguido el lote (Fig. 8). Una vez traspasado el corredor del Guadiana Menor y cerca del punto donde éste desagua en el Guadalquivir, se ubica la necrópolis de Toya (Peal de Becerro, Jaén), la cual muestra un registro deficiente de los contextos a causa de su temprano descubrimiento a principios del siglo XX y los posteriores expolios a los que fue sometida (Pereira y Chapa, 1991). Ello ha ocasionado una documentación parca en detalles, enfocada sobre todo en la cámara sepulcral, y un aparato gráfico de las piezas inexistente (véase Sánchez Fernández, 1992a, pp. 584-641). Por tanto, las copas áticas recuperadas en esta necrópolis carecen de contexto, sólo pudiendo destacarse el tráfico comercial constante que hubo de alcanzar el territorio, ya que se documentan copas Cástulo a lo largo de toda su horquilla cronológica de producción (Tabla 2) al igual que en Tútugi y Castellones de Ceal.

Al avanzar río abajo por el valle del Guadalquivir se llegaría a la necrópolis de Mengíbar (Jaén), en la encrucijada entre éste y su afluente, el Guadalimar que lleva al núcleo de Cástulo (Linares, Jaén). Su caracterización es compleja dado que el Cerro de la Muela, donde se situaría la facies de ocupación ibérica, nunca ha sido objeto de excavaciones arqueológicas y su registro se ha ido completando a través de diversas donaciones privadas de material arqueológico con vagas referencias a su procedencia, originarias del expolio o intervenciones descontroladas (Manso *et al.*, 2000). No obstante, cabe destacar este yacimiento por su estratégica localización en el camino que tomaría la Vía Heraclea remontando el Guadalquivir hasta el núcleo castulonense y por el hallazgo en sus alrededores de otra copa de figuras rojas con una lechuza (Manso *et al.*, 2000, p. 109, lám. 3). De este modo, Mengíbar sería otro “enclave-bisagra” al conectar también con los asentamientos de la cuenca del Guadalbullón, muestra del comercio capilar. Remontando el curso de este afluente del Guadalquivir, llegarían las importaciones áticas hasta el poblado de Puente Tablas (Jaén, Jaén). Dichas copas han sido documentadas tanto en espacios de hábitat y el relleno de un bastión (Ruiz y Molinos, 1988) como en el patio del santuario a modo de ajuar votivo, tras ser empleadas para realizar una libación de azufre (Parras *et al.*, 2016, p. 514). Sin embargo, se echa en falta un estudio pormenorizado del material ático, pues, aunque la tesis de C. Sánchez (1992a) recoge las piezas recuperadas en las excavaciones de los años 80, apenas se detallan los contextos por la falta de información; así como los nuevos hallazgos en la zona del santuario urbano,

que son mencionados como “dos copas de figuras rojas” (Parras *et al.*, 2016, p. 514) sin especificar cronología ni facilitar un aparato gráfico que ayude a cubrir esta deficiencia. Por ello, no han podido ser incluidas para nuestra cuantificación. Prueba también de ese comercio que se desviaría de las rutas principales para llevar la mercancía a núcleos políticamente periféricos serían las dos copas Cástulo que aparecen en la tumba 8 de la necrópolis de la Loma de Peinado (Casillas de Martos, Jaén) (Sánchez Fernández, 1992a, p. 655, n° 516-517).

Por último, desde Mengíbar remontando el Guadalimar se alcanzaría el enclave castulonense que hubo de actuar como el núcleo regulador de las explotaciones mineras y agrícolas de la zona, lo que le valió su papel como el ente vertebrador de los intercambios comerciales en el Alto Guadalquivir a través de la Vía Heraclea (Domínguez Monedero, 2018b). No obstante, su caracterización durante la etapa que concierne a este trabajo ha sido definida mayormente gracias a los amplios repertorios de cerámica ática que ofrecen las necrópolis de su entorno. Así, las primeras importaciones áticas se fechan desde finales del siglo V a.n.e. en Estacar de Robarinas, los Patos, Baños de la Muela y Molino de Calдона, destacando la concentración de copas en esta última (Sánchez Fernández, 1987). En los cuatro contextos se dan casos en los que estas producciones más tempranas aparecen en tumbas con piezas del segundo cuarto del IV a.n.e.

5.1.3. La Meseta Sur

El flujo de importaciones discurriría hasta los enclaves de este territorio desde el Alto Guadalquivir por la cuenca del Guadalimar hasta el Campo de Montiel como desde el Sureste por el altiplano de Almansa. En este último corredor natural se ubica el importante santuario del Cerro de los Santos, cuya alterada estratigrafía y escaso registro de material ático sólo permite caracterizarlo en este contexto como un santuario de paso, un espacio seguro al que acudir como referencia dentro del aparente vacío poblacional de la zona (García Cardiel, 2015, p. 85). El otro itinerario paralelo para adentrarse en la Meseta Sur desde el Sureste seguiría desde la altura de Coimbra del Barranco Ancho hacia el Campo de Hellín al Oeste, pasando por Pozo de la Nieve, Tolmo de Minateda y El Castellón (Fig.5) hasta arribar a la necrópolis de Hoya de Santa Ana, cuyo registro material, a pesar de haber sido sometida a revisión tras su temprana excavación en la década de 1940 (Blánquez, 1987), no ha sido publicado de forma íntegra. En el caso de

la cerámica ática esta falta se acentúa debido a una documentación gráfica incompleta y la ausencia de un estudio pormenorizado de todas las piezas, por lo que en este trabajo sólo se han incluido las copas publicadas.

La siguiente estación en esa ruta Este-Oeste sería la necrópolis de Los Villares (Hoya-Gonzalo, Albacete), la cual tuvo un periodo de uso desde finales del siglo VI a.n.e. hasta los inicios del IV a.n.e., presentando una estratigrafía completa y bien conservada (Blánquez, 1990b, p. 66). La preferencia por el barniz negro en esta necrópolis tiene su mejor ejemplo en los famosos *silicernia* documentados en las tumbas aristocráticas 20 (53 vasos) y 25 (30 vasos). Estas piezas tomaron parte en dos banquetes funerarios, como demuestra la omnipresencia de vasos para beber, tras los cuales se procedió a su destrucción exponiéndolas al fuego (Picazo, 2015). La uniformidad tipológica y la ausencia de desgaste por el uso lleva a pensar que este material fue adquirido para este único propósito. Las fechas estimadas para estas cerámicas difieren en un máximo de unos 25 años, es decir, una generación en las sociedades preindustriales, por lo que el origen de estos conjuntos pudo ser la compra de un gran lote de piezas por encargo o su adquisición paulatina y conservación para esta celebración.

Muy cerca se sitúa la necrópolis de Pozo Moro (Chinchilla de Montearagón, Albacete) en la que sólo se han documentado 16 cerámicas áticas repartidas en dos tumbas, de las cuales cronológicamente se insertan en nuestro estudio las copas de figuras rojas de la tumba 3F3 (Alcalá-Zamora, 2003, pp. 103-104). Por su clara similitud seguramente fueron ejecutadas por el mismo pintor. Siguiendo hacia la zona occidental se halla el poblado de La Quéjola (San Pedro, Albacete) donde se han documentado exclusivamente copas Cástulo, pero es significativa la aparición de una en cada departamento dedicado al almacenamiento de ánforas vinarias y un conjunto de cinco en un espacio interpretado como de carácter sacro (Blánquez, 1993, p. 102).

Ya en el ámbito del Alto Guadiana, un territorio con una notable ocupación de grandes *oppida*, uno de los cuales fue el Cerro de las Cabezas (Valdepeñas, Ciudad Real). Su registro de cerámica ática importada con 153 piezas es el segundo más voluminoso tras el poblado de Alarcos (Madrigal, 2021). En comparación, Alarcos aglutina un impresionante conjunto de 529 piezas de las que 354 son copas (García Huerta *et al.*, 2021, p. 136). De esas copas cerca del 60% son tipo Cástulo, un 20% son figuras rojas y un 5% de la “clase delicada” (Fernández Rodríguez y Madrigal, 2015, p. 245). Sin embargo, de las copas de figuras rojas sólo se han cuantificado aquellas publicadas que se han podido atribuir a nuestro rango de estudio para no sesgar la visión de conjunto, ya

que en Alarcos abundan los ejemplares fechados en el siglo IV a.n.e. Entre ellas figuran dos copas de lechuza, erróneamente tratadas como una sola y pertenecientes a un escifo (García Huerta *et al.*, 2004, p. 101), cuando es evidente que las líneas en reserva que limitan el tondo de las copas no coinciden en las dos piezas (Fig. 6, nº 5-6). Además, la mayoría aparecieron en torno al santuario del poblado: 34 copas Cástulo y 10 de la “clase delicada” (Fernández Rodríguez y Madrigal, 2015, p. 266, fig. 5).

Los últimos dos núcleos que cerrarían ese grupo de grandes *oppida* serían el de Calatrava la Vieja (Carrión de Calatrava, Ciudad Real) y La Bienvenida (Almodóvar del Campo, Ciudad Real), ambos con una presencia menor de áticas, pero significativa. En el primero, parte de los materiales carecen de contexto al encontrarse en los revueltos de la fase de ocupación medieval; no obstante, gracias a un reciente y exhaustivo estudio de las piezas áticas (Miguel-Naranjo y Martínez-González, 2019), se pueden destacar cinco copas Cástulo de la primera generación dentro del conjunto cerámico del poblado. En cuanto a La Bienvenida, su ubicación en el valle de Alcudia le otorgó el papel de “enclave-bisagra” que conectaba el ámbito del Guadiana Alto con el Medio. Aunque descontextualizada, entre sus piezas se encuentra otra copa de figuras rojas con lechuza, con el fondo recortado y un orificio realizado de forma intencionada en el centro del tondo (Zarzalejos *et al.*, 1995, p. 183, fig. 2) por lo que esta pieza fue reutilizada y resignificada.

Por último, se ha de resaltar que entre estos *oppida* se encuentran los asentamientos del Bronce, la Motilla de las Cañas (Daimiel, Ciudad Real) y la Motilla de los Palacios (Almagro, Ciudad Real), que experimentaron una reocupación en cuyas secuencias aparecen cerámicas áticas en el espacio de hábitat (Molina González *et al.*, 1983).

5.1.4 Valle medio del Guadiana

El primer núcleo al que arribarían los productos procedentes de la mitad oriental de la península sería al santuario de Cancho Roano, el cual se encuentra aparentemente aislado, a 30 kilómetros de distancia del Guadiana. No obstante, su condición de espacio sacro y su ubicación como nodo entre el valle medio y el alto, así como los pasos que atravesarían Sierra Morena, lo tornarían en un lugar perfecto de carácter neutral donde individuos de diverso origen podrían realizar sus intercambios en un espacio que les garantizaría la seguridad de sus transacciones y de su persona (Celestino y Rodríguez González, 2019b, p. 29). Su vocación comercial queda avalada también por la presencia de restos de balanzas y pesas de bronce (Celestino, 2022, con bibliografía). Esta doble

funcionalidad y su importancia en el territorio, alejado de los grandes centros del Guadiana, podrían explicar la impresionante concentración de cerámica ática hallada en Cancho Roano (Tabla 4; Tabla 8), tanto en sus alrededores como en los rellenos de las estancias y en los rellenos superiores de amortización (Gracia, 2003, pp. 25-29). De este modo, tal abundancia de vajilla ática, tipológicamente homogénea y asociada al consumo del vino, hablaría de la concentración de esas piezas dentro de la lógica de actos multitudinarios de cohesión social y carácter ritual, a la vez que habría funcionado como un punto de redistribución (Celestino, 2022, pp. 231-235).

La siguiente estación habría sido La Mata (Campanario, Badajoz), donde el volumen de cerámicas áticas es escaso dada su condición de centro de almacenaje (Rodríguez González, 2020b, p. 297). En los yacimientos ya a la vera del Guadiana, aparecen también importaciones áticas en la necrópolis de Medellín y en el Cerro del Castillo (Medellín, Badajoz), situados uno junto al otro. En el espacio funerario las áticas se reducen a fragmentos de tipo Cástulo que han podido contabilizarse en un número mínimo de tres copas, pero descontextualizadas al hallarse en la zona superficial de la última fase de uso (Almagro-Gorbea *et al.*, 2008, p. 590). En cuanto al Cerro del Castillo, el llamado “*oppidum* de Medellín” por algunos autores (Almagro-Gorbea, 2008), aunque aún no se han encontrado vestigios de un núcleo de tal categoría, ofrece un registro parecido, documentándose un conjunto muy fragmentado de áticas descontextualizadas (Jiménez Ávila *et al.*, 2019, pp. 171-176). Entre ellas se han descartado doce fragmentos de copas de figuras rojas, debido a su falta de contexto y su pequeño tamaño que impiden profundizar más allá de su adscripción al siglo IV a.n.e.

Siguiendo el curso del Guadiana se encuentra el yacimiento de Casas del Turuñuelo (Guareña, Badajoz), el tercer enclave excavado de los pertenecientes a la categoría de *edificios tartésicos ocultos bajo túmulo* junto con Cancho Roano y La Mata. Actualmente se han hallado en sus estancias un número reducido de copas áticas, pero significativo ante su similitud y homogeneidad con respecto al registro de Cancho Roano, tratándose de copas Cástulo y *stemless large plain rim* de figuras rojas (Celestino Pérez *et al.*, 2017) (Fig. 7, nº 1-6). Este hecho apoya esa posible funcionalidad comercial del santuario de Cancho Roano. En cuanto a Casas del Turuñuelo, debido a que se encuentra todavía en proceso de excavación resulta arriesgado atribuirle una funcionalidad, aunque el conjunto de áticas aparecido en sus contextos y la presencia de otros materiales mediterráneos como vidrios macedónicos o una escultura griega de mármol del Pentélico hace pensar en su condición como foco consumidor que participaba de unas importantes

redes comerciales que conectaban el valle medio del Guadiana con la cuenca mediterránea (Celestino y Rodríguez González, 2019a, pp. 354-357).

El enclave más occidental que marcaría el límite de la ruta Este-Oeste y donde confluirían otros itinerarios atlánticos lo constituiría el Cerro de la Muela (Alcazaba de Badajoz, Badajoz) poblado con varias fases de ocupación que han afectado a los estratos protohistóricos, pero en el que se ha podido documentar en el “Sector de Puerta de Carros” una pequeña concentración de copas Cástulo (Jiménez Ávila, 2018, pp. 386-387).

5.1.5. Análisis cuantitativo e iconográfico del conjunto de copas áticas documentado en los cuatro territorios

Tras la caracterización arqueológica de los yacimientos, se ha procedido a la elaboración de unas tablas y gráficos (Tabla 1.1 - 8) que representen el valor cuantitativo de las copas importadas, mediante una clasificación cronológica aproximada y tipológica para esbozar el panorama comercial de cada territorio. A este respecto, se ha de recalcar que este análisis se ha realizado a partir de la cuantificación únicamente de las copas Cástulo, de la “clase delicada” y de figuras rojas de los yacimientos aquí tratados, por lo que no reflejan la situación general de las producciones áticas, sino la de estas formas en específico. En cuanto a la cronología de estas piezas, ha resultado complicado realizar una cuantificación por cuartos de siglo, tomando como referencia el espacio de tiempo que implica el tránsito de una generación a otra en las sociedades preindustriales, ya que muchos vasos cuentan con una datación comprendida entre dos o más cuartos.

Así, el análisis cuantitativo muestra una primera fase de toma de contacto a mediados del siglo V a.n.e. con un volumen de copas poco reseñable, excepto en el ámbito del Sureste donde la demanda ya estaría más asentada, seguramente gracias a la etapa previa de la segunda mitad del siglo VI a.n.e. en la que el foco comercial osciló desde el núcleo tartésico hacia el litoral levantino. Además, sería una etapa en la que el comercio ya sería fluido con la zona de la Meseta Sur, como muestra su conjunto de áticas tempranas. Dado que el proceso de iberización de esta área había tenido lugar en un periodo previo a través del contacto directo con los núcleos iberos de las costas orientales (Blánquez, 1990a, p.19) las rutas y caminos ya estarían establecidos desde antiguo.

Posteriormente, aumenta de manera generalizada la demanda y llegada de copas a los núcleos de la península ibérica, aunque grandes concentraciones como las de Cancho

Roano y Alarcos, o la más tardía La Bastida, distorsionan un tanto los resultados. A este respecto es de gran interés que los dos primeros enclaves, tan próximos, propiciaran esa concentración de importaciones áticas durante el mismo periodo, sugiriendo su pujanza económica y su papel como dos de los principales núcleos que motivaron la penetración de las rutas hacia el interior peninsular tan alejado de la costa gracias al control sobre la gestión de los recursos de su entorno. Seguramente se configuraron como los principales centros de redistribución de copas áticas en sus respectivas zonas de influencia, uno en el valle medio del Guadiana y otro en el alto; mientras que, a su vez, se erigieron como fuertes focos demandantes de estas importaciones, las cuales desempeñarían un papel central en los ritos de cohesión social de la comunidad, como reflejan las concentraciones de áticas en los rellenos de Cancho Roano o en los alrededores del santuario urbano de Alarcos (Fernández Rodríguez y Madrigal, 2015, p. 245).

El panorama parece cambiar ya durante el primer cuarto del siglo IV a.n.e., en el que el volumen desciende de forma generalizada, pero no en lo que respecta a las copas de barniz negro en el Alto Guadalquivir, donde el flujo y la demanda de copas áticas se mantuvieron gracias seguramente a la pujanza del núcleo castulonense. A este respecto, sugerimos también que se deba a su condición de punto de confluencia de caminos y su capacidad para mantener relaciones prósperas con diversos intermediarios y proveedores (púnicos, griegos e indígenas) que lo nutrirían de importaciones, aunque estas sufrieran un descenso generalizado. Un contexto similar se podría achacar al ámbito del Sureste y sus puertos en relación directa con el Mediterráneo. Por otro lado, el Guadiana Medio experimenta una marcada caída en su volumen de importaciones que ha de vincularse sin duda al abandono de los *edificios tartésicos bajo túmulo*, que hubieron de desempeñar un rol fundamental en la organización política y económica del territorio. Aunque el mismo descenso se da en la Meseta Sur, por lo que se podría hablar también del debilitamiento de los centros redistribuidores del Alto Guadalquivir y el Sureste peninsular, cuya capacidad de adquisición y dispersión de importaciones se vio reducida a su *hinterland*.

La disminución generalizada de áticas ya fue detectada por C. Sánchez (1992a, pp. 283-284), quien la achaca a dos causas. La primera radica en la ausencia de contextos datados a principios del siglo IV a.n.e. en el ágora de Atenas, la cual ha sido siempre usada como referencia para la clasificación de cerámica ática del resto de Europa. Tal circunstancia ha generalizado la tendencia de datar las producciones de barniz negro en el periodo inmediatamente anterior o posterior al primer cuarto del IV a.n.e. No obstante, también se aprecia un descenso en todos los territorios de las copas de figuras rojas, lo

cual nos lleva a la segunda causa indicada por C. Sánchez y que, pensamos, sería el factor determinante de esta situación: Atenas en esta época se encontraría en plena crisis por culpa de los estragos ocasionados tras haber sostenido dos guerras sucesivas, la Guerra del Peloponeso (431- 404 a.n.e.) y la Guerra de Corinto (395-387 a.n.e.), sin resultar victoriosa en ninguna. Dichas circunstancias habrían debilitado su músculo económico y productivo, obligando a esperar hasta el segundo cuarto del IV a.n.e. a su recuperación. Por tanto, esta última etapa que da entrada al siglo IV a.n.e. será el tránsito a otro reajuste del circuito comercial y a un nuevo auge de la presencia de cerámicas áticas, en la que su adquisición se generalizará de una manera sin precedentes y su calidad se verá degradada por su elaboración casi industrializada en busca de aumentar la producción.

Asimismo, si retornamos a las copas como carga que se comerciaba, su estudio puede ofrecer mucha más información al centrar la atención en las producciones específicas y su movimiento a través de los circuitos comerciales. Ante todo, se detecta una predilección de los clientes de la península ibérica por el barniz negro. No obstante, las menos numerosas copas de figuras rojas pueden contener indicios sobre sus preferencias hacia ciertas decoraciones figuradas. De este modo, se ha considerado de interés realizar un análisis iconográfico de las copas con motivos reconocibles en pos de vislumbrar los gustos o preferencias de las poblaciones locales, así como el posible valor simbólico que les atribuirían, lo que explicaría la selección de determinados temas. Para ello se ha procedido a su dibujo y comparación por territorios (Fig. 4-7). Así, se ha prescindido de aplicarles una escala para poder apreciar mejor los motivos de la decoración, ya que una gran mayoría de las piezas sufren una marcada fragmentación o aparecen sin escala en las publicaciones originales.

De los conjuntos se ha podido identificar la presencia de un mayor número de talleres en el ámbito del Sureste, gracias principalmente a su deposición como ajuar funerario en las necrópolis. De igual modo, constituyen las piezas de mayor calidad, como la copa de pie alto del Pintor de Kadmo de la necrópolis de El Poblado (Fig. 4, nº 21) o las dos copas de La Albufereta atribuidas al Pintor de Londres E106 (Verdú, 2015, p. 512) (Fig. 4, nº 5-6). También se han hallado producciones tempranas como las copas del grupo del pintor de Penteselea en la necrópolis del Llano de la Consolación (Fig. 4, nº 16-17). Las únicas identificadas procedentes de un contexto de hábitat son la copa del pintor de Bologna 417 y la del taller del pintor de Jena halladas en Los Nietos (Fig. 4, nº 14-15). De este último taller, muy típico en las producciones del primer cuarto del IV a.n.e. que llegan a península ibérica, se han identificado otras dos copas en Cabezo del Tío Pío (Fig.

4, nº 24-25) y otra ya en el Guadiana en Casas del Turuñuelo (Fig. 7, nº 4). El otro taller, típico del último cuarto del siglo V a.n.e., sería el del círculo del pintor de Marlay, con varios ejemplares en Alarcos (Ciudad Real) (Fig. 6, nº 7-9) (otros cuatro fragmentos sin decoración figurada fueron identificados por P. Cabrera y C. Sánchez (1994, p. 369, nº 6-9)), dos copas de Cancho Roano y otra en La Mata (Fig. 7, nº 24). Las piezas de este taller se caracterizan por las escenas de palestra con joven en *himation* frente a un altar/pilar y dos círculos en reserva delimitando el medallón de la copa (Cabrera, 1987, pp. 218-219). El mayor número y calidad de las piezas del Sureste ha de achacarse a su proximidad a los puntos de recepción de las importaciones, lo que facilitaría un mayor contacto con los agentes griegos y la adquisición de los lotes recién llegados a los puertos.

Paralelamente, si se atiende a los motivos que decoran las cerámicas, en todos los ámbitos de cultura ibérica imperan las escenas de palestra, excepto en el Guadiana Medio donde las representaciones de *ánodos* (decoración de cabeza femenina tocada con *kekryphalos* (pañuelo), mal llamado *sakkos*, en el tondo de la copa, a la que hemos añadido la cabeza masculina de Casas del Turuñuelo (Fig. 7, nº 1)) supera a las de palestra. Estas copas con *ánodos*, ausentes durante esta cronología tanto en el Alto Guadalquivir como en el Alto Guadiana, también están presentes en el Sureste, en un número reducido en comparación con el conjunto total (4 ejemplares de 26) y siempre en contexto de necrópolis. La notable presencia de las representaciones de *ánodos* y de palestra ha de achacarse a su vinculación con el ya mencionado círculo del pintor de Marlay, cuyas producciones llegaron ampliamente a la península ibérica y que no han de ser confundidas con las posteriores de peor calidad del grupo de Vienna 116 del siglo IV a.n.e. (Cabrera y Moreno, 2019, pp.103-106). En este sentido, el tema del *ánodos*, que en su contexto original se pondría en relación con Afrodita, en el Guadiana Medio se ha identificado con Astarté y, al mismo tiempo, para el mundo ibérico se ha propuesto como representación de una diosa ctónica local que brota de la tierra (Sánchez Fernández, 1987, p. 164), en vinculación con su hallazgo en espacios funerarios. Sin embargo, tales lecturas resultan arriesgadas al asumir una relectura abstracta de las poblaciones locales basada en el simbolismo original de dicho tema iconográfico, cuyo conocimiento por parte de tartesios e iberos se da por sentado sin prueba alguna. En definitiva, esta hipótesis se sustenta en suposiciones y una concepción simplista de las formas de resignificación de la cerámica, por lo que, de momento, ha de ser relegada a una posibilidad.

Del mismo modo, se ha de destacar la ausencia en el ámbito del Guadiana Medio del motivo del desnudo masculino, tan típico del mundo griego, y su abundancia en el

resto de territorios, lo cual resulta significativo al encontrarse todos incluidos en un mismo circuito comercial. Si bien es cierto que la única figura desnuda documentada en este ámbito es un sileno de Casas del Turuñuelo (Fig. 7, nº 6), un ser irreal con rasgos animales cuya desnudez sí parece ser aceptada, como probaría también el sileno simposiasta de Capilla (Badajoz) (ca. 500-450 a.n.e.), fruto seguramente de un contexto de intercambio de dones, previo a los circuitos comerciales aquí estudiados. Por tanto, se antoja razonable atribuir estas diferencias a una razón de adquisición de las copas de importación guiada por el nivel de acceso a las mismas y por las preferencias de cada grupo según sus gustos y sistema de valores. Así, la ausencia de desnudos podría explicarse por razones culturales o ideológicas, que motivaran su rechazo, indicando la pervivencia de las tradiciones iconográficas del haber oriental que habrían quedado fosilizadas en la estructura mental de las gentes del Guadiana Medio (Jiménez Ávila y Ortega Blanco, 2004, pp. 121-122).

Por último, es sugerente el caso de las copas con lechuza entre ramas de olivo, una producción inusual cuya presencia en las necrópolis de Castellones de Ceal (Fig. 5, nº 6) y de Mengibar (Fig. 5, nº 9), en los *oppida* de La Bienvenida (Fig. 6, nº1) y Alarcos (Fig. 6, nº 5-6) y en el santuario de Cancho Roano (Fig. 7, nº 15), dibuja el posible itinerario seguido por este lote de cerámica importada (Fig. 8). Podría resultar un indicativo de las rutas comerciales dentro de un circuito dirección Este-Oeste que bebería del dinamismo comercial del Alto Guadalquivir.

5.2. Análisis de la dispersión territorial mediante la aplicación *QGIS* y trazado de las rutas principales a través del registro arqueológico

El hallazgo de estas copas por la península es vestigio de toda una red humana y comercial que posibilitó su dispersión. Por ello, esa información en bruto ha sido sometida a un análisis macroespacial para calcular la potencial movilidad por el territorio a través del SIG *QGIS*, un software de acceso libre.

Para dicho estudio se ha tomado como referencia a los 87 yacimientos de las áreas elegidas en los que se ha documentado la presencia de las copas áticas más representativas del periodo entre mediados del siglo V a.n.e. y principios del IV a.n.e. La ubicación de estos enclaves ha actuado como guía para el planteamiento de los diversos cálculos geográficos. En este sentido, se elaboró una base de datos en la que figuraban las

coordenadas de cada yacimiento, bien extraídas directamente de las publicaciones o desde la aplicación cartográfica de *Google Earth* cuando esta información no era especificada. Esos datos fueron volcados en *QGIS* para su georreferenciación, usando como base un Modelo Digital del Terreno (MDT200), un mapa hipsométrico de la península facilitado por el Servicio de Cartografía de la Universidad Autónoma de Madrid en el que cada píxel comprende 200 x 200m del terreno y contiene información sobre la altimetría. El uso del software *QGIS* permite cruzar estos datos obteniendo resultados matemáticos.

Así, se procedió a realizar un “Análisis de rutas óptimas”, tomando como origen los puertos receptores antes enumerados y como destino el punto más occidental documentado en este estudio que sería el Cerro de la Muela en el Guadiana Medio. Este tipo de análisis tiene en cuenta el valor de altitud de cada píxel, atendiendo a las variables que representan para un desplazamiento más rápido la topografía y los cursos fluviales. Así, el software calcula desde el píxel indicado como punto de origen el píxel contiguo que conlleve menor esfuerzo de desplazamiento hasta llegar al píxel de destino, trazando la línea de la ruta que los uniría. El mapa resultante distingue con claridad dos itinerarios, uno meridional y otro septentrional, separados por el sistema bético, que confluyen en la comarca extremeña de La Serena, aprovechando las llanuras y los pasos intramontanos (Fig. 3). La meridional partiría del puerto de Los Nietos, pasaría por las hoyas de Guadix y Baza y llegaría al Alto Guadalquivir siguiendo el cauce del Guadiana Menor. Una vez allí atravesaría Sierra Morena por un paso de montaña que conduciría directamente al valle del Guadiana. La ruta septentrional ascendería por el valle del Vinalopó hasta alcanzar las llanuras albaceteñas y siguiendo más o menos una línea recta hacia el Este llegaría al nacimiento del Guadiana. Allí avanzaría por el cauce con la corriente a favor pasando por los distintos núcleos que jalonan dicho río. Aunque la imagen resultante coincide en gran medida con los puntos de dispersión de las copas áticas, ésta ha de ser tomada como un modelo ideal extraído del cálculo de las rutas que exigen un menor esfuerzo, ya que se han de tener presentes las variantes específicas fruto de una práctica humana. En este sentido, nos referimos al comercio itinerante de pequeña escala que explicaría la dispersión puntual de algunas piezas áticas por diferentes enclaves alejados de las vías principales; o también la elección de pasos de montaña que presentarían una mayor dificultad, pero ofrecerían un camino más rápido al punto de destino.

Igualmente, se ha calculado la media de distancia entre los yacimientos estudiados a partir de su georreferenciación en el mapa usando la herramienta “Matriz de distancia” de *QGIS*, la cual mediante un algoritmo permite obtener la media distancia entre los

puntos seleccionados. El resultado ha sido de 24,6 km. Si bien es cierto que existen enclaves separados por escasos 6 km o más de 80 km, dicha cifra media resulta sugerente, pues se trata de una distancia que puede recorrerse a pie en una jornada. Por supuesto, es una estimación que ha de ser tomada sólo como referencia de partida, ya que los cálculos se han realizado sobre caminos en línea recta y se han obviado las conexiones entre enclaves separados por relieves superiores a los 700 m s.n.m., sin tener en cuenta el efecto que los cursos fluviales o la ascensión por picos de montaña pudieran tener sobre las distancias.

En todo caso, desde el punto de vista de la logística del transporte por rutas interiores, esa media de distancia de 24,6 km resulta plausible, pues como han tratado estudios previos (Raepsaet, 2008; Mitchell, 2018, pp. 131-133), los principales animales usados para transporte de manufacturas en esta época, burros y mulas, pueden recorrer con carga una media de 24-30 km al día y 20-24 km al día, respectivamente. Estos équidos fueron ampliamente empleados en la Antigüedad debido a su resistencia física y bajo coste: un burro puede cargar una media de 80-100 kg, mientras que una mula es capaz de acarrear entre 150-180 kg, contando ambos con una capacidad de aprovechamiento del aporte calórico superior a la del caballo o el buey, lo cual es sinónimo de una menor necesidad de alimento (Mitchell, 2018, pp. 112-113). Igualmente, su seguridad a la hora

de atravesar terrenos escarpados o de difícil tránsito ante la ausencia de una infraestructura viaria lleva a pensar en burros y mulas como las principales fuerzas de carga que harían posible el transporte de las piezas importadas para su intercambio. Este sistema, aplicado para península ibérica en el V a.n.e., fue recogido por Varrón (*Rust.* 2.6.5) con posterioridad, en el siglo I a.n.e., para el acarreo de materias primas desde el interior hacia los puertos de Apulia. Además, no sólo portarían la carga con arreos, sino que en terrenos de llanura y por caminos ampliamente transitados serían empleados como fuerza de tiro de carros de cuatro ruedas y carretas de dos, dependiendo del volumen de la mercancía y de lo accidentado del terreno, pues el carro ofrecería mayor estabilidad y capacidad de frenado, mientras que la carreta sería más rápida y fácil de maniobrar por su ligereza (Raepsaet, 2008, p. 597). La pintura vascular griega inmediatamente anterior

al periodo aquí estudiado refleja en algunas de sus decoraciones este sistema de transporte, que facilitaría el recorrido de largas distancias con voluminosos cargamentos (Fig. 9-10). En definitiva, las fuentes escritas posteriores y los testimonios iconográficos previos avalan la reconstrucción del transporte de las importaciones áticas aquí propuesta, así como las marcas de ruedas de los carros documentadas en los accesos a los poblados ibéricos (Broncano y Alfaro, 1990; Blánquez, 2000, p. 175). Además, la morfología de

las copas áticas, especialmente las tipo Cástulo por su solidez, permitiría apilarlas en lotes, facilitando su traslado (Sánchez Fernández, 1992b, p. 328).

5.3. Contrastación de los resultados con las rutas propuestas por los autores

En primer lugar, se ha de recordar que para la obtención de los resultados aquí presentados sólo se han seleccionado las producciones importadas más significativas y los ámbitos más dinámicos entre la segunda mitad del siglo V a.n.e. y principios del IV a.n.e. para trazar un panorama inicial que será completado con la inclusión de nuevas áreas y contextos en una futura tesis doctoral. En definitiva, la elección de este conjunto de copas áticas resulta suficientemente ilustrativo para matizar las propuestas previas de otros investigadores.

La idea de Maluquer fue la que dio el pistoletazo de salida a esta cuestión de las rutas interiores peninsulares, con un especial interés por los caminos que alcanzaban el Guadiana Medio. A la luz del conocimiento actual sobre el registro arqueológico, su hipotética ruta parece constatarse cada vez con mayor claridad. El estudio de los vientos y su acción sobre la navegación señala la preferencia por el desembarco en los puertos de la actual zona alicantina, así como la ausencia de puertos con presencia de copas áticas en la margen meridional del golfo de Valencia. De tal modo que los puertos del Sureste ejercerían como primeros centros de redistribución de estas importaciones, las cuales remontarían, según los vestigios del registro arqueológico, el curso del Vinalopó y atravesarían las llanuras de la Meseta Sur. Además, este itinerario, queda avalado por el análisis de rutas óptimas como el más rápido y menos exigente (Fig. 3). Estos hechos nos llevan a tratar la llamada “ruta de los santuarios” como una de las vías interiores principales de la segunda mitad del V a.n.e. (Fig. 11), que gracias al dinamismo del ámbito oriental peninsular fue capaz de suministrar de importaciones a través de sus caminos capilares a los enclaves alejados de los caminos principales y de satisfacer la demanda de los centros del Guadiana Medio. Igualmente, el itinerario 29 de Antonino quedaría incluido dentro de la “ruta de los santuarios” al constituir el tramo que uniría el ámbito ibérico del curso alto con el tartésico del curso medio. Sería el nexo que vincularía dos esferas tan dispares.

En lo que se refiere a su alusión a la presencia de santuarios a lo largo de la ruta, como se ha visto, las copas áticas escasean en contextos de carácter cultual, aunque se documentan en las inmediaciones de los santuarios urbanos, caso de Puente Tablas o

Alarcos. En cambio, algunos de los espacios culturales ibéricos con carácter de hito territorial mencionados por Maluquer (1983, p. 169) no presentan vestigios de uso hasta el siglo IV a.n.e. como en Collado de los Jardines (Santa Helena, Jaén) y la Cueva de la Lobera (Castellar, Jaén) (Rueda Galán y Bellón, 2016), o su presencia es ínfima como en Cerro de los Santos. Ante esto, no se puede desvirtuar el papel de los santuarios como referente territorial y lugar de descanso para los comerciantes en sus trayectos, pero en lo que respecta a esta ruta como vía de distribución de las copas áticas, los espacios culturales representarían simplemente puntos de paso, pues el rol de la cerámica ática en sus contextos hubo de ser intrascendente, excepto en el santuario tartésico de Cancho Roano.

En cuanto a la ruta por Cástulo defendida por Domínguez Monedero (1988) (Fig. 11), en la que el núcleo castulonense sería el eje vertebrador de la economía del Alto Guadalquivir por su control tanto de la actividad comercial como de la minera, también queda avalada por el registro arqueológico y el análisis de rutas óptimas calculado mediante *QGIS*. Dentro de los posibles puntos de abastecimiento de esta ruta, consideramos necesario matizar el papel de Villaricos esbozado por Maluquer (1982, p. 12), como puerto de referencia en lo que a cerámica ática se refiere, pues se antoja exagerado, como demuestra su conjunto de material importado durante la segunda mitad del siglo V a.n.e. y principios del IV a.n.e. (Sánchez Fernández, 1992a). El núcleo púnico no debió de jugar un rol destacado en el comercio ático de este momento, como sí lo hizo en el periodo anterior de segunda mitad del VI a.n.e. y principios del V a.n.e. (Sánchez Fernández, 1992a, p. 281), aunque su irrefutable ruta hacia Cástulo transportaría otras materias, lo cual sugiere la especialización de las rutas en función del material de intercambio. En contraste, durante este periodo parece probable que fuera el enclave portuario de Los Nietos, aprovechando el excelente fondeadero del mar Menor, el que ocupó esa función como punto receptor y de intercambio del ámbito meridional del Sureste, como ya defendió en su momento C. García Cano (1996, p. 139). Sin embargo, consideramos que hay que matizar la propuesta de este autor que lo define como “un enclave regular para la navegación de cabotaje de agentes comerciales que desde Ampurias recorrían toda la fachada levantina peninsular” (García Cano y García Cano, 1992, p. 31), pues la navegación de cabotaje desde *Emporion* hasta el cabo de Palos sería un posible itinerario entre tantos otros. Con ello no desestimamos su tránsito, sino que sería preferible desde el cabo de Rosas el paso por *Ebusus* gracias a los vientos que conducían de manera directa a los navíos hacia el puerto de Los Nietos (Moreno Torres, 2005, p. 792). Así, la isla sería el nexo entre la península ibérica y el Mediterráneo y entre

el Noreste peninsular y el Sureste. A este respecto, sugerimos que el cabotaje desde *Emporion* se daría con mayor asiduidad a lo largo de su zona directa de influencia, con Sagunto como punto limítrofe más alejado (Sánchez Fernández, 1992a, p.287) a partir del cual los vientos dificultarían el avance. En cualquier caso, aunque no sería el viaje más rápido y seguro, no debemos descartar la ruta de cabotaje Norte-Sur si los intereses comerciales lo dictaban.

En este sentido, hemos de aludir al supuesto generalizado que caracteriza *Emporion* como el centro neurálgico de las importaciones áticas, que canalizaría el aprovisionamiento y redistribución de este material por la península ibérica, centralizando los productos de intercambio (Cabrera, 1994, pp. 95-97). Esta premisa le otorga a dicha colonia griega el monopolio de todo un circuito comercial, basándose en el modelo del horizonte cerámico ático documentado en *Emporion* que se repite en el resto de yacimientos peninsulares. Sin embargo, tal suposición simplifica un panorama comercial plural donde, como hemos visto, se documentan diversos núcleos con una ubicación y un voluminoso registro arqueológico que llevan a concebirlos como centros de redistribución, alejados del ámbito de influencia inmediato a *Emporion*, con particularidades propias de formas que difieren del horizonte emporitano, como la preferencia por los platos en el ámbito del Vinalopó o la preminencia general de las copas Cástulo. Con ello no estamos negando el protagonismo de *Emporion*, sino matizando ese “monopolio” adjudicado por la investigación, que seguramente así fuera en su entorno en el Noreste peninsular, pero que se difuminaría a medida que nos alejamos hacia los territorios meridionales donde otros núcleos maduraron gracias a su gestión propia de los intercambios y sus relaciones tanto con agentes griegos-emporitanos como púnicos.

Sería ejemplo de ello el núcleo castulonense, respecto al cual, autores como C. Sánchez (1987, p. 164) apoyan la caracterización del enclave por parte de Domínguez Monedero como un punto de confluencia de rutas y un centro redistribuidor de mercancías, ante su riqueza tipológica y marcada concentración de importaciones áticas. Ello reflejaría una situación de gran disponibilidad de estos productos en el enclave, lo que permitiría a su población un acceso más amplio a los mismos. Los ajuares de sus necrópolis muestran una equidad que contrasta con la jerarquización social de otros espacios funerarios, donde estos elementos de lujo quedarían monopolizados por el grupo dominante (Sánchez Fernández, 1987, p. 164) con capacidad económica para su adquisición. Además, la conexión entre el Alto Guadalquivir y el Sureste hubo de hacer gala de un gran dinamismo a través de la Vía Heraclea y Los Nietos-Cástulo (Fig. 11),

perdiendo relevancia la conexión con el Bajo Guadalquivir en lo que a importaciones áticas se refiere como demuestra el registro arqueológico (Sánchez Fernández, 1992a).

Igualmente, la defensa de una ruta directa Cástulo-La Bienvenida a través de Sierra Morena por parte de Domínguez Monedero (1988, p. 333) (Fig. 11) queda corroborada tanto por el análisis de rutas óptimas de *QGIS* como por la dispersión de las copas de figuras rojas con lechuza (Fig. 3; 8), lo cual nos lleva a caracterizarla como la otra vía principal de penetración al interior junto con la “ruta de los santuarios”, articulada en torno a Cástulo como motor de distribución comercial y La Bienvenida-Cancho Roano como enclaves bisagra que conectarían los dos ámbitos del Guadiana durante la segunda mitad del siglo V a.n.e. En el siglo siguiente, cuando dicho núcleo tartésico desaparezca, la ruta Cástulo-La Bienvenida se fortalecerá, motivada por la explotación minera de sus respectivas regiones (Domínguez Monedero, 1988, pp. 332-333). Además, a esta cuestión ha venido a añadirse el reciente descubrimiento del poblado de Sierra Boyera (Cristo-Ropero *et al.*, 2021), al norte de la actual provincia de Córdoba (zona poco estudiada de la que se desconoce su modelo de poblamiento), que se encuentra en el paso natural horadado por los valles del Guadiato y del Zújar que atraviesan Sierra Morena. Su material permite encuadrarlo entre los siglos VI-II a.n.e. y su estratégica ubicación abre la puerta a la consideración real, no ya hipotética, de una ruta que conectara el Guadalquivir con la comarca de la Serena en el Guadiana, superando el relieve de Sierra Morena. Aunque la ausencia de piezas áticas en su registro ha impedido la inclusión de este poblado en nuestro estudio, merece la pena destacar la significación de tal hallazgo en relación con el tema a desarrollar aquí.

Por último, en cuanto a la Vía Heraclea, enarbolada por J. Blánquez (1990a; 1990b) como la principal arteria de conexión entre la Meseta Sur y los núcleos del Alto Guadalquivir y mediterráneos, se complementaría con las otras dos ya mencionadas, pues comparten varios de sus tramos y su importancia no puede ser obviada, dado que este camino perdurará en el tiempo como muestra la reforma augustea de su trazado, recogida por Estrabón (3, 4, 9) (Fig. 11), y su descripción en los vasos de Vicarello.

6. Los agentes y el mensaje. Formas de comercio, uso y resignificación de las copas áticas

La importancia del material arqueológico reside en su esencia como vestigio de todo un proceso de producción, uso y deshecho, que alberga gran cantidad de información

sobre las personas involucradas en el mismo. En el caso de las importaciones, no sólo implican las cuestiones de obtención y trabajo de las materias primas, sino su inclusión en una compleja red de comunicación, de contactos entre quienes las comercian y quienes las demandan. Los objetos importados son el rastro dejado por una superestructura económica articulada sobre una amplia base humana a lo largo de grandes distancias, uniendo territorios de un extremo al otro del mar Mediterráneo, o desde las costas hasta el interior de la península ibérica, como muestra de un gran dinamismo que no es exclusivo de la Edad Contemporánea.

En definitiva, termina por ser la parte más compleja e importante de todo estudio: la parte humana. Las copas áticas se fabricaron, transportaron y usaron por gentes cuya identidad y motivación son algunas de las principales incógnitas para la historiografía. Los autores coinciden en que estos vasos, baratos en su lugar de origen, en península ibérica serían un material apreciado, de diferenciación social, por su calidad y condición de objeto importado. No representarían la carga principal de los navíos mediterráneos, pero una vez se descargaban del barco su valor cambiaría, convirtiéndose en un elemento que podía constituir la propia mercancía. Contarían, pues, con un valor simbólico que queda demostrado por su amortización en las necrópolis, sobre todo en Alto Guadalquivir y las llanuras albaceteñas, como un elemento de prestigio vinculado a un sistema de diferenciación social, en el que la adquisición de una pieza ática sería un elemento elocuente de la capacidad y posición del individuo, dentro de la sociedad jerarquizada ibérica. Son señales de ello también las reparaciones documentadas en algunas de ellas o su atesoramiento durante un par de generaciones, alejándolas del mercado, para luego amortizarlas como ajuar del difunto (Rodríguez-Pérez, 2019). Este carácter especial de las importaciones áticas significó también una demanda particular para ciertos contextos, en la que primaría la cantidad de piezas, como en Cancho Roano o en los *silicernia* de los Villares, donde la homogeneidad del material parece sugerir la adquisición de grandes lotes en una sola vez o en espacios cortos de tiempo, para su empleo en acciones rituales y, en el caso del santuario tartésico, también para su redistribución. A pesar de lo cual, es un error asumir que las importaciones áticas sólo se comprarían para su amortización, pues como demuestra su presencia en contextos de hábitat, numerosa en La Bastida y en Alarcos, ésta sería empleada como la “vajilla de lujo” de la población local.

De este modo, su demanda y consumo construiría toda una red comercial con diversos capilares en la que ciertos núcleos principales ofrecerían la infraestructura necesaria para la gestión de las transacciones y controlarían la articulación de ese flujo de

mercancías, personas e ideas. Por tanto, si el motor de ese comercio eran los objetos de intercambio, sus engranajes serían un amplio conjunto de intermediarios, agentes privados que se beneficiarían de dicha actividad. Ellos se encargarían del suministro y la distribución desde el Ática a lo largo del Mediterráneo, por lo que los cargamentos de manufacturas pasarían por diversas manos antes de arribar a su destinatario. Esto hace difícil imaginar cualquier petición específica por parte de los consumidores, como sostienen algunos autores (Sánchez Fernández, 2000), los cuales incluso asumen una comprensión por parte de las poblaciones locales del significado original de los motivos de los vasos. En este periodo de la segunda mitad del siglo V a.n.e. y primer cuarto del IV a.n.e., en el que todavía las piezas áticas no se producen de forma masiva y son de menor calidad, como ocurrirá en el resto del siglo IV a.n.e., las comunidades oriundas habrían de elegir dentro de las importaciones traídas por los comerciantes. En otras palabras, la demanda local en península ibérica sólo podría seleccionar, guiada por sus preferencias, entre los repertorios limitados descargados en los centros del Sureste y los lotes que arribaran a su territorio. Así, por ejemplo, la ausencia de copas de la “clase delicada” en el Guadiana Medio, a pesar de su presencia en los otros tres territorios analizados, podría responder simplemente a la preferencia y significación de la forma de la copa Cástulo, al igual que ocurriría con el rechazo, bien estético o ideológico, hacia las copas decoradas con desnudos masculinos, pues no se puede achacar a una incapacidad de los centros del Guadiana para hacer llegar las importaciones desde la costa.

En lo que respecta a la identidad de esos intermediarios, constituye un tema que sigue sembrando el debate acerca de dirimir quién desempeñó un papel primordial si los agentes griegos-emporitanos o los púnicos. Ya Maluquer (1985, p. 22) sostuvo la presencia de comerciantes focéos internándose en la península hasta el Guadiana Medio, movidos por su espíritu explorador y su ambición por hallar nuevos mercados. Dicha propuesta se nos antoja un tanto excesiva ante la falta de argumentos sólidos que la sostengan. Sin embargo, otras hipótesis se han sustentado sobre los testimonios de las fuentes escritas para sus reconstrucciones. Ejemplo de ello es la interpretación por parte de Domínguez Monedero (1988, pp. 332-333) del núcleo castulonense, cuya variedad tipológica y volumen de piezas áticas, sólo superada por *Emporion* en la península ibérica, junto con su condición como punto de confluencia de rutas, le lleva a caracterizar Cástulo como un *port-of-trade* donde arribarían con sus mercancías agentes griegos, púnicos e indígenas. El principal elemento en el que apoya su tesis es la afirmación de un texto de Pseudo-Aristóteles fechado en el siglo IV a.n.e. en donde se menciona la Vía Heraclea:

“ἐκ τῆς Ἰταλίας φασὶν ἕως τῆς Κελτικῆς καὶ Κελτολιγύων καὶ Ἰβήρων εἶναί τινα ὁδὸν Ἡράκλειαν καλουμένην, δι’ ἧς ἕαν τε Ἑλλήν ἕαν τε ἐγχώριός τις πορεύηται, τηρεῖσθαι ὑπὸ τῶν παρικοῦντων, ὅπως μηδὲν ἀδικηθῆ· τὴν γὰρ ζημίαν ἐκτίνειν καθ’ οὗς ἂν γένηται τὸ ἀδίκημα” (Ps. Arist. *De mir. ausc.* 85. 837 a. 8-11).

“Se dice que, desde Italia hasta el país de los celtas, los céltico-ligures y los íberos hay un camino llamado vía de Heracles, por el que cualquier viajero griego o indígena, está protegido por las gentes del lugar de no recibir daño. Pues el castigo lo pagan quienes producen el daño.”

Por tanto, se trata de un testimonio cercano en el tiempo al periodo aquí analizado, que atestigua la existencia de vías de comunicación controladas por las poblaciones indígenas, salvaguardadas por unos acuerdos y normas que buscaban la seguridad de aquellos que las transitaran, entre los que figurarían, por supuesto, comerciantes. En este sentido, el acuerdo unánime entre los investigadores de que la Vía Heraclea pasaba por Cástulo y la mención explícita a la presencia de griegos por los caminos interiores, hacen de la reconstrucción de Domínguez Monedero una propuesta sólida. Así, el núcleo castulonense sería un punto de confluencia de intermediarios de distintas procedencias, que lo nutrirían de importaciones. No obstante, es caracterizado como un *port-of-trade* a partir de la riqueza tipológica de sus necrópolis, pues el espacio de hábitat es prácticamente desconocido en su fase del siglo V a.n.e., lo que nos lleva a ser prudentes con esta consideración.

Este fragmento, además, resulta significativo en muchos sentidos, pues refleja el peligro que albergaban los caminos, lo cual hacía necesario aumentar los esfuerzos por fomentar la seguridad de los viajeros y las pertenencias que transportaban, dado que un ambiente hostil paralizaría el comercio. Por otro lado, esa alusión al tránsito de individuos helenos prueba su innegable presencia en diversos enclaves, tanto ibéricos como púnicos, del Sureste que se incluirían dentro del itinerario de la vía. Allí fijarían su domicilio y gestionarían transacciones comerciales con los agentes indígenas, constituyendo las llamadas “agencias huésped” por P. Barceló (1987-1988, pp. 176-177); posibilidad, esta, que puede aplicarse igualmente a los intermediarios púnicos.

La existencia de agentes comisionados y bases comerciales queda también patente gracias al testimonio documentado en los plomos de *Emporion* (Sanmartí-Gregó y Santiago, 1987) y de Pech Mao (Lejeune *et al.*, 1988). Se trata de dos láminas con sendas

inscripciones en dialecto jonio oriental y de carácter comercial, fechadas la primera en el último cuarto del siglo VI a.n.e y la segunda a principios del V a.n.e. Los matices de su contenido han sido sometidos a varias revisiones (Santiago, 2003, con bibliografía), aunque no serán aquí tratadas al remitir a cuestiones principalmente filológicas. No obstante, la realidad que reflejan a grandes rasgos es de sumo interés para dilucidar el funcionamiento del comercio en este periodo. Así, en el plomo de Pech Mao un comerciante deja constancia de haber pagado su participación en la adquisición de una barca en *Emporion*, tal vez con mercancía, a un segundo individuo que fue quien llevó a cabo dicha transacción. Este pago se realizó en dos veces, una por anticipado y otra después de la compra, contando en ambas ocasiones con testigos cuyos nombres quedan especificados. En este sentido, dichos nombres podrían ser de raíz ibérica, pero en varios casos no hay seguridad para afirmarlo (de Hoz Bravo, 1995, p. 167), por lo que hemos de hablar de la presencia de agentes no griegos. A su vez, el plomo de *Emporion* documenta las instrucciones que un comerciante envía a su contacto en el enclave emporitano para que acuda a *Saigánthe* y se asegure del correcto transporte de su cargamento, así como de la rentabilidad de su posterior comercialización. Entre sus cometidos, además, habrá de dirigirse al contacto que se encuentra en *Saigánthe*, un personaje de nombre no griego, cuya participación en la operación parece fundamental, al contar con un navío adecuado para el transporte de la mercancía y al que se le ofrece una participación a medias en la transacción, dejando la puerta abierta a una contraoferta.

En definitiva, ambas inscripciones retratan un panorama mercantil complejo en el que se deja constancia por escrito del pago de las deudas y se mandan instrucciones para movilizar a una amplia red de contactos entre diversos enclaves. Son prueba de la delegación de funciones entre comerciantes, las colaboraciones entre ellos a la hora de acometer los negocios y las precauciones al realizar los pagos constatados por testigos. En este sentido, además, resulta de gran relevancia que los testigos en el plomo de Pech Mao y el contacto en *Saigánthe* del plomo de *Emporion*, sean seguramente indígenas, lo cual evidencia la participación de estos agentes en las transacciones comerciales de los griegos, desempeñando un papel destacado. Ello significa que interactuaban como iguales, atestiguando los pagos a deber o recibiendo proposiciones de asociación. Tales situaciones fosilizadas en los plomos y sus posibles variantes pueden ser extrapoladas a todos los contextos de intercambio analizados en este trabajo. Por tanto, íberos y griegos habían de conformar los nodos de una tupida red comercial, en la que el manejo de un idioma común y el apoyo de diversos colaboradores articularían toda la estructura humana

de intercambios desde los puertos receptores hasta los lugares más remotos.

También a través del análisis de ambas inscripciones podemos volver a aludir a cuestiones previamente tratadas como la inclusión de Sagunto, posiblemente el *Saigánthe* mencionado en el plomo, dentro de la zona de influencia de *Emporion* (Santiago, 2003, p. 168), que así queda corroborado por el registro epigráfico y arqueológico, o el papel de los intermediarios indígenas en el comercio interior. En referencia a esto último, consideramos que la importancia de los agentes íberos reflejada en las inscripciones puede extrapolarse como apoyo a la observación de J. Blánquez (2000, p. 177) en la que sostiene que serían los intermediarios indígenas los responsables de la distribución de las importaciones por las tierras interiores. Ello se vería motivado por su conocimiento del territorio y la limitación del rango de acción de los comisionados griegos, que quedaría ligado a las bases comerciales de referencia articuladas por la Vía Heraclea, en este caso emplazadas en el Sureste peninsular cerca de la costa y, tal vez, en Cástulo.

Por último, a pesar de la ausencia de testimonios de esta clase vinculados directamente a la actividad comercial púnica, su presencia y participación en estas redes económicas es innegable, siendo muy posible unas dinámicas semejantes a las aquí expuestas. Así, la presencia de grafitos tanto griegos como púnicos en las cerámicas áticas (de Hoz Bravo, 2002) lleva a pensar en la actuación paralela de ambos a la hora de distribuir estas importaciones. Sin embargo, el desconocimiento acerca de las formas de intervención de los agentes púnicos impide realizar un análisis más profundo.

Todas esas acciones comerciales buscaban un beneficio a cambio. En este sentido, resulta de interés reseñar el material que constituiría la contrapartida a las importaciones. No cabe duda de que el principal acicate de los comerciantes griegos y púnicos sería la riqueza minera de la península, especialmente los metales. Aunque a ello se sumaría un amplio repertorio de otras materias primas muy apreciadas. El sistema de intercambio ha sido esbozado en numerosas ocasiones por otros autores (Cabrera, 1994, p. 95): en retribución de las manufacturas mediterráneas, consideradas objetos de “lujo”, ya que eran importaciones que implicaban un esfuerzo para su adquisición, los comerciantes helenos y púnicos recibirían cargamentos de materias primas de gran volumen, estableciéndose un intercambio desigual. A su vez, en los enclaves locales se daría una especialización productiva y algunos se erigirían como centros de redistribución de las importaciones y las materias primas (Domínguez Monedero, 1988, p. 327).

Dependiendo de la zona, las contrapartidas que las poblaciones locales emplearían como medio para conseguir esos objetos importados variaría. Así, en la zona Sureste, el

enclave de La Loma del Escorial-Los Nietos, cuya principal actividad económica sería la explotación de la vecina Sierra Minera de la Unión, por sus vetas de plata y plomo, lo que, sumado a su ubicación estratégica de puerto de escala, le confirió esa condición de centro redistribuidor de mercancías como apuntamos anteriormente (García Cano, 1996, p. 139). A su vez, el resto del Sureste peninsular gracias a su riqueza hídrica sería un productor de excedente agrícola, tanto de regadío como de secano (Grau, 2004; 2014; 2019). No obstante, las materias que, junto con los minerales, habrían motivado la estructuración de las rutas interiores en conexión con la Meseta Sur habrían sido el esparto y la sal de la zona (Domínguez Monedero, 1986; Blánquez, 1990a, p. 19). Ambas eran muy apreciadas en la Antigüedad, a pesar de lo cual en ocasiones son obviadas por la investigación como factor comercial, especialmente la sal, producto imprescindible por sus múltiples usos más allá de la conservación de alimentos como el curtido de pieles, la obtención de la púrpura o su empleo medicinal (Plin. *Nat.* 9. 1.; 31. 86).

Igualmente, la zona de Almadén sería rica en cinabrio, del que se obtiene el mercurio y el colorante rojo, además de resultar esencial para la producción en los yacimientos auríferos, por lo que este mineral representaría un considerable aliciente (Maluquer de Motes, 1983, p. 170, 1985, p. 24). En esta comarca, el enclave por excelencia vinculado a la obtención de cinabrio es La Bienvenida, la antigua *Sisapo*, aunque parece que la veta de mineral no sería descubierta y explotada hasta el siglo IV a.n.e. (Theophr. *De Lapid.* 58), cuando se suma a las ya consolidadas rutas de tráfico de minerales, en las que el centro neurálgico sería Cástulo (Domínguez Monedero, 1988, p. 333). Las minas del *hinterland* del núcleo castulonense, que albergaban depósitos de plomo argentífero y cobre, hubieron de ser explotadas de forma intensiva durante el periodo que nos ocupa (Arboledas, 2011), granjeándole una capacidad económica que se tradujo en su constitución como centro principal de redistribución del Alto Guadalquivir. Igualmente, controlaría los excedentes agrícolas producidos en las tierras de campiña (Padilla *et al.*, 2019).

En última instancia, el interés del valle medio del Guadiana radicaría en su conexión con la riqueza minero-metalúrgica de la cuenca del Tajo (Plin. *Nat.* 4. 115) que albergaba una importante producción de oro aluvial, galenas de plata y depósitos de estaño. A este respecto, no se ha de concebir la explotación de los recursos minerales del Guadiana Medio como la clave de su enriquecimiento, que habría estimulado la articulación de las rutas interiores aquí tratadas. En realidad, la limitada producción minera de la zona, por otro lado, casi desconocida en su fase protohistórica, iría enfocada

al consumo local, mientras que el excedente de la actividad agropecuaria en las fértiles tierras de la cuenca hidrográfica sería su principal beneficio económico (Rodríguez González, 2018, p. 48). Por tanto, las comunidades del valle medio ejercerían como intermediarias entre el vecino cauce del Tajo con sus abundantes recursos-metalúrgicos y los comerciantes procedentes del Alto Guadiana, el Alto Guadalquivir y la fachada atlántica.

Todo ello conformaría al final el circuito comercial del interior peninsular, que permitió una amplia dispersión de la cerámica ática, llegando hasta las tierras del Guadiana Medio. A lo largo de este itinerario los vasos, convertidos en elementos de “lujo” por la complejidad de su red de importación y alto valor simbólico, en ocasiones serían un objeto de prestigio que alimentaría la jerarquización de algunas comunidades ibéricas, mientras que en otros contextos serían destinados a su uso en contextos de banquete. En este último caso, pueden aparecer junto con vajilla local, como en algunos poblados ibéricos de gran integración de la cerámica ática o en el ámbito tartésico, como se observa en Casas del Turuñuelo o en Cancho Roano, dotándose en este último espacio

de una significación diversa al procederse a su compra-venta y, a la vez, a su concentración en grandes cantidades para la realización de actos de cohesión social.

Además, un último vestigio de su condición de producto valorado y requerido es el hallazgo de imitaciones locales de las formas áticas, documentadas en los cuatro territorios aquí analizados. No es este el lugar para profundizar en dicha cuestión, pero sí creemos apropiado traerla a colación como reflejo de la demanda de estos productos importados. La imitación de los vasos áticos es la prueba de su valor intrínseco, sin embargo, una lectura más profunda de este fenómeno exige atender al contexto de hallazgo en cada caso. Así, la aparición de imitaciones puede atender a dos situaciones distintas: la incapacidad de las rutas para suministrar las manufacturas requeridas por las poblaciones o la propia incapacidad (logística o económica) de los individuos para adquirirlas. Por tanto, la imitación resultaría una forma sencilla de proveerse de estos objetos como medio de distinción social o también como medio de inclusión para participar de los rituales o reuniones en los que el consumo de bebidas en estas copas constituyera un acto principal (Celestino *et al.*, 2017, p. 146). La obtención y uso de estas formas servirían tanto como elemento de diferenciación como de integración dentro del grupo.

7. Conclusiones

Con todo ello, a lo largo de este trabajo se ha buscado mediante la conjunción del registro arqueológico, el análisis geográfico y las fuentes escritas e iconográficas contribuir en el conocimiento referente al estudio de las rutas comerciales protohistóricas en la península ibérica. Así, hemos procedido a la caracterización arqueológica de los itinerarios que articularon el territorio peninsular gracias a los últimos datos arrojados por la metodología arqueológica moderna y los nuevos medios técnicos disponibles.

Nuestro objetivo ha sido desarrollar un trabajo apropiadamente argumentado, donde planteamos la existencia de diversas rutas que convivirían, como ya sostenía P. Cabrera (1987, pp. 219-220), pero que distarían en importancia y concurrencia a lo largo del tiempo, así como en los productos que mayoritariamente discurrirían por ellas. Esta circunstancia se puede observar a través de la evolución del conjunto cerámico ático, tanto del que llegó a la Meseta Sur y la cuenca del Guadiana por la “ruta de los santuarios” como de aquel hallado en el Alto Guadalquivir a través de la ruta por Cástulo.

El primer itinerario se gestaría desde el siglo VI a.n.e. gracias a los contactos directos entre las poblaciones iberas levantinas y las de las llanuras albaceteñas. Tomaría su forma definitiva (la más cercana a la propuesta de Maluquer), llegando a los territorios de influencia tartésica del valle medio del Guadiana, a lo largo del siglo V a.n.e. cuando tuvo lugar su época de mayor concurrencia y alcance. Ya desde el IV a.n.e. la afluencia se vería reducida y la ruta pocas veces pasaría más allá del Alto Guadiana. En lo que se refiere al segundo itinerario, durante la segunda mitad del siglo VI a.n.e. y primera mitad del V a.n.e. Villaricos fue el principal centro receptor de cerámicas áticas. Pero si nos centramos en las copas importadas durante la etapa siguiente, el periodo abarcado por este trabajo, su número se reduce a un ejemplar, lo que nos ha llevado a pensar en el enclave de Los Nietos, gracias a su excelente condición de fondeadero, como la posible nueva entrada que tomó fuerza en la segunda mitad del siglo V a.n.e. para nutrir de estos objetos áticos a los núcleos del Alto Guadalquivir. Mientras tanto, Villaricos se habría mantenido como puerto principal, aunque en este caso enfocado en la recepción y redistribución de otras mercancías. Ello sugiere la especialización de ciertos enclaves y rutas según qué materiales, hecho que además, resulta lógico y necesario, en vistas del modelo de comercio que se esboza ante la evidencia: existirían grandes centros de redistribución en cada territorio de los que manaría el flujo de importaciones para surtir la demanda de su *hinterland* y, a su vez, los comerciantes de estos núcleos estarían en

contacto con sus colaboradores de los grandes centros de otras áreas, estableciendo una amplia red humana y comercial. Así, según la reconstrucción de la actividad mercantil que planteamos en este trabajo, existirían dos tipos distintos de distribución de las importaciones: uno directo desde el puerto u otro núcleo redistribuidor interior hasta el asentamiento demandante de esos productos a través de una vía principal, y otro itinerante de carácter local en el que el material se transportaría y vendería por los asentamientos de una misma zona. Las vías de comunicación serían siempre las mismas, pero las rutas comerciales diseñaban sus itinerarios en función de quién demandaba qué productos.

Igualmente, la caracterización arqueológica de dichas rutas, corroborada por los resultados obtenidos en *QGIS* mediante la aplicación de algoritmos, nos permiten concebir la llamada “ruta de los santuarios” y la ruta Los Nietos-Cástulo hasta la comarca de la Serena como los dos principales itinerarios usados para el comercio de copas áticas entre la segunda mitad del siglo V a.n.e. y el primer cuarto del IV a.n.e. Aunque no ha de ser olvidada la Vía Heraclea en su tramo Sureste, la cual integraría un camino de elevada concurrencia que actuaría como la arteria conectora de las otras dos rutas principales, ofreciendo un tercer derrotero para el flujo de mercancías y personas que atravesaban la península. A ello ha de sumarse el cálculo de la distancia media entre los asentamientos incluidos en estas largas rutas, el cual confirma no sólo que son plausibles desde una perspectiva de coste de desplazamiento por la orografía, sino que la logística para cubrir esas distancias sería abarcable mediante el empleo de carros o reatas de animales de carga cuando el transporte había de ser obligatoriamente por vía terrestre.

Por último, queremos volver a resaltar la importancia de la estacionalidad dentro del proceso comercial. Pues en las estaciones cálidas este tipo de actividades se desarrollarían con mayor dinamismo gracias a las facilidades para los navíos mercantes de un mar en calma y la benevolencia del tiempo para los arrieros en los caminos. En cambio, las condiciones de las estaciones frías con bajas temperaturas y un mar enrarecido reducirían la actividad comercial hasta casi paralizarla.

En lo que respecta a las copas áticas como mercancía, se dotarían de un valor simbólico en cuanto llegaran a la península ibérica y experimentarían una resignificación por parte de las diferentes comunidades oriundas. Así lo retrata la evidencia arqueológica cuando aparecen como ajuar en tumbas ibéricas, tienen señales de reparación, son imitadas por alfareros indígenas o, incluso, son atesoradas durante generaciones siendo halladas en contextos posteriores a la datación que les correspondería a estas piezas. Su adquisición denotaría la capacidad económica y las exclusivas redes relacionales del

individuo o del grupo que las demandaba. Su tenencia implicaría un carácter excluyente, a nivel del individuo que entra en un selecto grupo frente al resto de la comunidad, debido a la condición de los vasos importados como objetos valiosos. Pero también podrían tener un carácter incluyente gracias al empleo de las copas áticas en ciertos contextos con grandes implicaciones sociales, como reuniones, festejos o rituales, donde dichos vasos eran piezas fundamentales para la celebración del acto de cohesión social, el cual podría desarrollarse a nivel familiar, grupal o comunitario.

En cuanto a los agentes que transportarían ese material y lo intercambiarían, mantenemos que su origen sería plural, pero una vez la mercancía se alejara de las costas, el papel principal quedaría en manos de los intermediarios indígenas, conocedores del terreno, que lo llevarían hacia el interior y realizarían las transacciones con las élites locales. Los intermediarios púnicos y griegos frecuentarían los enclaves portuarios y los territorios no muy alejados de la costa, incluso algunos se establecerían en estos asentamientos que constituirían bases comerciales, para gestionar los intercambios. No obstante, la hostilidad de los caminos y la lejanía de los núcleos más remotos demandantes de importaciones áticas seguramente motivó que quienes se encargaran de su comercio hacia el interior fueran agentes indígenas, quienes sabrían cuáles eran los mejores pasos de montaña y de llanura. Además, es posible que pudieran establecer relaciones con mayor facilidad con las comunidades oriundas, bien porque compartían variantes de una misma lengua, permitiendo interacciones más fluidas, o por una cuestión de confianza que agilizaría los acuerdos, derivada del contacto continuado gracias a la vecindad.

En definitiva, con este trabajo presentamos un estudio necesario frente a la escasez actual de este tipo de análisis en Protohistoria, sobre todo en lo que respecta a la reconstrucción de las rutas interiores. Desde distintas perspectivas hemos pretendido plasmar el dinamismo, la pluralidad y la complejidad que caracterizaron esta etapa de la Historia de la península ibérica. La ideología, los intereses y la colaboración entre diversos grupos humanos son los elementos principales que se vislumbran entre los argumentos desarrollados en este trabajo, demostrándonos que la idea de un mundo profundamente conectado no es una invención moderna.

8. Bibliografía

- Fuentes clásicas

Diodoro Sículo, *Biblioteca histórica. Libros IV-VIII*. Trad. de Juan José Torres Esbarranch. Madrid, Editorial Gredos (2004).

Estrabón, *Geografía. Libros III-IV*. Trad. de María José Meana y Feliz Pinero, Madrid, Editorial Gredos (1992).

Plinio el Viejo, *Historia Natural*. Trad. de Josefa Cantó Llorca, Madrid, Cátedra (2002).

Pseudo-Aristóteles, *De mirabilibus auscultationibus*. Trad. de Launcelot D. Dowdall Oxford, Clarendon Press (1909).

Teofrasto, *De lapidibus*. Trad. de D.E Eichholz, Oxford, Clarendon Press (1965).

Varrón, *Rerum rusticarum*. Trad. de Domingo Tirado Benedí, México, Universidad Nacional Autónoma de México (1992).

- Fuentes historiográficas

Abad Casal, L.; Sala Sellés, F. (eds.); Grau Mira, I; Moratalla Jávega, J.; Pastor Mira, A. y Tendero Porras, M. (2001), *Poblamiento ibérico en el Bajo Segura: El Oral (II) y La Escudera*, Madrid, Real Academia de la Historia.

Adroher Auroux, A.M. y López Marcos, A. (1992), “Reinterpretación cronológica de la necrópolis ibérica del cerro del Santuario (Baza, Granada)”, *Florentia Iliberritana* 3, pp. 9-37.

Almagro-Gorbea, M. (2008), “Medellín-Conisturgis: reinterpretación geográfica del Suroeste de Iberia”, *Boletim da Sociedade de Geografia de Lisboa*, 126, pp. 89-115.

Almagro-Gorbea, M.; Lorrio Alvarado, A.J.; Mederos Martín, A. y Torres Ortiz, M. (2008), *La necrópolis de Medellín. II. Estudio de los hallazgos*, Madrid, Real Academia de la Historia.

Amorós López, I. y Vives-Ferrándiz Sánchez, J. (2022), “De las políticas comensales a las relaciones sociales: cerámicas áticas en La Bastida de les Alcusses (Moixent, Valencia)”, *Archivo Español de Arqueología*, 95, e03.

DOI: <https://doi.org/10.3989/aespa.095.022.03>

Aranegui Gascó, C., Jodin, A., Llobregat, E., Rouillard, P. y Uroz, J. (1993), *La nécropole ibérique de Cabezo Lucero. Guardamar de Segura, Alicante*, Madrid, Casa de Velázquez.

Arboledas Martínez, L. (2011), “La minería prerromana y romana en el Alto Guadalquivir”, *V Simposio Internacional sobre Minería y Metalurgia Históricas en el Suroeste Europeo. Homenaje a Claude Domergue (León, 19-21 de junio de 2008)*, SEDPGYM, La Pobra de Segur, pp. 329-342.

- Badie, A., Gailledrat, E., Moret, P., Rouillard, P. y Sánchez, M. J., (2000), *Le site antique de La Picola de Santa Pola (Alicante, Espagne)*, París-Madrid, Casa de Velázquez.
- Barceló Batiste, P. (1987-1988), “Notas sobre la presencia griega en el litoral hispano”, *Cuadernos de prehistoria y arqueología castellonenses*, 13, pp. 171-180.
- Belarte Franco, M.C.; Noguera Guillén, J.; Plana Mallart, R.; Sanmartí-Grego, J. (coords.), *Urbanization in Iberia and Mediterranean Gaul in the first millennium BC*, Tarragona, Institut Català d’Arqueologia Clàssica, pp. 229-250.
- Blánquez Pérez, J. (1987), “Notas acerca de una revisión de la necrópolis ibérica de la Hoya de Santa Ana (Chinchilla, Albacete)”, *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología*, 13-14, pp. 9-28.
- Blánquez Pérez, J. (1990a), “El factor griego en la formación de las culturas prerromanas de la submeseta sur”, *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Univesidad Autónoma de Madrid*, 17, pp. 9-24.
- Blánquez Pérez, J. (1990b), *La formación del mundo ibérico en el sureste de la meseta (Estudio arqueológico de las necrópolis ibéricas de la provincia de Albacete)*, Albacete.
- Blánquez Pérez, J. (1993), “El poblado ibérico de la Quéjola”, *Pátina*, 6, pp. 99-107.
- Blánquez Pérez, J. (2000), “En torno al problema de las rutas terrestres en el interior de la península ibérica (I milenio a.C.)”, *Pyrenae*, 22-23, pp. 173-180.
- Broncano Rodríguez, S. y Alfaro Arregui, M.M. (1990), “Los caminos de ruedas de la ciudad ibérica de 'El Castellar de Meca' (Ayora, Valencia)”, *Excavaciones arqueológicas en España*, Madrid, Ministerio de Cultural-Generalitat Valenciana.
- Cabrera Bonet, P. (1987), “Consideraciones en torno a la cerámica ática de fines del siglo V en Extremadura”, *Oretum*, 3, pp. 217-221.
- Cabrera Bonet, P. (1994), “Cádiz y el comercio de productos griegos en Andalucía Occidental durante los siglos V y IV a.C.”, *Trabajos de Prehistoria*, 51 (2), pp. 89-101.
- Cabrera Bonet, P. y Moreno Conde, (2019), “Vasos griegos e imágenes femeninas en el Sureste de la Península Ibérica”, en Tortosa Rocamora, T. y Cabrera Bonet, P. (eds.), *Encuentros con las imágenes femeninas en Iberia*, Mérida, Instituto de Arqueología, Mérida (CSIC-Junta de Extremadura), pp. 93-126.
- Cabrera Bonet, P. y Sánchez Fernández, C. (1994), “Importaciones griegas en el sur de la Meseta”, *Huelva Arqueológica*, 13 (1), pp. 355–376.
- Cabrera Bonet, P. y Sánchez Fernández, C. (eds.) (2000), *Los griegos en España: tras las huellas de Hércules*, Madrid, Museo Arqueológico Nacional.
- Castellano Castillo, J.J. (2016), *El yacimiento ibérico de cerro Lucena, Enguera (Valencia)*, Tesis doctoral inédita, Universidad de Valencia.
- Celestino Pérez, S. (2001), “Los santuarios de Cancho Roano. Del indigenismo al Orientalismo Arquitectónico”, en Ruiz Mata, D. y Celestino Pérez, S. (eds.), *Arquitectura Oriental y orientalizante en la Península Ibérica*, Madrid, Centro de Estudios del Próximo Oriente, pp. 17-56.

Celestino Pérez, S. (2022), *Cancho Roano. Un santuario tartésico en el valle del Guadiana*, Córdoba, Almuzara.

Celestino Pérez, S. y Rodríguez González, E. (2019a), “Un espacio para el sacrificio: el patio del yacimiento tartésico de Casas del Turuñuelo (Guareña, Badajoz)”, *Complutum*, 30 (2), pp. 343-366.

Celestino Pérez, S. y Rodríguez González, E. (2019b), “El santuario de Cancho Roano C: un espacio consagrado a Baal y Astarté”, *Ophiussa*, 3, pp. 27-44.

Celestino Pérez, S.; Gracia Alonso, F.; Rodríguez González, E. (2017), “Copas para un banquete. La distribución de cerámicas áticas en Extremadura”, en Aquilué Abadías, J., Cabrera Bonet, P.; Orfila Pons, M. (coords.), *Homenaje a Glòria Trias Rubiés: cerámicas griegas de la Península Ibérica. Cincuenta años después (1967-2017)*, Barcelona, Centro Iberia Graeca, pp. 140-149.

Chapa Brunet, M.T.; Pereira Sieso, J.; Madrigal Belinchón, A.; Mayoral Herrera, V. (1998), *La necrópolis ibérica de los Castellones de Ceal (Hinojares, Jaén)*, Jaén, Universidad de Jaén.

Cristo Roper, A.; González Zambrano, P.; Pérez-l’Huillier, D.; Martín López, P.; Sánchez Castillo, J.; Navera Rosales, M.; Caparrós Nieto, D.; de la Torre Lorenzo, D.; Conejo Moreno, J.A.; Roldán Vázquez, R.; López López, V.; Bermúdez Cano, R.; Cot Delgado, R.; Roldán Díaz, A.; Hernández Casas, Y.; Rebollo Girón, J.; Cano Fernández, A.; Adroher Auroux, A.M.; Aguayo de Hoyos, P.J.; Murillo Barroso, M. (2021), “El Oppidum de Sierra Boyera (Belmez) en contexto. Nuevas aportaciones a la protohistoria del norte de Córdoba a la luz de la intervención de 2020”, *Antiquitas*, 33, pp. 29-39.

Costa Ribas, B. y Fernández Gómez, J.H. (1997), “Ebusus Phoenissa et Poena. La isla de Ibiza en época fenicio-púnica”, *Espacio, Tiempo y Forma, Serie I, Prehistoria y Arqueología*, 10, pp. 391-445.

Cuadrado Díaz, E. (1987), *La necrópolis ibérica de El Cigarralejo (Mula, Murcia)*, Madrid.

Demetriou, D. (2011), “What is an emporion? A reassessment”, *Historia: Zeitschrift für Alte Geschichte*, 60 (3), pp. 255-272.

Domergue, C. y Tamain, G. (1971), “Note sur le district minier de Linares-La Carolina (Jaén, Espagne) dans l’Antiquité”, *Mélanges de préhistoire, d’Archéologie et d’Ethnologie, offerts à André Varagnac*, , pp. 199-229.

Domínguez Monedero, A.J. (1986), “Reinterpretación de los testimonios acerca de la presencia griega en el Sudeste peninsular y Levante en época arcaica”, *Homenaje a L. Siret (1934-1984)*, Sevilla, Junta de Andalucía, pp. 601-611.

Domínguez Monedero, A.J. (1988), “Algunas observaciones en torno al "comercio continental griego" en la Meseta meridional”, *I Congreso de Historia de Castilla-La Mancha. Vol. 3 (2): Pueblos y culturas prehistóricas y protohistóricas*, Toledo, pp. 327-334.

- Domínguez Monedero, A.J. (1991), “El enfrentamiento etrusco-foceo en Alalia y su repercusión en el comercio con la Península Ibérica”, en Remessal Rodríguez, J. y Musso, Olimpio (coords.), *La presencia de material etrusco en la Península Ibérica*, Barcelona, Universitat de Barcelona, pp. 239-273.
- Domínguez Monedero, A.J. (2001), “La religión en el emporion”, *Gerión*, 19, pp. 221-257.
- Domínguez Monedero, A.J. (2002), “Greeks in Iberia: Colonialism without Colonization”, en Lyons, C.L. y Papadopoulos, J.K. (eds.), *The Archaeology of Colonialism*, Los Ángeles, Getty Research Institute, pp. 65-95.
- Domínguez Monedero, A.J. (2006), “Greeks in the Iberian Peninsula”, en Tsetskhladze, G.R. (ed.), *Greek colonisation. an account of Greek colonies and other settlements overseas. Volume One*, Leiden-Boston, Brill, pp. 429-505.
- Domínguez Monedero, A.J. (2018a), “Las religiones coloniales y su impacto en los cultos indígenas de la Península Ibérica”, *Revista de historiografía*, 28, pp. 13-46.
- Domínguez Monedero, A.J. (2018b), “Cástulo, centro vertebrador del comercio exterior durante el Ibérico Pleno”, en Camarero Solana, N. (coord.), “*Vir validus et nobilis*”: homenaje a D. José María Blázquez Martínez, Linares, Centro de Estudios Linarenses, pp. 15-54.
- Domínguez Monedero, A.J. y Sánchez Fernández, C. (2001), *Greek Pottery from the Iberian Peninsula*, Leiden-Boston -Köln, Brill.
- Fernández Jurado, J. y Cabrera Bonet, P. (1987), “Comercio griego en Huelva a fines del siglo V a. C.”, *Simposio Grecs et Ibères au IVe siècle avant Jésus-Christ. Revue des Études Anciennes*, 89 (3-4), pp. 149-159.
- Fernández Ochoa, C.; Zorzalejos Prieto, M.; Hevia Gómez, P.; Esteban Borrajo, G. (1994), *Sisapo I. Excavaciones arqueológicas en «La Bienvenida». Almodóvar del Campo (Ciudad Real)*, Toledo, Patrimonio Histórico-Arqueología de Castilla-La Mancha.
- Fernández Rodríguez, M., y Madrigal Belinchón, A. (2015), “La vajilla griega de mesa procedente del oppidum de Alarcos (Ciudad Real)”, *Estudios de lenguas y epigrafía antiguas*, 14, pp. 239-307.
- Ferreira, D. (2022), *A Cerâmica Grega na Fachada Atlântica da Península Ibérica*, Oporto, Universidade do Porto.
- Ferrer Albelda, E. y García Fernández, F. J. (2019), “La crisis de Tarteso y el problema del siglo V a.C. en el ámbito geográfico turdetano”, *Anales de arqueología cordobesa*, 30, p. 51-76.
- García Cano, C. (1996), “Informe sobre el poblado ibérico de la Loma del Escorial, Los Nietos (Cartagena)”, *Memorias de Arqueología*, pp. 128-149.
- García Cano, C. y García Cano, J.M. (1992), “Cerámica ática del poblado ibérico de La Loma del Escorial (Los Nietos, Cartagena)”, *Archivo Español de Arqueología*, 65, pp. 3-32.

García Cano, J. M. (1982), *Cerámicas griegas de la región de Murcia*, Murcia, Editora Regional.

García Cano, J. M. (1989-1990), “Una kylzx de la «clase delicada» procedente de Lorca (Murcia)”, *Anales de Prehistoria y Arqueología*, 5-6, pp. 95-100.

García Cano, J. M. (1997), *Las necrópolis ibéricas de Coimbra del Barranco Ancho (Jumilla. Murcia) I. Las excavaciones y estudio analítico de los materiales*, Murcia, Universidad de Murcia.

García Cano, J.M. (2017), “El Pintor de Kadmos y su círculo. A propósito de una kylix de Coimbra del Barranco Ancho (Jumilla, Murcia)”, en Aquilué Abadías, J., Cabrera Bonet, P.; Orfila Pons, M. (coords.), *Homenaje a Glòria Trias Rubiés: cerámicas griegas de la Península Ibérica. Cincuenta años después (1967-2017)*, Barcelona, Centro Iberia Graeca, pp. 190-199.

García Cano, J.M. y Page del Pozo, V. (2000), “La cerámica ática de la necrópolis del Castillejo de los Baños (Fortuna, Murcia)”, en Sabattini, B. (dir.), *La céramique attique du IVe siècle en Méditerranée occidentale: Actes du colloque international organisé par le Centre Camille Jullian (Arles, 7-9 décembre 1995)*, Nápoles, Publications du Centre Jean Bérard, pp. 253-258.

García Cardiel, J. (2015), “El Cerro de los Santos: paisaje, negociación social y ritualidad entre el mundo ibérico y el hispano”, *Archivo Español de Arqueología*, 88, pp. 85-104.

García Hernández, F. (1986), *El yacimiento ibérico del Tossal de la Cala (Benidorm). Los materiales depositados en el Museo Arqueológico Provincial de Alicante*, Memoria de Licenciatura, Universitat d'Alacant.

García Huerta, R. y Morales Hervás, F. J. (2011), “El poblamiento ibérico en el Alto Guadiana”, *Complutum*, 22 (1), pp. 155-176.

García Huerta, R.; Morales Hervás, F.J.; Rodríguez González, D. (2004): “La cerámica griega del oppidum ibérico de Alarcos (Ciudad Real)”, en Talavera Cuesta, S. y García Pinilla, I.J. (coords.), *Charisterion, Francisco Martín García oblatum*, Cuenca, Universidad de Castilla-La Mancha, pp. 115-130.

García Huerta, R.; Morales Hervás, F. J.; Rodríguez González, D.; Miguel-Naranjo, P. (2021), “La huella helena en el Alto Guadiana a través de la presencia de cerámicas griegas”, *Abantos. Homenaje a Paloma Cabrera Bonet*, Madrid, Ministerio de Cultura, pp. 133-142.

García Martín, J. M. (2003), *La distribución de cerámica griega en la Contestania ibérica: El puerto comercial de La Illeta dels Banyets*, Alicante, Instituto Alicantino de Cultura “Juan Gilbert”.

García Martín, J. M. (2004), *El comercio de cerámicas griegas en el sur del País Valenciano (siglos VIII al IV a.C.)*, Tesis doctoral, Universidad Autónoma de Madrid, Madrid.

García Martín, J. M. y Grau Mira, I. (1997), “Les ceràmiques gregues als jaciments ibèrics de l'Alcoià i el Comtat”, *Recerques del Museu d'Alcoi*, 6, pp. 119-130.

- Gill, D. (1991), "Pots and Trade: Spacefillers or Objets D'art?", *The Journal of Hellenic Studies*, 111, pp. 29-47.
- Gracia Alonso, F. (2003), Las cerámicas áticas del palacio-santuario de Cancho Roano, en Celestino Pérez, S. (ed.), *Cancho Roano VIII. Los materiales arqueológicos I*, Instituto de Arqueología de Mérida/CSIC-Junta de Extremadura, Mérida, pp. 23-193.
- Grau Mira, I. (2004), "La construcción del paisaje ibérico: aproximación SIG al territorio protohistórico de la Marina Alta", *Saguntum: Papeles del Laboratorio de Arqueología de Valencia*, 36, pp. 61-76.
- Grau Mira, I. (2014), "The Iron Age landscape of Alcoi Valley, eastern Iberia: Agricultural intensification and sociopolitical dynamics", *Journal of Field Archaeology*, 39 (2), pp. 124-133.
- Grau Mira, I. (2019), "Ciudades y sociedad urbana ibérica en el País Valenciano (siglos VII-I a.C.). Una visión panorámica y algunas reflexiones sobre los modelos sociales", en Belarte Franco, M.C.; Noguera Guillén, J.; Plana Mallart, R.; Sanmartí-Grego, J. (eds.) *Urbanization in Iberia and Mediterranean Gaul in the first millennium BC*, pp. 229-250.
- Grau Mira, I. y Segura Martí, J. M. (2013), "El oppidum ibérico de El Puig d'Alcoi. Asentamiento y paisaje en las montañas de la Contestania", Alcoi, Ajuntament d'Alcoi.
- Guerrero Ayuso, V. M. (2006), "Nautas baleáricos durante la Prehistoria (parte I). Condiciones meteomarinas y navegación de cabotaje", *Pyrenae*, 37 (1), pp. 87-129.
- Hernández Alcaraz, L. y Sala Sellés, F. (1996), *El Puntal de Salinas. Un hábitat ibérico del siglo IV a.C. en el Alto Vinalopó*, Villena, Fundación Municipal "José María Soler"-Ayuntamiento de Villena.
- Hill, J. D. (2012), "How did British Middle and Late pre-Roman Iron Age societies work (if they did)?", en Moore, T. y Armada, X.L. (eds.) *Atlantic Europe in the First Millenium BC: Crossing the Divide*, Oxford, Oxford University Press, pp. 242-263.
- de Hoz Bravo, J. (1995), "Ensayo sobre la epigrafía griega de la Península Ibérica", *Veleia*, 12, pp. 151-79.
- de Hoz Bravo, J. (2002), "Grafitos cerámicos griegos y púnicos en la Hispania prerromana", *Archivo Español de Arqueología*, 75, pp. 75-91.
- Jiménez Ávila, J. (2018), "Novedades en torno a la cerámica griega de Extremadura", en Melro, S. y Correia S., *Atas do VIII Encontro de Arqueologia do Sudoeste Peninsular. Encontro de Arqueología del Suroeste Peninsular. Serpa-Aroche, 24, 25 e 26 de outubro de 2014*, Serpa, Câmara Municipal de Serpa, pp. 381-408.
- Jiménez Ávila, J. y Ortega, J. (2004), *La cerámica griega en Extremadura*, Mérida, Museo Nacional de Arte Romano.
- Jiménez Ávila, J.; Carbajo López, A.; Luengo González, M. (2019), "Importaciones mediterráneas en el cerro del Castillo de Medellín (Badajoz): cerámicas griegas y escarabeo de las campañas 2014 y 2015", *DigitAR - Revista Digital de Arqueologia Arquitectura e Artes*, 6, pp. 169-184. DOI:10.14195/2182-844X_6_14

- López Castro, J.L.; Martínez Hahn Müller, V.; Pardo Barrionuevo, C.A. (2010), “La ciudad de Baria y su territorio”, *Mainake*, 32 (1), pp. 109-132.
- Maluquer de Motes, J. (1982), “Notes sobre les relacions comercials entre la conca del Guadiana i Andalusia en els darrers temps de la civilització tartèssica”, *Pyrenae*, 21, pp. 11-22.
- Maluquer de Motes, J. (1983), “En torno al comercio griego terrestre hacia Extremadura”, *Estudios en Homenaje a D. Claudio Sánchez Albornoz*, Buenos-Aires, Universidad de Buenos Aires, pp. 29-36.
- Maluquer de Motes, J. (1985), “Comercio continental focense en la Extremadura central”, en Rovira i Port, J. (dir.), *Ceràmiques gregues i helenístiques a la Península Ibèrica. Monografies Emporitanes, VII*, Barcelona, Institut de Prehistòria i Arqueologia, pp.19-25.
- Maluquer de Motes, J. (1986), “La dualidad comercial fenicia y griega en Occidente”, *Aula Orientalis*, 4, pp. 203-210.
- Manso Martínez, E.; Rodero Riaza, A. y Madrigal Belinchón, A. (2000), “Materiales cerámicos procedentes de una necrópolis ibérica de Mengíbar (Jaén)”, *Boletín del Museo Arqueológico Nacional*, 18 (1-2), pp. 97-144.
- Miguel-Naranjo, P. y Martínez-González, J. (2019), Materiales de filiación e inspiración griega en Calatrava la Vieja: la cerámica ática de barniz negro y de figuras rojas y sus interpretaciones locales, *Lucentum*, 38, pp. 139-151.
- Mitchell, P. (2018), *The Donkey in Human History. An Archaeological Perspective*, Oxford, Oxford Press.
- Molina González, F.; Carrión Méndez, F.; Blanco de la Rubia, I.; Contreras Cortés, F., y López Rozas, J. (1983), “La motilla de las Cañas (Daimiel, Ciudad Real). Campaña de 1983”, *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*, 8, pp. 301-324.
- Monraval Sapiña, M., (1992), *La necrópolis ibérica de El Molar (San Fulgencio-Guardamar del Segura, Alicante)*, Alicante, Museo Arqueológico de Alicante.
- Moreno Torres, S. (2005), “Rutas de navegación en el Mediterráneo occidental: condicionantes atmosféricos y aspectos técnicos de la navegación en la antigüedad”, *Mayurqa*, 30, pp. 781-799.
- Olcina Doménech, M.; Martínez Carmona, A.; Sala Sellés, F., (2017), “La Illeta dels Banyets de El Campello. Algo más que un unicum ibérico”, en Prados Martínez, F. y Sala Sellés, F., *El Oriente de Occidente fenicios y púnicos en el área ibérica*, Sant Vicent del Raspeig, Universitat d’Alacant, pp. 257-284.
- Orejas Saco del Valle, A. (1991), “Arqueología del paisaje: historia, problemas y perspectivas”, *Archivo español de arqueología*, 64 (163-164), pp. 191-230.
- Padilla Fernández, J.J.; Arboledas Martínez, L.; López Martínez, J.J. (2019), “Iberos en el Alto Guadalquivir: singularidad y complejidad del poblamiento ibérico en torno a la Depresión Linares Bailén (Jaén)”, *Cuadernos de prehistoria y arqueología de la Universidad de Granada*, 29, pp. 353-380.

- Page del Pozo, V. y García Cano, J.M. (1990), “La necrópolis ibérica de Archena: revisión de los materiales y nuevos hallazgos”, *Verdolay: Revista del Museo Arqueológico de Murcia*, 2, pp. 109-147.
- Patton, M., (1996), *Islands in Time. Island sociogeography and Mediterranean prehistory*, Londres-Nueva York, Routledge.
- Pellicer Catalán, M. (2000), “El proceso orientalizante en el occidente ibérico”, *Huelva Arqueológica*, 16, pp. 89-134.
- Pereira Sieso, J. y Chapa Brunet, T. (1991), “Historia de la investigación de las necrópolis ibéricas de la Alta Andalucía: El área del Guadiana Menor”, en Olmos Romera, R. y Arce Martínez, J. (coords.), *Historiografía de la arqueología y de la historia antigua en España (siglos XVIII-XX): Congreso Internacional, Madrid, 13-16 diciembre 1988*, Madrid, Ministerio de Cultura, pp. 191-195.
- Pérez-Ballester, J. (2017), “Las cerámicas griegas de La Solana del Castell (Xàtiva) en el contexto del Xúquer y la Contestania Norte”, *Saguntum: Papeles del Laboratorio de Arqueología de Valencia-Extra*, 19, pp. 165-175.
- Picazo Gurina, M. (2015), “La vajilla de los días de fiesta: cerámica ática en una casa de finales del siglo V a. C. de Ullastret”, *Archivo Español de Arqueología*, 88, pp. 25-37.
- Polanyi, K. (1963), “Ports of Trade in Early Societies”, *The Journal of Economic History*, 23, pp. 30-45.
- Raepsaet, G. (2008), “Land transport, part 2: riding, harnesses, and vehicles”, en Oleson, J.P. (ed.), *The Oxford Handbook of Engineering and Technology in the Classical World*, Oxford, Oxford University Press, pp. 580–605.
- Rodríguez Díaz, A.; Pavón, I.; Duque, D. (2010), “Población, poblamiento y modelos sociales de la Primera Edad del Hierro en las cuencas extremeñas del Guadiana y el Tajo”, *Arqueología Espacial*, 28, pp. 41-64.
- Rodríguez Díaz, A.; Pavón, I.; Duque, D. (2015), “Jerarquía y heterarquía en las cuencas extremeñas del Guadiana y Tajo durante el Período Orientalizante”, en Carme Belarte, M.; García, D.; Sanmartí, J. (eds.), *Las estructures socials protohistòriques a la Gàl·lia i a la Ibèria. Homenatge a Aurora Martín i Enriqueta Pons. Arqueo Mediterrània*, Barcelona, Universidad de Barcelona e Instituto de Arqueología Clásica, pp. 295-313.
- Rodríguez González, E. (2018), *El poblamiento del valle medio del Guadiana durante la I Edad del Hierro*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, CSIC.
- Rodríguez González, E. (2020), “¿Y los campesinos dónde están? Una propuesta de análisis para el estudio del campesinado y su aplicación en el valle medio del Guadiana durante la I Edad del Hierro”, *Complutum*, 31 (2), pp. 279-303.
- Rodríguez-Pérez, D. (2019), “La vida social de la cerámica ática en la península ibérica: la amortización de las copas Cástulo de tipo antiguo”, *Archivo Español de Arqueología*, 92, pp. 71-88.
- Rouillard, P. (1991), *Les Grecs et la Péninsule Ibérique du VIIIe au IVe siècle avant Jésus-Christ*, París, Publications du Centre Pierre Paris 21.

Rueda Galán, C. y Bellón Ruiz, J.P. (2016), “Culto y rito en cuevas: modelos territoriales de vivencia y experimentación de lo sagrado, más allá de la materialidad (ss. V-II a.n.e.)”, *Arys*, 14, pp. 43-80.

Ruiz Alcalde, D. y Marcos González, A. (2011), “Épocas orientalizante e ibérica en Villajoyosa”, en Espinosa, A. (coord.), *La Vila Joiosa. Arqueologia i museu*, Alicante, Museo Arqueológico de Alicante, pp. 100-117.

Ruiz de Arbulo, J. (1998), Rutas marítimas y tradiciones náuticas: cuestiones en torno a las navegaciones tirias al Mediterráneo occidental, *Trabajos del Museo Arqueológico de Ibiza y Formentera*, 41, pp. 25-48.

Ruiz-Gálvez, M. L. (2018), “¿Sociedad de clase o... “sociedad de casa”? reflexiones sobre la estructura social de los pueblos de la edad del hierro en la península ibérica”, en Rodríguez Díaz, A.; Pavón Soldevila, I.; Duque Espino, D.M. (eds.), *Más allá de las casas. Familias, linajes y comunidades en la protohistoria peninsular*, Cáceres, Universidad de Extremadura, pp. 13-40.

Ruiz Rodríguez, A. (2011), “El poblamiento ibero en el alto Guadalquivir: la construcción del paisaje urbano”, *PH: Boletín del Instituto Andaluz del Patrimonio Histórico*, 78, pp. 24-29.

Ruiz Rodríguez, A. y Molinos Molinos, M. (1988), “Informe de la campaña de excavación en el Cerro de la Plaza de Armas de Puente Tablas (Jaén)”, *Anuario de Arqueológico de Andalucía*, 4, pp. 179-184.

Ruiz Rodríguez, A. y Molinos Molinos, M. (1998), *The Archaeology of the Iberians*, Cambridge, Cambridge University Press.

Sala Sellés, F. y Hernández Alcaraz, L. (1998), “La necrópolis de El Puntal (Salinas, Alicante): aspectos funerarios ibéricos del siglo IV a.C. en el corredor del Vinalopó”, *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología castellonenses*, 19, pp. 221-266.

Sánchez Fernández, C. (1981), “La cerámica ática de Ibiza en el Museo Arqueológico Nacional”, *Trabajos de Prehistoria*, 38 (1), pp. 281-316.

Sánchez Fernández, C. (1987), “Algunas consideraciones sobre el comercio de cerámica ática en Cástulo (Linares, Jaén): siglos V y IV a.C.”, *Revue des Études Anciennes. Grecs et Ibères au IVe siècle avant Jésus-Christ*, 89 (3-4), pp. 161-168.

Sánchez Fernández, C. (1992a), *El comercio de productos griegos en Andalucía Oriental en los siglos V y IV a.C.: estudio tipológico e iconográfico de la cerámica*, Tesis Doctoral, Universidad Complutense, Madrid.

Sánchez Fernández, C. (1992b), “Las copas tipo Cástulo en la Península Ibérica”, *Trabajos de Prehistoria*, 49, pp. 327-333.

Sánchez Fernández, C. (2000), “Vasos griegos para los príncipes ibéricos”, en Cabrera Bonet, P. y Sánchez Fernández, C. (eds.), *Los griegos en España: tras las huellas de Hércules*, Madrid, Museo Arqueológico Nacional, pp. 179-196.

Sánchez Fernández, C. (2017), “La cerámica griega en Iberia. Las vajillas de mesa y de representación”, en Aquilué Abadías, J., Cabrera Bonet, P.; Orfila Pons, M. (coords.),

Homenaje a Glòria Trias Rubiés: cerámicas griegas de la Península Ibérica. Cincuenta años después (1967-2017), Barcelona, Centro Iberia Graeca, pp. 56-63.

Sanmartí-Grego, E. (1989), “Emporion, port grec a vocation ibérique”, *Atti Taranto*, 29, pp. 389–410.

Sanmartí Grego, E. (1992), “Massalia et Emporion: une origine commune, deux destins différents”, *Marseille grecque et la Gaule. Etudes massalietes*, 3, pp. 27-41.

Sanmartí-Grego, E. y Santiago Álvarez, R. (1987), “Une lettre grecque sur plomb trouvée à Emporion”, *Zeitschrift für Papyrologie und Epigraphik*, 68, pp. 119-127.

Santiago Álvarez, R. (2003), “Las láminas de plomo de Ampurias y Pech Maho revisitadas”, *Zeitschrift für Papyrologie und Epigraphik*, 144, pp. 167-172.

Shefton, B. B. (1982), “Greeks and Greek imports in the South of the Iberian Peninsula. The archaeological evidence”, *Phönizier im Westen. Madrider Beiträge*, 8, pp. 337-370.

Sillières, P. (1977), “Le Camino de Anibal, itinéraire des gobelets de Vicarello de Castulo à Saetabis”, *Mélanges de la Casa de Velázquez*, 13, pp. 31-84.

Sillières, P. (1999), “Le camino de Aníbal, principal axe des communications entre l' est et le sud de l' Hispanie” en Mora, G.; Sobral Centeno, R. M. y García-Bellido, M.P. (coords.), *Rutas, ciudades y moneda en Hispania: actas del II Encuentro Peninsular de Numismática Antigua Porto, marzo de 1997*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas-Universidade do Oporto, pp. 239-250.

Soria Combadiera, L.; García Huerta, R.; Rodríguez González, D.; Morales Hervás, F.J. (2016), “Poblamiento rural de época ibérica en el área central de la Manchuela (Albacete)”, en Gamó Parras, B. y Sanz Gamó, R. (coords.), *Actas de la I Reunión Científica de Arqueología de Albacete*, Albacete, Instituto de estudios albacetenses, pp. 399-418.

Sparkes, B. y Talkott, L. (1970), *Black and plain pottery of the 6th-5th and 4th centuries B.C. The Athenian Agora. Volumen XII*, Princeton, American School of Classical Studies at Athens.

Trias Rubiés, G. (1967-1968), *Cerámicas griegas de la Península Ibérica*, Valencia, The William L. Bryant Foundation.

Valenciano Prieto, M. C. (2000), *El Llano de la Consolación (Montealegre del Castillo, Albacete): revisión crítica de una necrópolis ibérica del sureste de la meseta*, Albacete: Instituto de Estudios Albacetenses.

Verdú Parra, E. (2015), *La necrópolis de l'Albufereta (Alacant). Ritos y usos funerarios en un contexto de interacción cultural*, Alicante, MARQ-Diputación de Alicante.

Verdú Parra, E. (2021), “El poblamiento antiguo en el Penyal d'Ifac (Calp, Alacant). La cerámica ática”, *Recerques del museu d'Alcoi*, 30, pp. 79-104.

Walid Sbeinati, S. y Pulido Royo, J.J. (2013), “El poblado fortificado de la Edad del Hierro del Cerro de Tamborrío (Enterríos, Villanueva de la Serena, Badajoz)”, en Jiménez Ávila, J.; Bustamante-Álvarez, M.; García Cabezas, M. (coords.), *VI Encuentro*

de Arqueología del Suroeste Peninsular, Villafranca de los Barros, Ayuntamiento de Villafranca de los Barros, pp. 1179-1224.

Zarzalejos Prieto, M. (2011), “La investigación arqueológica de los paisajes mineros antiguos en la vertiente norte de Sierra Morena (provincia de Ciudad Real)”, *De Re Metallica*, 17, pp. 55-66.

Zarzalejos Prieto, M.; Fernández Ochoa, C.; Hevia Gómez, P., y Esteban Borrajo, G. (1995), “Cerámicas griegas de Sisapo (La Bienvenida, Ciudad Real)”, *Actas del XXII Congreso Nacional de Arqueología (Vigo, 1993)*, pp. 183-189

ANEXO I

FIGURAS

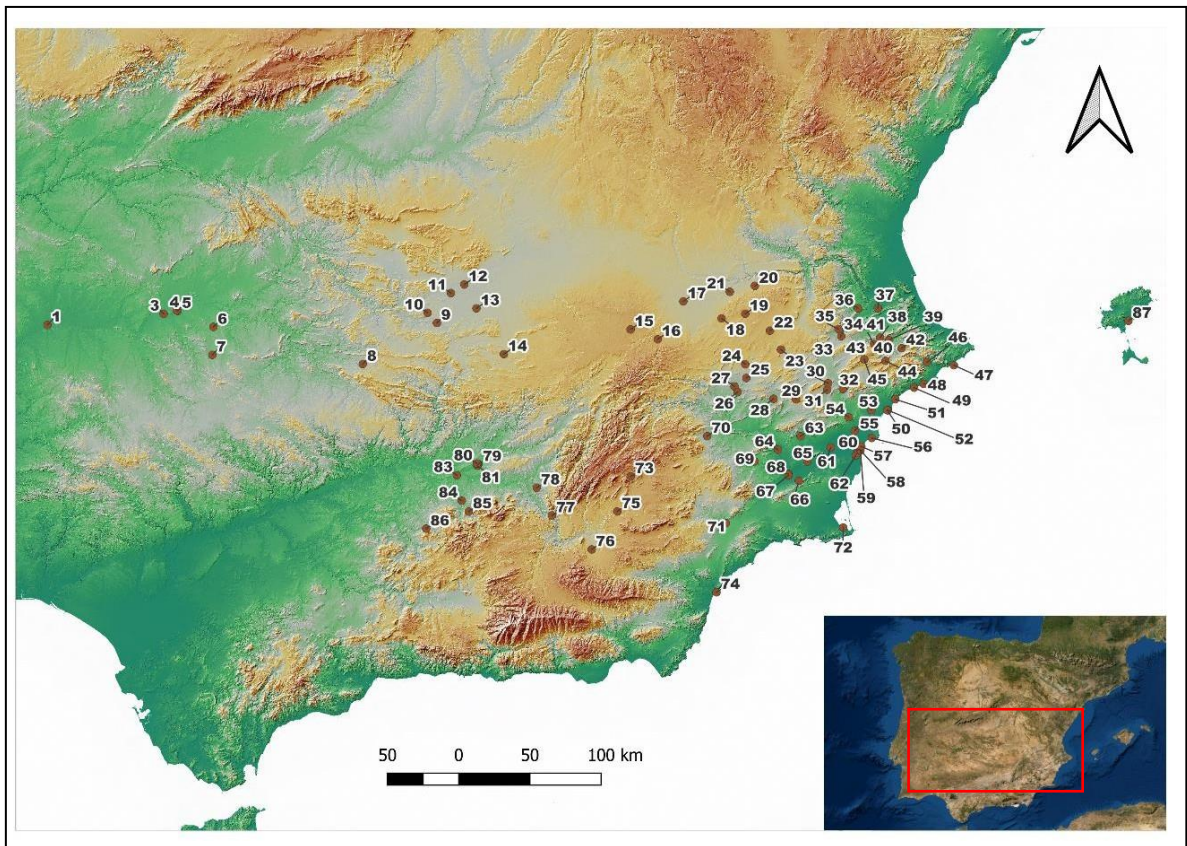
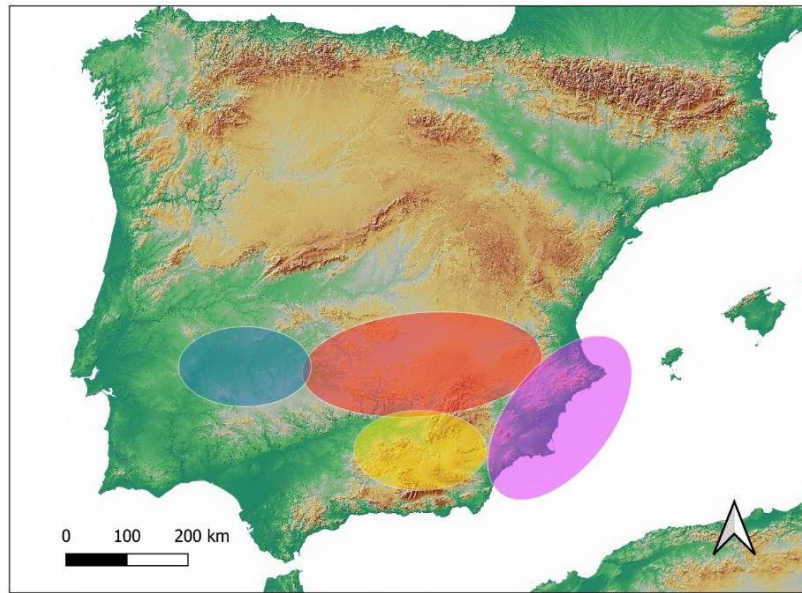
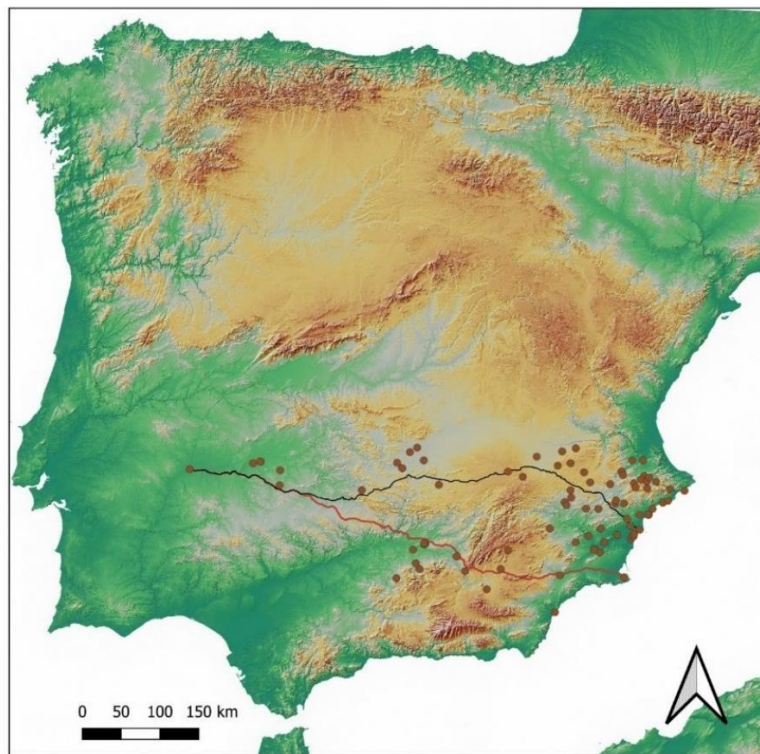


Fig. 1. Mapa con todos los yacimientos mencionados en el texto (elaboración propia). 1. Cerro de la Muela; 2. Turuñuelo de Mérida; 3. Casas del Turuñuelo; 4. Necrópolis de Medellín; 5. Cerro del Castillo; 6. La Mata; 7. Cancho Roano; 8. La Bienvenida; 9. Valdarachas; 10. Alarcos; 11. Calatrava la Vieja; 12. Motilla de las Cañas; 13. Motilla de los Palacios; 14. Cerro de las Cabezas; 15. La Quéjola; 16. El Ojuelo; 17. Morra del Acequión; 18. Pozo Moro; 19. Los Villares; 20. La Morrica; 21. Casa del Monte; 22. El Amarejo; 23. Cerro de los Santos; 24. Hoya de Santa Ana; 25. El Castellón; 26. Tolmo de Minateda; 27. Pozo de la Nieva; 28. Coimbra del Barranco Ancho; 29. Llano de la Consolación; 30. La Molineta; 31. Puntal de Salinas; 32. El Monastil; 33. Capuchinos; 34. La Bastida de les Alcusses; 35. Corral de Saus; 36. Cerro de Lucena; 37. La Solana del Castell; 38. La Covalta; 39. L'Alt del Punxó; 40. Penya Banya; 41. Errecorrals; 42. El Pitxòcol; 43. Lloma de Galbis; 44. El Puig; 45. El Xocolatero; 46. Cova Pinta; 47. Peñón de Ifach; 48. Tossal de la Cala; 49. Vila Joiosa; 50. Tossal de les Basses; 51. Illeta dels Banyets; 52. Tossal de Manisses-Albufereta; 53. Font Calent; 54. Tres Hermanas; 55. La Alcudia; 56. La Picola; 57. La Marina; 58. El Oral; 59. El Molar; 60. La Escuera; 61. Castillo de Cox; 62. Cabezo Lucero; 63. Castillejo de los Baños; 64. Cabezo del Tío Pío; 65. Cobatillas la Vieja; 66. Cabecico del Tesoro; 67. Necrópolis de Calle Cura Hurtado Lorente; 68. Cabezo de la Rueda; 69. EL Cigarralejo; 70. Los Molinicos; 71. Necrópolis de Lorca; 72. Los Nietos; 73. Cortijo del Duque II; 74. Villaricos; 75. Necrópolis de Tútugi; 76. Cerro del Santuario; 77. Castellones de Ceal; 78. Toya; 79. Baños de la Muela. Cástulo; 80. Los Patos. Cástulo; 81. Molino de Caldona. Cástulo; 82. Estacar de Robarinas. Cástulo; 83. Los Chorrillos-Mengíbar; 84. Puente Tablas; 85. Cerro del Ejido; 86. Loma de Peinado; 87. Puig des Molins.



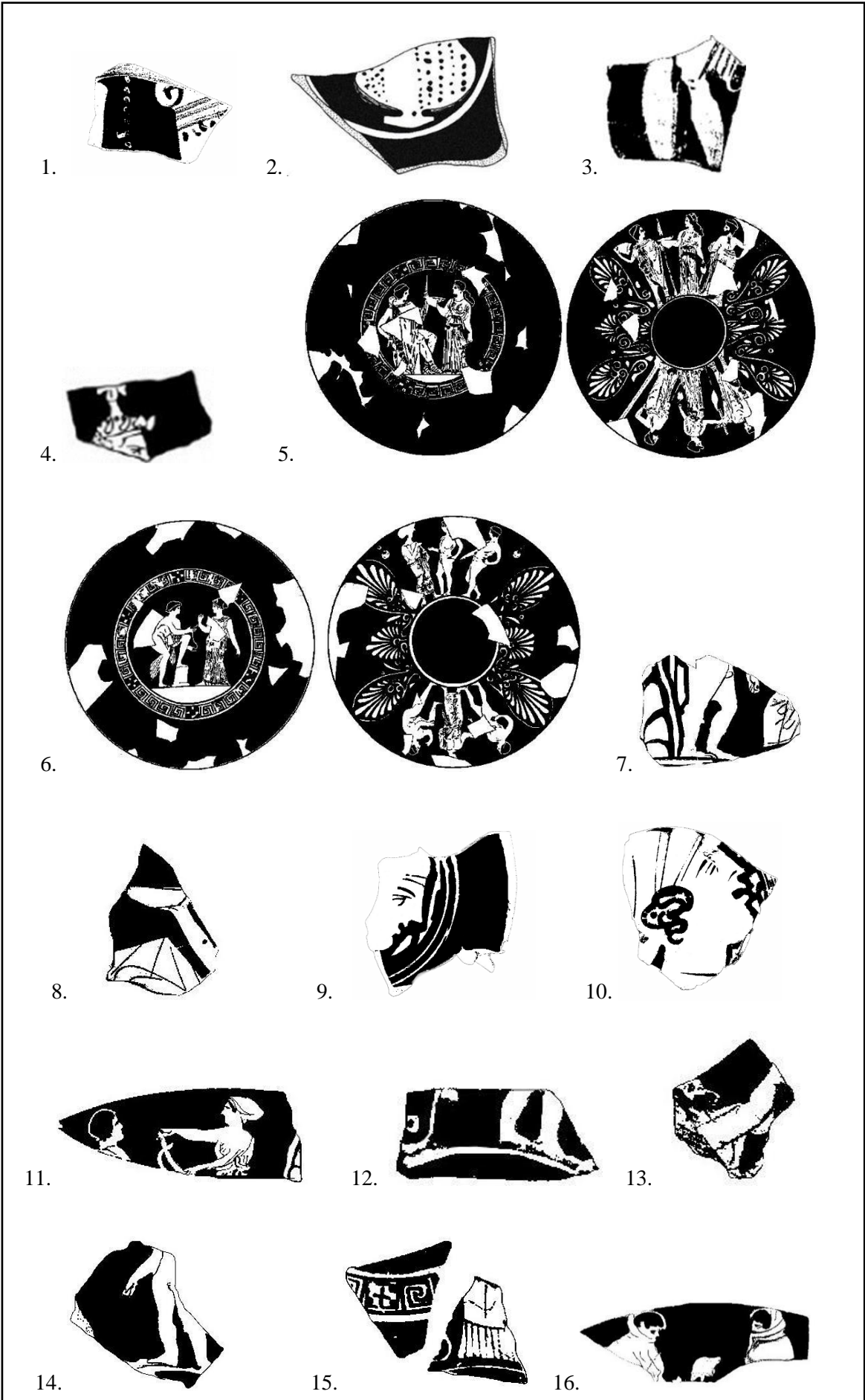
- Área Sureste
- Meseta Sur (llanuras albaceteñas y Alto Guadiana)
- Alto Guadalquivir y altiplanos granadinos
- Valle medio del Guadiana

Fig. 2. Mapa de las áreas de estudio elegidas para el análisis de las rutas interiores.



- Ruta de los santuarios
- Ruta desde Los Nietos-Cástulo

Fig. 3. Rutas óptimas calculadas por *QGIS* desde los puertos receptores hasta el valle medio del Guadiana (elaboración propia)



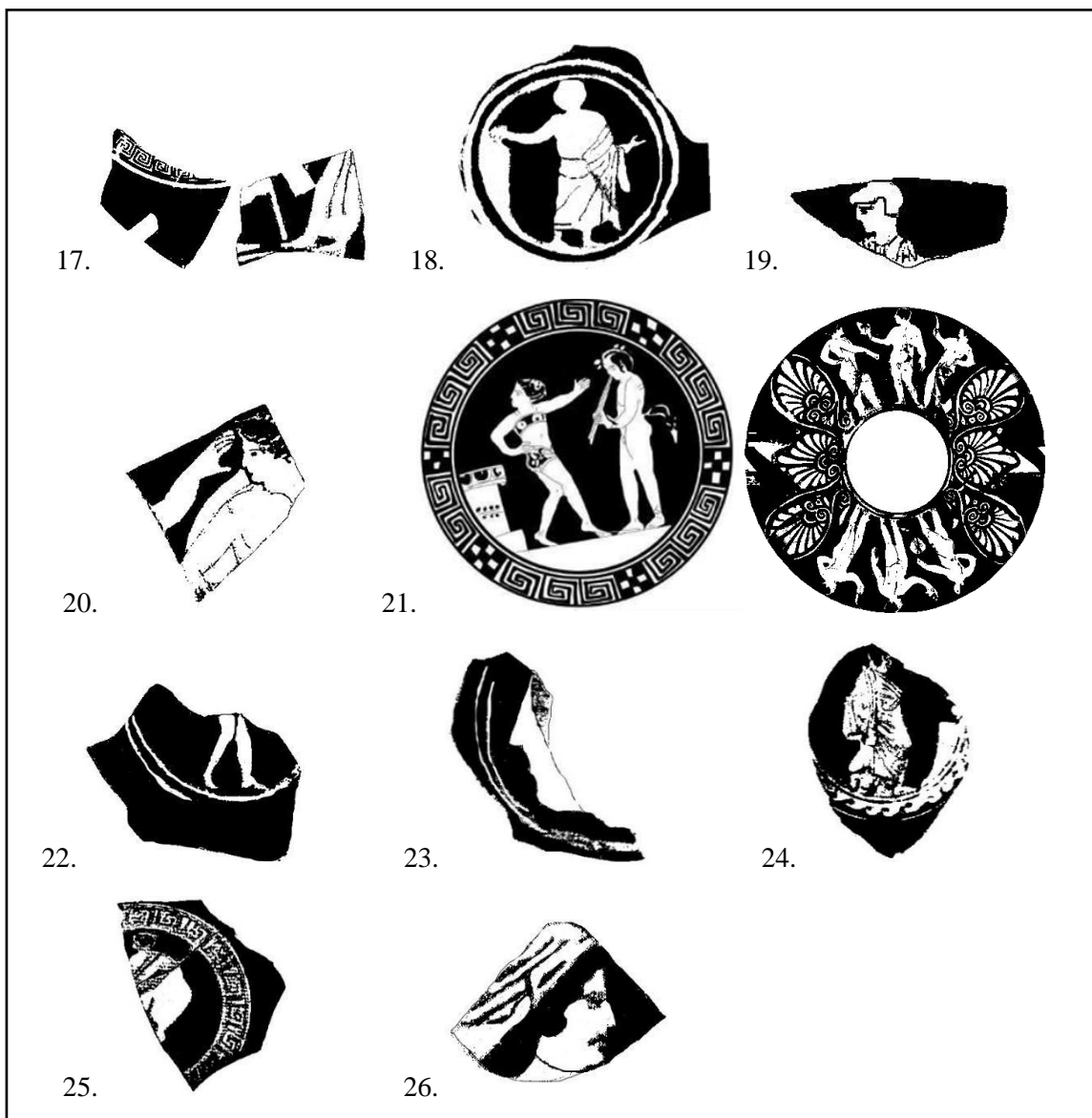


Fig. 4. Copas de figuras rojas del ámbito del Sureste peninsular (sin escala). 1-2. Illeta dels Banyets (García Martín, 2004, p. 54, fig. 58a y 55b); 3. El Cigarralejo (a partir de Cuadrado, 1958, p. 119, fig. 6); 4. El Pitxòcol (Amorós, 2015, pp. 148-149, fig. 5.10); 5-6. Necrópolis de La Albufereta (Verdú, 2015, pp. 509-513, fig. 3.73); 7. Necrópolis de La Albufereta (a partir de Trías, 1967-1968, p. 366, lám. CLXXII n° 6); 8. Tossal de les Basses (a partir de García Martín, 2004, p. 47 fig. 42b); 9-10. Necrópolis de La Albufereta (a partir de Trías, 1967-1968, p. 66, lám. CLXXII, n° 4-5); 11. La Picola (a partir de Badie *et al.*, 2000, p. 174, fig. 65, n° 2); 12-13. Cabezo Lucero (a partir de Aranegui *et al.*, 1993, p. 296, lám. 119; p. 299, lám. 122); 14-15. Los Nietos (poblado) (a partir de Trías, 1967-1968, p. 384, lám. CLXXVII-2, n° 2; p. 384-385, lám. CLXXVII-3, n° 4); 16-18. Llano de la Consolación (a partir de Trías, 1967-1968, p. 66, lám. CLXXXVIII, n° 1-3; p. 427, lám. CLXXXVIII, n° 10); 19-20. La Covalta (a partir de Trías, 1967-1968, pp. 336-337, lám. CLXIII, n° 1-2); 21. Necrópolis El Poblado (Coimbra del Barranco Ancho) (a partir de García Cano, 2017, pp. 191-192, fig. 1-2); 22-26. Cabezo del Tío Pío (a partir de Trías, 1967-1968, pp.403-404, lám. CLXXX-14, n° 5; lám. CLXXX-12, n° 7; lám. CLXXX-16, n° 9; lám. CLXXX-17, n° 10; a partir de García Cano, 1982, pp. 97-98, lám. 11-2).

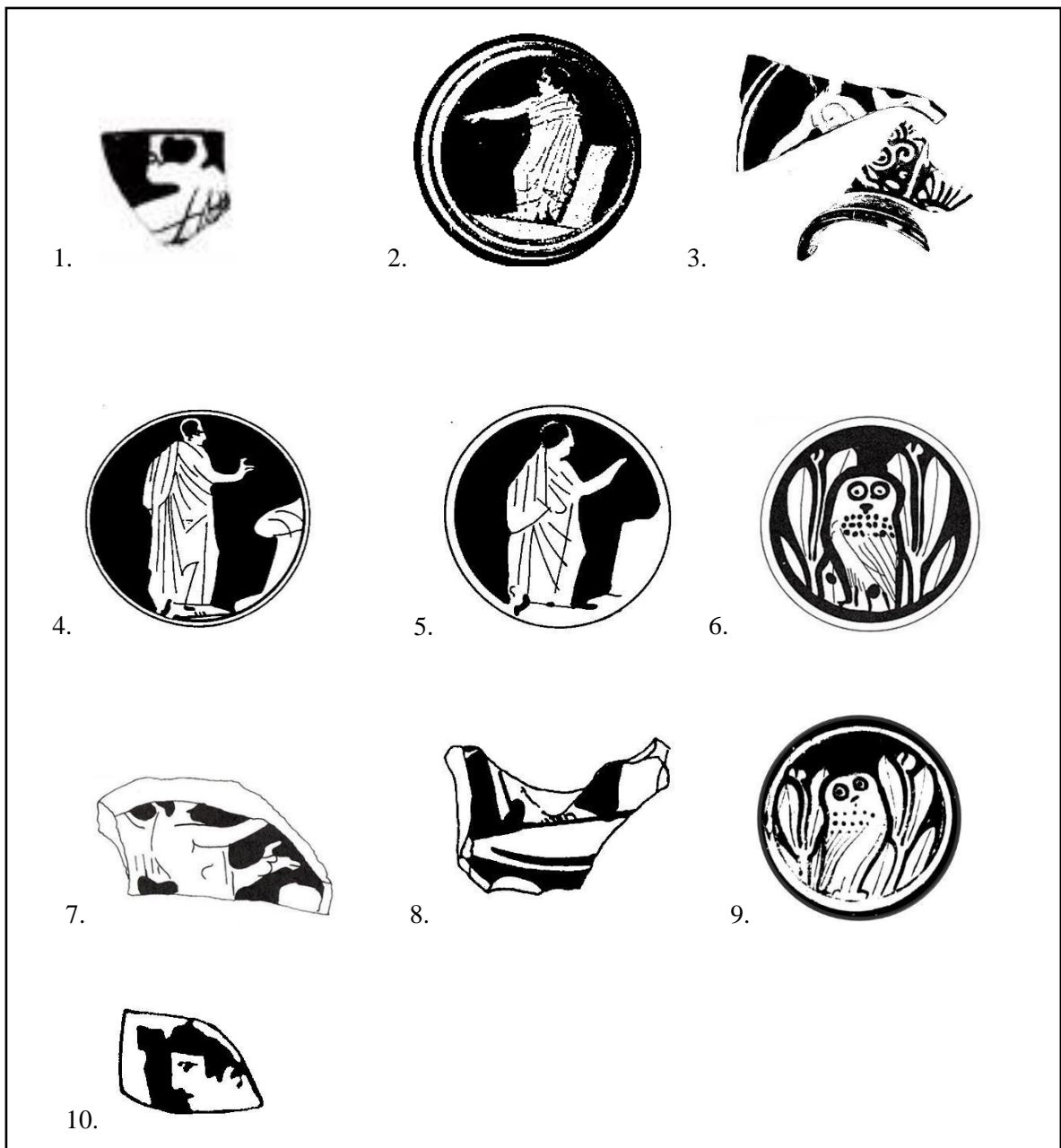


Fig. 5. Copas de figuras rojas del ámbito del Alto Guadalquivir (sin escala). 1. Cortijo del Duque II (Adroher *et al.*, 1997, pp. 91-92, fig. 6, nº 10); 2-6. Castellones de Ceal (necrópolis) (a partir de Trías, 1967-1968, p. 478, lám. CCXXXIX, nº1; p. 481, lám. CCXXXIV, nº 6-7; Sánchez Fernández, 1992a, pp. 532-533, fig. 62, nº 273; pp. 582-583, fig. 79, nº 379; p. 531, fig. 61, nº 271); 7. Castellones de Ceal (poblado) (Sánchez Fernández, 1992a, p. 566, fig. 758, nº 336); 8-9. Los Chorrillos-Mengíbar (a partir de Sánchez Fernández, 1992a, p. 657, fig. 109, nº 520); 10. Baños de la Muela. Cástulo (a partir de Sánchez Fernández, 1992a, p. 710, nº 658)

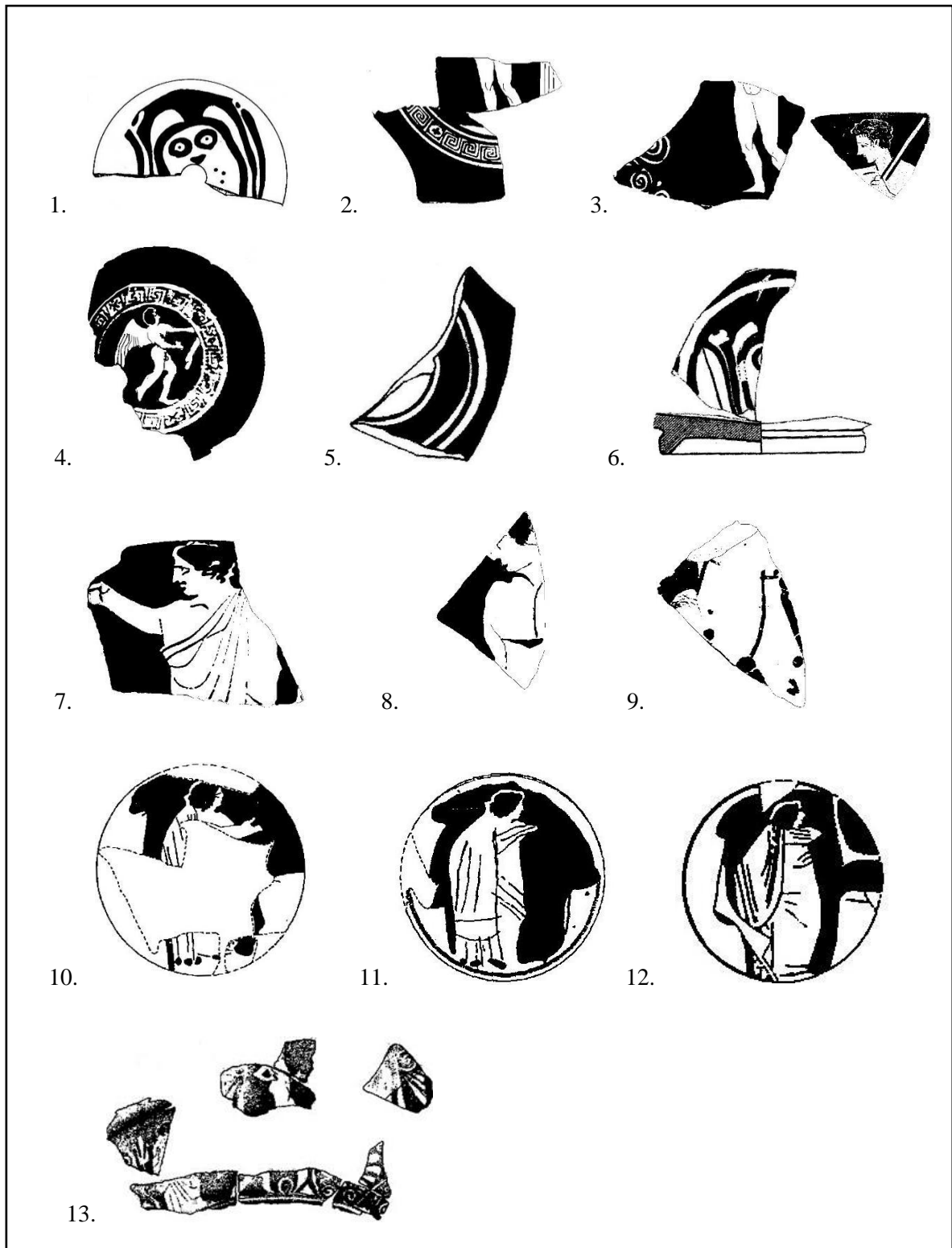
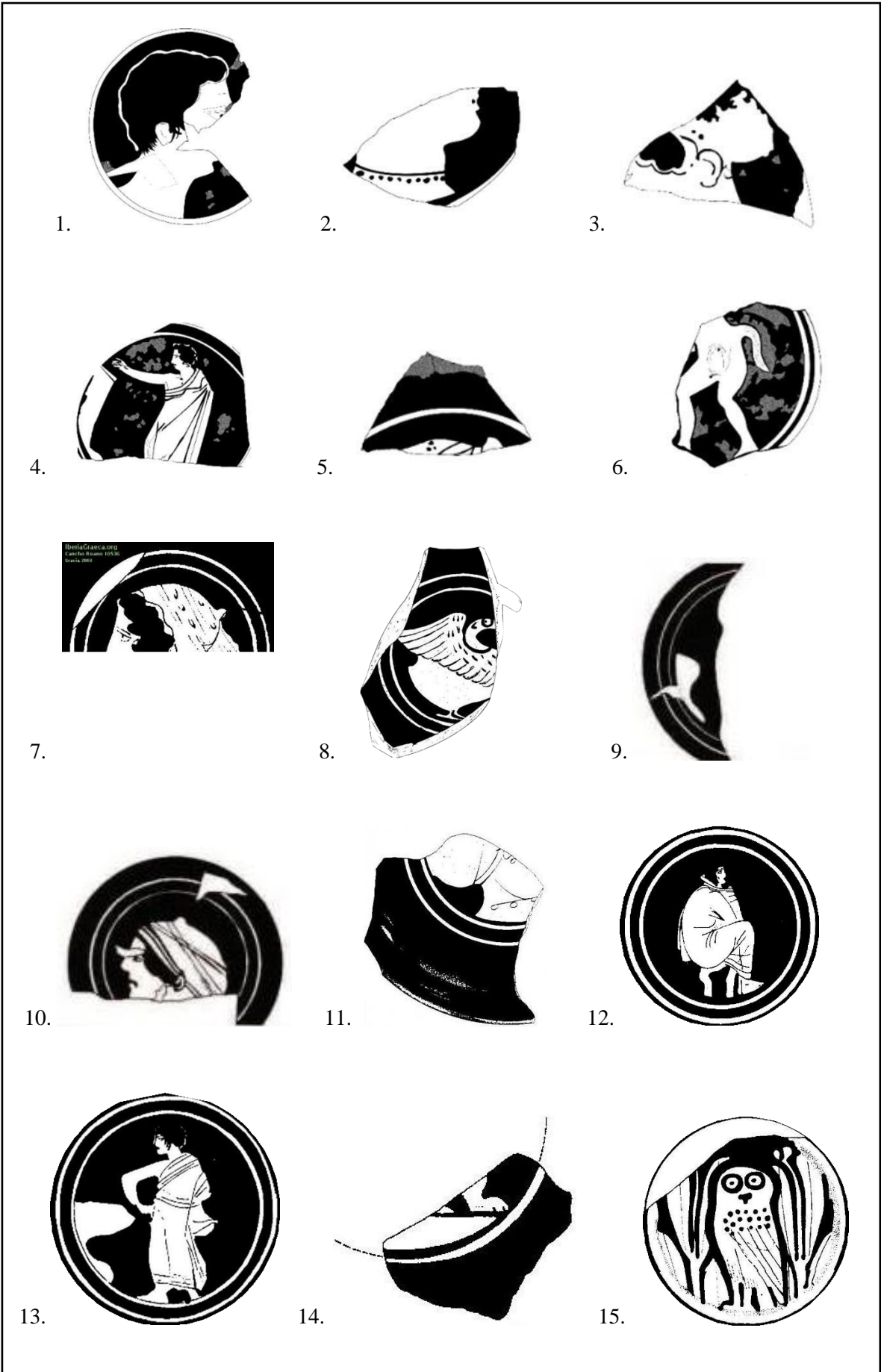


Fig. 6. Copas de figuras rojas del ámbito de la Meseta Sur (sin escala). 1. La Bienvenida (Zarzalejos *et al.*, 1995, p. 183, fig. 2); 2-3. Cerro de las Cabezas (a partir de Madrigal, 2021, p. 168, fig. 3-4); 4. Casa del Monte (a partir de Trías, 1967-1968, pp. 431-432, lám. CLXXXIX, nº 9-10); 5-9. Alarcos (a partir de García Huerta *et al.*, 2004, p. 101, fig. 4; a partir de García Huerta *et al.*, 2021, p. 139, fig. 4, nº 1, 2, 4); 10-12. Pozo Moro (Alcalá-Zamora, 2003, p. 104, fig. 9a, nº 5; fig. 9b, nº 6; p. 104, fig. 4.28A, nº 2); 13. Hoya de Santa Ana (Sánchez Fernández, 1992a, fig. 87, nº 2344).



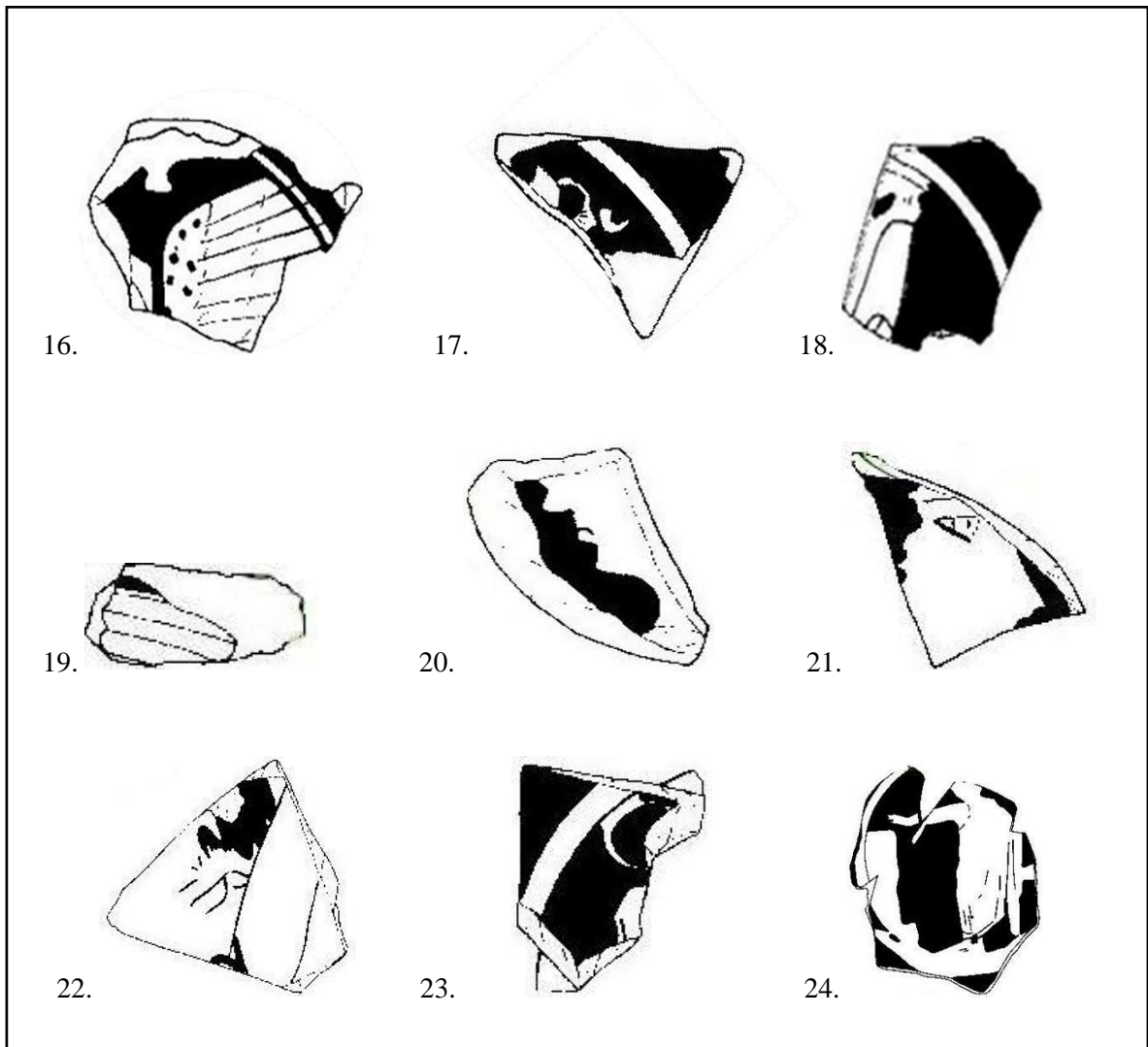


Fig. 7. Copas de figuras rojas del ámbito de Guadiana Medio (sin escala). 1-6. Casas del Turuñuelo (Miguel-Naranjo *et al.*, e.p.); 7-23. Cancho Roano (Gracia, 2003, p. 81, lám. 1, nº 1-6; p. 82, lám. 6, nº 3; lám. 7, nº 1-4; p. 83, lám. 8, nº 3-7); 24. La Mata (Rodríguez Díaz, 2004, pp. 258-260, fig. 100, Ct-163).

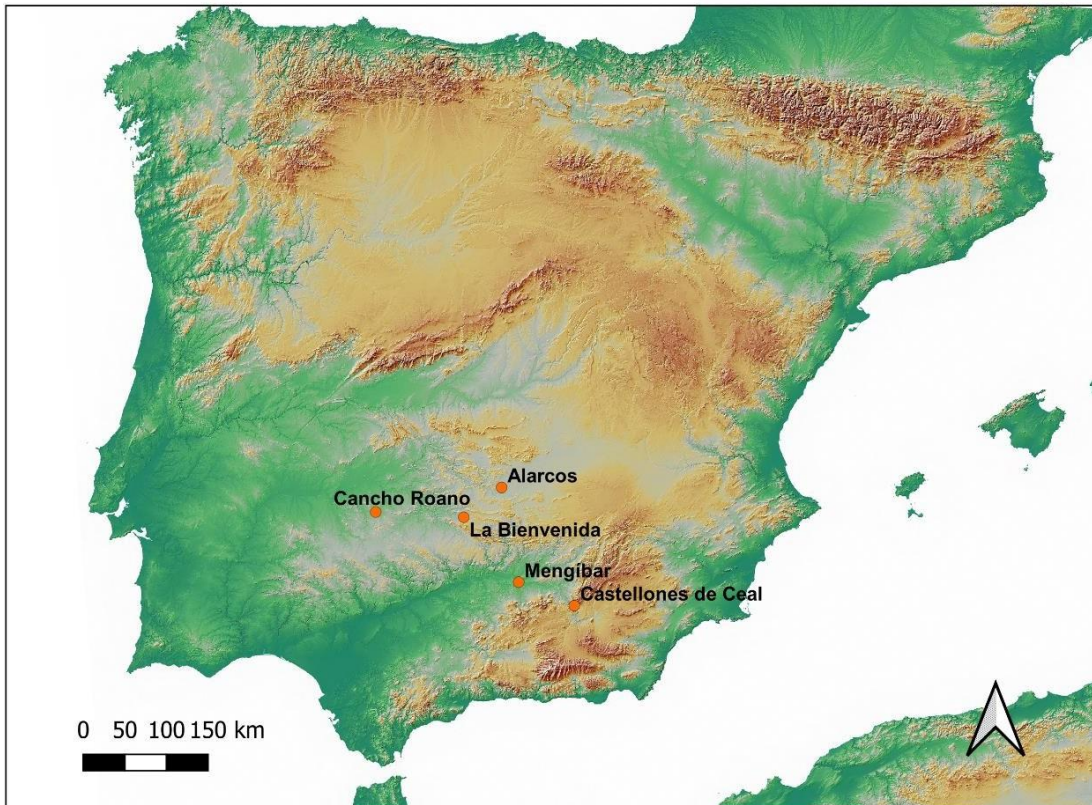


Fig. 8. Dispersión de las copas de figuras rojas con lechuga (elaboración propia).

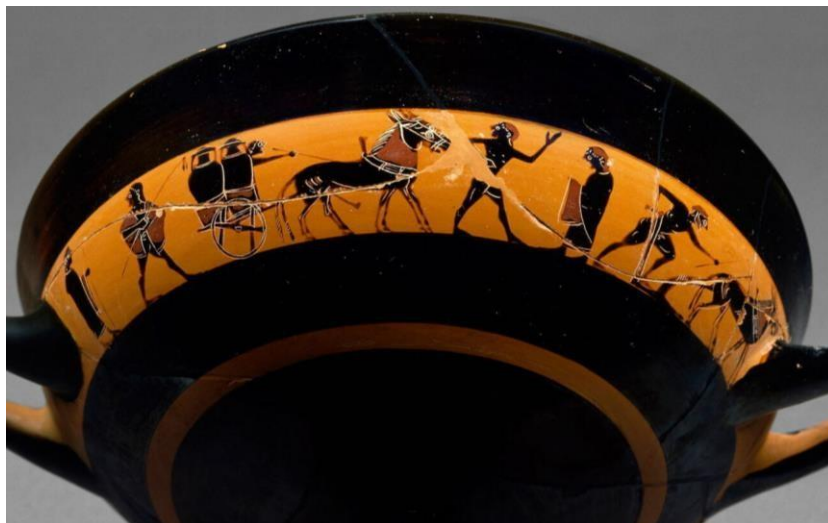
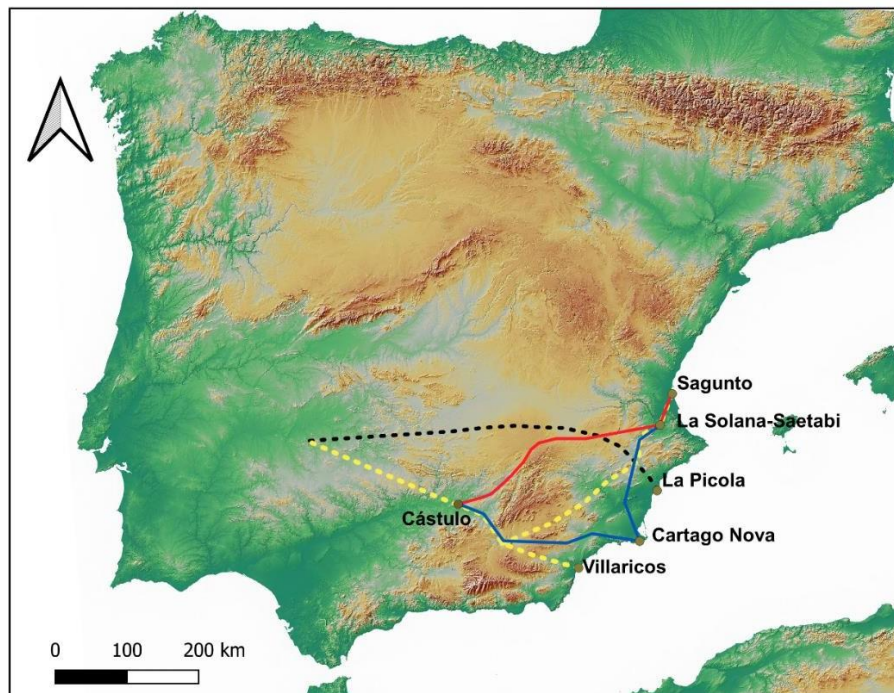


Fig. 9. Copa ática de figuras negras (ca. 525 a.n.e.), procedente de la colección del Museo del Louvre de París (nº de inventario F77), en cuya decoración externa se representa una carreta de dos ruedas cargada con ánforas y tirada por dos mulas.



Fig. 10. Ánfora ática de figuras negras (ca. 550-540 a.n.e.), procedente de la colección del Museum of Fine Arts de Boston (nº de inventario 1979.618), en cuyo panel se representa una carreta de dos ruedas cargada con ánforas y tirada por dos mulas.



- Vía Augusta (itinerario romano)
- Vía Heraclea (itinerario prerromano)
- - - Ruta Domínguez Monedero
- - - Ruta Maluquer

Fig. 11. Principales rutas propuestas por los autores para los siglos V-IV a.n.e. (a partir de Maluquer de Motes, 1983; Domínguez Monedero, 1988; Blánquez Pérez, 1990b).

ANEXO II
TABLAS

*Criterios de clasificación de las copas:

A pesar de las limitaciones de este análisis en el que no se ha podido trabajar a partir del estudio del propio material, sino que se ha tenido que acudir a las publicaciones de las piezas, se ha planteado una revisión de las mismas a partir de las descripciones, fotografías y dibujos, para corroborar, establecer o afinar la clasificación y cronología de las copas cuantificadas. Con este objetivo se ha seguido la distinción planteada por C. Sánchez (1992b, p. 331) en la que establece que los ejemplares más antiguos de copas Cástulo, a los que se puede incluir dentro de la horquilla temporal de la segunda mitad del siglo V a.n.e., se caracterizan por tener “el panel de las asas y el interior de éstas en reserva, el exterior del pie está también siempre reservado y el interior barnizado. El fondo externo sólo está decorado por un simple circulito con punto central”. Mientras que los ejemplares de la llamada “segunda generación”, datados entre finales del siglo V a.n.e. y primer cuarto del IV a.n.e., no presentan ninguna zona en reserva, encontrándose totalmente barnizados.

En cuanto a las copas de la “clase delicada”, se ha tomado como referencia la distinción entre producciones antiguas y tardías también propuesta por C. Sánchez (1992a), atendiendo a las técnicas decorativas del fondo externo. Así, la decoración a partir de molduras denotaría una cronología de la segunda mitad del siglo V a.n.e., mientras que la presencia de acanaladuras incisas lleva a pensar en su datación en el primer cuarto del siglo IV a.n.e.

En lo que se refiere a las copas de figuras rojas, la clasificación ha venido marcada primero por la forma y, en caso de que fuera posible, la especificación del tipo y la datación relativa del taller al que se hubiera atribuido. En varias ocasiones, debido a su fragmentación se ha tenido que acudir a la datación de su contexto de aparición a partir de otras piezas o a su similitud morfológica o decorativa con respecto a piezas análogas.

Técnica	Tipo de copa	Cronología	Puig des Molins	Peñón de Ifach	Tossal de la Cala	Vila Joiosa	Illeta dels Banyets	Tossal de Manises	Tossal de les Basses	Albufereta	Fontcalent*	La Picola	La Marina*	El Oral	El Molar	La Escuera	Cabezo Lucero	
Barniz negro	Cástulo	450 - 400	5	8	1	1	15	1	23	1	1	11	1	1	2	2	34	
		450 - 425		1														
		425 - 400																
		425 - 375					6											
		410 - 390					1											
		400 - 375																
	Clase delicada	450 - 400							1	2								
		450 - 425														1		
		425 - 400																14
		410 - 390						1										
		400 - 375														1		2
	Figuras rojas	Copa pie alto	450 - 400					1		1								
			450 - 425															
			425 - 400															
410 - 390																		
400 - 375											2							
Copa stemless plain rim		450 - 400																
		450 - 425																
		425 - 400						2										
		425 - 375																
		410 - 390																
Copa stemless		450 - 400								3			3					
		450 - 425																
		425 - 400																
		425 - 375																
		410 - 390																
Copa		450 - 400																
		450 - 425																
		425 - 400																
		425 - 375									3							
		410 - 390																
400 - 375																4		

 Necrópolis

* Prospección/Superficial

Tabla. 1.1. Copas áticas documentadas en los yacimientos del Sureste peninsular entre 450-375 a.n.e. (continúa en página siguiente).

Técnica	Tipo de copa	Cronología	Los Nietos	Los Nietos	Villaricos	Castillo de Cox*	La Molineta*	Cabecico del Tesoro	Cabezo del Tío Pío	Cabezo del Tío Pío	Lloma de Galbis*	La Covalta	Errecorrals*	Llano de la Consolación	La Bastida de les Alcusses	Corral de Saus*	La Solana	Cerro de Lucena*
Barniz negro	Cástulo	450 - 400				1	1	1	4		1	2	1	21		1	4	1
		450 - 425																
		425 - 400														106		
		425 - 375																
		410 - 390	1															
	400 - 375			1				3										
	450 - 400																	
	450 - 425																	
	425 - 400	1	1											4	24			
	410 - 390																	
400 - 375																		
Figuras rojas	Copa pie alto	450 - 400																
		450 - 425																
		425 - 400																
		410 - 390																
		400 - 375																
	Copa stemless plain rim	450 - 400																
		450 - 425																
		425 - 400											1					
		425 - 375																
		410 - 390																
	400 - 375											1		1				
	Copa stemless	450 - 400																
		450 - 425																
		425 - 400																
		425 - 375																
		410 - 390																
	400 - 375															1		
	Copa	450 - 400	1															
450 - 425														3				
425 - 400																		
425 - 375																		
410 - 390										1								
400 - 375		1							5	3								

Tabla. 1.2. Copas áticas documentadas en los yacimientos del Sureste peninsular entre 450-375 a.n.e. (continúa en página siguiente).

Técnica	Tipo de copa	Cronología	Capuchinos *	Necrópolis de Lorca	Calle Cura Hurtado Lorente	Castillejo de los Baños	La Alcudia	Los Molinicos	Puntal de Salinas	Puntal de Salinas	El Monastil	Cabezo de la Rueda*	Penya Banya*	El Puig	El Xocolatero*	L'Alt del Punxó*	Cova Pinta	
Barniz negro	Cástulo	450 - 400	1															
		450 - 425																
		425 - 400				15 (?)			10	8	1		1	6	1	1	10	
		425 - 375																
		410 - 390																
	Clase delicada	400 - 375						1	3				1					
		450 - 400		1														
		450 - 425																
		425 - 400			1				1	3					6			
		410 - 390																
Figuras rojas	Copa pie alto	400 - 375																
		450 - 400																
		450 - 425																
		425 - 400																
		410 - 390																
	Copa stemless plain rim	400 - 375																
		450 - 400																
		450 - 425																
		425 - 400					1								2			
		425 - 375																
	Copa stemless	410 - 390																
		400 - 375																
		450 - 400																
		450 - 425																
		425 - 400																
	Copa	425 - 375																
		410 - 390																
		400 - 375																
		450 - 400																
		450 - 425																

Tabla. 1.3. Copas áticas documentadas en los yacimientos del Sureste peninsular entre 450-375 a.n.e. (continúa en página siguiente).

Técnica	Tipo de copa	Cronología	Coimbra del Barranco Ancho*	Coimbra del Barranco Ancho. Necrópolis de El Poblado	Cobatillas la Vieja*	Tres Hermanas	El Pitxòcol*	El Cigarralejo	
Barniz negro	Cástulo	450 - 400							
		450 - 425							
		425 - 400							
		425 - 375							
		410 - 390							
		400 - 375	1		1	2			
	Clase delicada	450 - 400							
		450 - 425							
		425 - 400							
		410 - 390							
Figuras rojas	Copa pie alto	450 - 400							
		450 - 425							
		425 - 400		1					
		410 - 390							
		400 - 375							
	Copa stemless plain rim	450 - 400							
		450 - 425							
		425 - 400							
		425 - 375							
		410 - 390							
	Copa stemless	450 - 400						1	
		450 - 425							
		425 - 400							
		425 - 375							
		410 - 390							
	Copa	450 - 400							
		450 - 425							
		425 - 400							
425 - 375									
410 - 390								1	
400 - 375									

Tabla. 1.4. Copas áticas documentadas en los yacimientos del Sureste peninsular entre 450-375 a.n.e.

Técnica	Tipo de copa	Cronología	Tútugi	Cerro del Santuario	Castellones de Ceal	Castellones de Ceal	Toya	Los Chorrillos. Mengíbar*	Cerro del Ejido*	Baños de la Muela	Estacar de Robarinas	Molino de Caldonga	Los Patos	Loma de Peinado	Puente Tablas	Cortijo del Duque II*		
Barniz negro	Cástulo	450 - 400	4	1		1	4	3	1	1				2				
		450 - 425																
		425 - 400		1		2	2					4				5		
		425 - 375	2			1	3				6							
		410 - 390	1								10							
	400 - 375	1					3			1	1	33	3					
	Clase delicada	450 - 400																
		450 - 425																
		425 - 400						2			1	1	1					
		410 - 390									2							
400 - 375						2					1							
Figuras rojas	Copa pie alto	450 - 400																
		450 - 425																
		425 - 400																
		410 - 390																
		400 - 375																
	Copa stemless plain rim	450 - 400																
		450 - 425																
		425 - 400					1											
		425 - 375																
		410 - 390							1									
	Copa stemless	400 - 375																
		450 - 400																
		450 - 425																
		425 - 400																
		425 - 375																
	Copa	410 - 390																
		400 - 375																
		450 - 400																2
		450 - 425																
		425 - 400					4		1			2						
425 - 375											7							
410 - 390																		
400 - 375				2	1				2						1			

 Necrópolis

* Prospección/Superficial

Tabla. 2. Copas áticas documentadas en los yacimientos del Alto Guadalquivir entre 450-375 a.n.e.

Técnica	Tipo de copa	Cronología	Calatrava la Vieja	Los Villares	Hoya de Santa Ana	La Morrica*	Morra del Acequiión*	La Quejola	El Ojuelo*	Cerro de las Cabezas	La Motilla de las Cañas	La Motilla de los Palacios	Valdarachas*	La Bienvenida	El Castellón	Tolmo de Minateda*	Pozo Moro	Alarcos	Pozo de la Nieve	Cerro de los Santos*	El Amarejo	Casa del Monte*	
Barniz negro	Cástulo	450 - 400		9	5	1	1	8	2	2	3	1	1	1	3								
		450 - 425	5																				
		425 - 400									53								104	2	1		
		425 - 375																	1				
		410 - 390																					
	400 - 375	8																					
	Clase delicada	450 - 400															1						
		450 - 425																					
		425 - 400													1				17				
		410 - 390																					
400 - 375																		1					
Figuras rojas	Copa pie alto	450 - 400																					
		450 - 425																					
		425 - 400																					
		410 - 390																					
		400 - 375																					
	Copa stemless plain rim	450 - 400									2												
		450 - 425																					
		425 - 400													1								
		425 - 375																					
		410 - 390																					
	Copa stemless	450 - 400																					
		450 - 425																					
		425 - 400																	7				
		425 - 375																					
		410 - 390																					
	Copa	450 - 400													3						1	1	1
		450 - 425																					
		425 - 400													1								
		425 - 375																					
		410 - 390																					
400 - 375			1													4							

 Necrópolis

* Prospección/Superficial

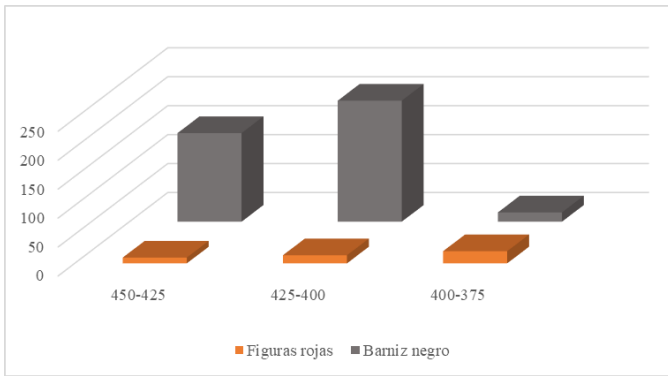
Tabla. 3. Copas áticas documentadas en los yacimientos de la Meseta Sur entre 450-375 a.n.e.

Técnica	Tipo de copa	Cronología	Cancho Roano	La Mata	Casas del Turuñuelo	Necrópolis de Medellín *	Cerro del Castillo*	Turuñuelo de Mérida*	Cerro de la Muela	
Barniz negro	Cástulo	450 - 400		4			3			
		450 - 425								
		425 - 400	360			5				
		425 - 375				3				
		410 - 390								
		400 - 375					4	2	3	
	Clase delicada	450 - 400								
		450 - 425								
		425 - 400								
		410 - 390								
		400 - 375								
		450 - 400								
		450 - 425								
		425 - 400								
Figuras rojas	Copa pie alto	450 - 400								
		450 - 425								
		425 - 400								
		410 - 390								
		400 - 375								
		450 - 400								
	Copa stemless plain rim	450 - 400								
		450 - 425								
		425 - 400	16	1	6					
		425 - 375								
		410 - 390								
		400 - 375								
	Copa stemless	450 - 400						1		
		450 - 425								
		425 - 400								
		425 - 375								
		410 - 390								
		400 - 375								
	Copa	450 - 400								
		450 - 425								
		425 - 400								
		425 - 375								
		410 - 390								
		400 - 375								

 Necrópolis

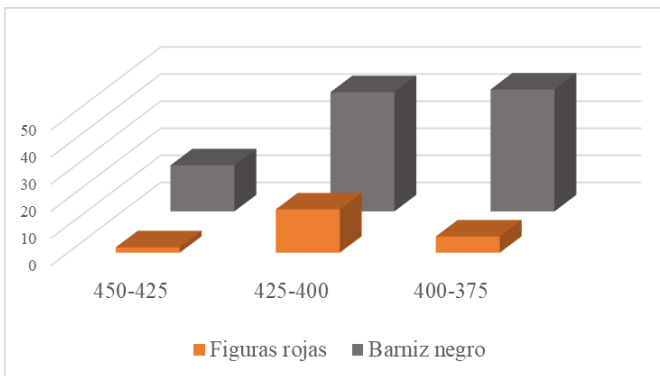
* Prospección/Superficial

Tabla. 4. Copas áticas documentadas en los yacimientos del valle medio del Guadiana entre 450-375 a.n.e.



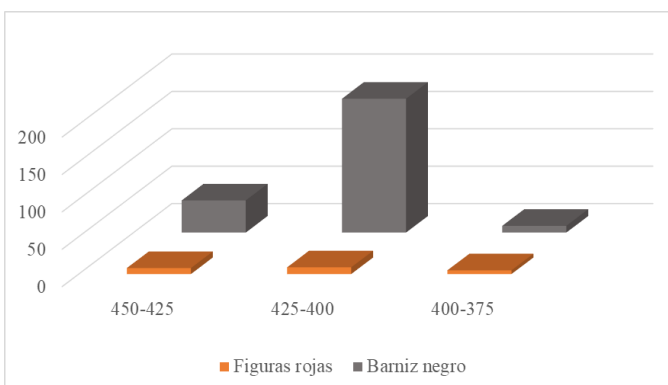
Fecha	Figuras rojas	Barniz negro
450-425	10	153
425-400	14	209
400-375	21	16

Tabla. 5. Evolución del volumen de copas áticas en el Sureste entre 450-375 a.n.e.



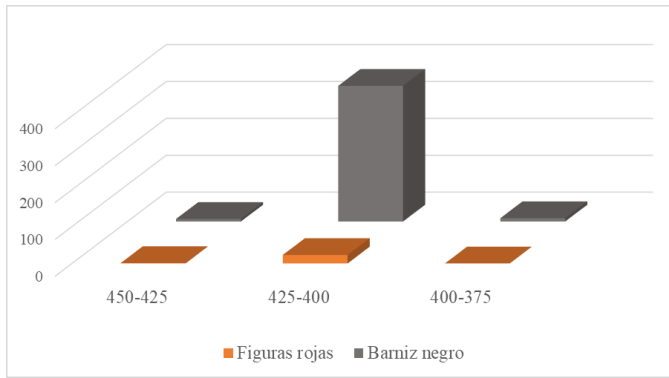
Fecha	Figuras rojas	Barniz negro
450-425	2	17
425-400	16	44
400-375	6	45

Tabla. 6. Evolución del volumen de copas áticas en el Alto Guadalquivir entre 450-375 a.n.e.



Fecha	Figuras rojas	Barniz negro
450-425	8	43
425-400	9	179
400-375	5	9

Tabla. 7. Evolución del volumen de copas áticas en la Meseta Sur entre 450-375 a.n.e.



Fecha	Figuras rojas	Barniz negro
450-425	1	7
425-400	23	368
400-375	0	9

Tabla. 8. Evolución del volumen de copas áticas en el valle medio del Guadiana entre 450-375 a.n.e